

BAJO EL VOLCÁN, Año 12, Núm. 19, septiembre 2012 - febrero 2013, es una publicación semestral editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con domicilio en 4 Sur 104, Col. Centro, C.P. 72000, Puebla, Pue., y distribuida a través del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”, con domicilio en Av. 2 Oriente 410, Col. Centro, C.P. 72000, Puebla, Pue. Tel. (52) (222) 2295500 ext. 5707, bajoelvolcan.buap@gmail.com. Editor responsable: Dr. Francisco Javier Gómez Carpinteiro, panchog39@hotmail.com. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2009-092210512900-102. ISSN: 1870-5642, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido (en trámite). Impresa en El Errante Editor, S.A. de C.V., Privada Emiliano Zapata 5947, Col. San Baltasar Campeche, Puebla, Pue. C.P. 72550, Tel. (222) 2966708, este número se terminó de imprimir en marzo de 2013 con un tiraje de 500 ejemplares. Costo del ejemplar: gratuito en México.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

BAJO EL VOLCÁN

Publicación semestral arbitrada de divulgación científica.

Posgrado de Sociología

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

BAJO EL VOLCÁN

Año 12, número 19, septiembre 2012 - febrero 2013

REVISTA SEMESTRAL DE CIENCIAS SOCIALES
POSGRADO DE SOCIOLOGÍA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES-BUAP

DIRECTORIO

Comité de Dirección

Carlos Figueroa Ibarra, Raquel Gutiérrez Aguilar,
Francisco Javier Gómez Carpinteiro, John Holloway,
Fernando Matamoros Ponce, Sergio Tischler.

Consejo Editorial

José Luis Aranda, Blanca L. Cordero Díaz, Florencia Correas†,
María Eugenia D'Aubaterre, Raquel Gutiérrez Aguilar,
Pedro Hernández Ornelas, Gloria Marroni, Gloria Salgado†,
Saraí Rivadeneyra Morales (apoyo editorial)

Consejo Consultivo

Jorge Luis Acanda (Universidad de La Habana, Cuba), Emelio Betances (Universidad de Gettysburg, EUA), Werner Bonefeld (University of York, Inglaterra), Emilio Dellasopa (Universidad Federal de Río de Janeiro, UFRJ, Brasil), Gustavo Esteva (Unitierra-Oaxaca), Adolfo Gilly (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México), Joachin Hirsch (Universität de Frankfurt-Am-Main, Alemania), Alfredo Guerra Borges (Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México), Inés Izaguirre (Universidad de Buenos Aires, Argentina), Michael Löwy (Centre National de la Recherche Scientifique, Francia), Ricardo Melgar Bao (Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH, México), Lucio Oliver (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México), Kosmas Psychopedis † (Universidad de Atenas, Grecia), Enrique Rajchenberg (Facultad de Economía, UNAM, México), Willian Roseberry † (New York University, EUA), Raquel Sosa (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México), Enzo Traverso (Université d'Amiens-Picardie, Francia), Carlos Vilas (Universidad de Buenos Aires, Argentina).

Corrección y cuidado de la edición

Susana Plouganou Boiza

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

José Alfonso Esparza Ortiz

Rector

José Ignacio Morales Hernández

Secretario General

Pedro Hugo Hernández Tejeda

Vicerrector de Investigación y Estudios de Posgrado

Francisco M. Vélez Pliego

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vélez Pliego”

Blanca Laura Cordero Díaz

Coordinadora del Posgrado de Sociología

© Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vélez Pliego”

Posgrado de Sociología

Juan de Palafox y Mendoza 208,

Centro Histórico, Puebla, Puebla, CP 72000

Tel. (01-222) 2 29 55 00 ext. 5707

Fax (01-222) 2 29 56 81

ÍNDICE

Presentación	9
LA HISTORIOGRAFÍA DE SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ Y EL DOLOR POR LA IGNOMINIA QUE-NO-PASA-DE-MODA	
Patria y paradoja: conflictos de identidad en la Guatemala colonial	17
<i>Homeland and paradox: identity conflicts in colonial Guatemala</i> George Lovell	
Violencia y rebelión en <i>Motines de indios</i> de Severo Martínez Peláez	29
<i>Violence and Rebellion in Motines de indios by Severo Martínez Peláez</i> Carlos Figueroa Ibarra	
El estudio de la rebeldía indígena según Severo Martínez Peláez	57
<i>The Indian rebelliousness according to Severo Martínez Peláez</i> Coralia Gutiérrez Álvarez	
Rebelión indígena, comunidad y lucha de clases: claves en la obra de Severo Martínez Peláez	79
<i>Indigenous resistance, community and class struggle: Keys in the work of Severo Martínez Peláez</i> Sergio Tischler Vizquerra	

**“Un largo y penoso proceso”: Severo Martínez Peláez
y la Historia social sobre la Independencia de Centroamérica** 99
“A long and arduous process”: Severo Martínez Peláez
and Social History on the Independence of Central America
José Edgardo Cal Montoya

TEORÍA CRÍTICA: LA CONVULSIÓN GRIEGA Y EL NOSOTROS

Atenas, una flor en el hielo
Crónica de una ciudad en “estado de rebelión” 113
Athens, a flower in ice
Chronicle of a city in a “state of rebellion”
Katerina Nasioka

LECTURAS CRÍTICAS

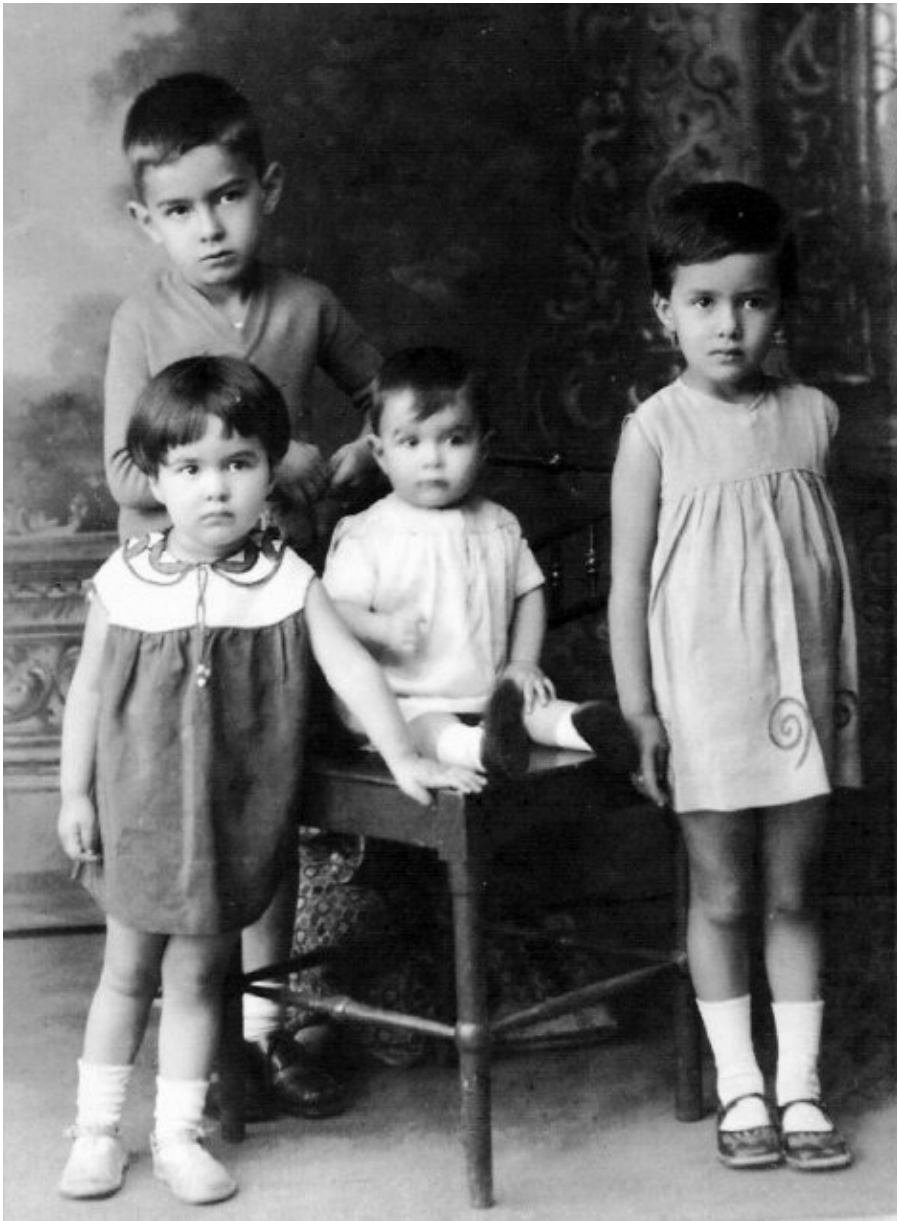
BRASIL POTENCIA (2012), DE RAÚL ZIBECCHI

Brasil Potencia 141
Brasil Potence
John Holloway

**Reflexiones en torno al libro *Brasil Potencia: entre la
integración regional y un nuevo imperialismo* de Raúl Zibechi** 145
*Reflexions around Raúl Zibechi’s book Brasil Potencia: entre la
integración regional y un nuevo imperialismo*
Giuseppe Lo Brutto

Entender la política económica del progresismo.
Reflexiones en torno a *Brasil Potencia* de Raúl Zibechi 153
Understanding progressivism’s economical politic.
Reflexions around Raúl Zibechi’s book, Brasil Potencia
Raquel Gutiérrez Aguilar

La potencia brasileña en el contexto sudamericano del siglo XXI	157
<i>The brazilian potence in the sudamerican context of the twenty first century</i>	
Octavio H. Moreno	
COLABORADORES	161
INSTRUCCIONES PARA COLABORADORES	164



Los hermanos Martínez Peláez en 1929.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

PRESENTACIÓN

Desde hace aproximadamente tres décadas, la necesidad de nuevas narrativas, amparadas en diluir cualquier relato universal, decodificar la ficción de la nación y cuestionar la relación entre saber y poder ha conducido a virajes epistemológicos, los cuales se plantean como historiografías alternativas a lo totalizante del pensamiento occidental. Esta producción intelectual se ha llevado a cabo en los marcos del significado político de experiencias poscoloniales y se enriqueció por la crisis de los regímenes autoritarios del extinto bloque socialista europeo, que ha llevado incluso a plantear que vivimos en tiempos posnacionales, donde emerge con más fuerza que nunca la diversidad cultural, pero al mismo tiempo ésta es marcada por los procesos globalizantes de nuestros días.

Como resultado interesante, dichos nuevos relatos cuestionan el positivismo y etnocentrismo que generalmente caracterizan la construcción de conocimiento en el universo académico. Entonces, parece que dos vías distintas para entender el mundo y, particularmente, el lugar de los subordinados en éste, se han delineado para establecer: 1) lo que una ciencia puede documentar y explicar objetivamente aun, si fuese el caso, en torno a un pensamiento emancipador frente a una ideología dominante; y 2) aquello que representaría distintas tendencias de dar “voz” a los oprimidos bajo fórmulas conceptuales y metodológicas que subrayen la importancia de reconocer el lugar que tienen l@s otr@s en la creación de sus propias historias en y en contra de órdenes de poderes dominantes. Al respecto, un ejemplo paradigmático lo constituyen los “Estudios

Subalternos” (*Subaltern Studies*), o las llamadas de manera reciente, tanto por tirios y troyanos, “epistemologías del Sur”.

El punto relevante es que en estas dos visiones se esquivo la cuestión de la lucha de clases y, por consecuencia, el asunto de la revolución. En la primera fórmula se aspira a un entendimiento realista de la constitución de la subordinación, mientras que en la segunda, a pensar que los subordinados son capaces de lograr un lugar en el horizonte de la narrativa liberal, que se erige como una racionalidad histórica triunfante.

Hacer tal preámbulo está relacionado con la primera sección de este número: el conjunto de ensayos sobre la obra del profesor Severo Martínez Peláez. Como el lector podrá apreciar, cada autor (Lovell, Figueroa, Gutiérrez, Tischler, Cal) presenta un punto de vista crítico que destaca algún ángulo particular desde el cual apreciar la obra del mencionado historiador. Sin embargo, hay un denominador común en ellos que subraya la dimensión ética del trabajo de Severo Martínez Peláez. Tal ética es resultado del compromiso político de un académico e intelectual perseguido por la dictadura surgida después de la caída, en 1954, del presidente Jacobo Árbenz en Guatemala. Considerar la responsabilidad moral de Severo Martínez Peláez apunta un elemento clave en la creación de narrativas o historiografías sobre las diferencias y desigualdades que prevalecen hoy en el mundo. Aspirar a crear un relato con los contenidos sugeridos por Martínez Peláez, tomaría distancias de los enfoques que reducen a los subordinados a un objeto de conocimiento y control, o bien celebran su diversidad en el concierto armónico de la aparente pluralidad democrática que deja intacta la lógica perversa del capital.

¿Qué novedad formuló Martínez Peláez al escribir *La patria del criollo* (1970) y *Motines de indios* (1976) en un contexto de levantamientos sociales, influencia del pensamiento marxista en militantes y activistas del “Tercer Mundo”, así como en el despliegue de una política desarrollista desde Estados Unidos, con el objeto de contener y disolver, no sólo por la violencia física, las muestras de descontento de poblaciones “pobres” o “subdesarrolladas” que tuvieron un carácter abierto o velado en tan distintos sitios? Posiblemente, la innovación del análisis historiográfico que hizo Martínez Peláez en esos momentos (y lo novedoso que pudiera tener

ahora) fue abordar descarnadamente la contradicción y el antagonismo en el mundo colonial a través del concepto de lucha de clases. Tal postura le acarreó en vida distintas críticas. Algunas de ellas se ciñeron a enmarcar su pensamiento en la ortodoxia de un materialismo histórico que no fue más allá de ver a los “indios” como objetos, víctimas, y no como sujetos de sus propias historias. Sin embargo, tal crítica queda rebasada si revisamos particularmente los textos de Figueroa, Gutiérrez, y Tischler, que dan cuenta, cada uno a su modo, sobre la formación de un sujeto colectivo que con la claridad de sus propias experiencias y memorias enfrentó (y enfrenta) la violencia cotidiana impuesta contra ellos.

Los años ochenta del siglo pasado no parecen tan lejanos. Vistos desde nuestros días, podrían considerarse la prolongación de un penoso siglo XX dominado por la violencia estructural, como suelen decir los sociólogos, asociada a la expansión del capital. En este contexto se perpetuó en Guatemala un genocidio por la muerte de miles de indígenas y la desaparición literal de muchos de sus pueblos y memorias. Durante ese momento, la obra de Severo alcanzó mayor relevancia. Intelectuales y fuerzas insurgentes leyeron con profundidad aquello que el meollo de sus planteamientos contenía respecto a la causa principal del “problema indígena” en Guatemala y toda Centroamérica: la tierra, tal como lo entendiera el intelectual peruano José Carlos Mariátegui en la década de los años veinte en sus ensayos sobre el colonialismo y las posibilidades de un cambio socialista desde las comunidades indígenas. Pero no sólo estas audiencias políticamente relacionadas con la militancia de izquierda y la guerrilla fueron los lectores de Martínez, también, como dicen los anglosajones, el hombre y la mujer de la calle leyeron con ahínco este trabajo. Todavía en estos días, las nuevas generaciones de jóvenes centroamericanos leen sus obras, como si su lectura se tratara de una cita con la historia de los suyos. Según colegas centroamericanos, las cifras no oficiales –que son las que valen– estiman que *La patria del criollo*, entre ediciones legales e ilegales (“piratas”, pues) tuvo un tiraje que oscila entre 30 y 60 mil ejemplares, datos que pocos académicos en el mundo (vivos o muertos), tan dados a sentimientos ególatras, podrían presumir.

En los artículos publicados, los lectores hallarán explicaciones mediadas por una reflexión crítica de las afirmaciones de este autor y, con sus reservas, reivindicarán el mensaje crudo que Severo ofrece en torno a las relaciones de dominación, en las cuales han estado envueltas las comunidades indígenas en lucha contra un orden despiadado a lo largo de la historia nacional de Guatemala y la globalización. En estos momentos, esa crudeza con la que observó Severo destapa el manto de la multiculturalidad con el cual las políticas globalizantes de mando, particularmente en Guatemala, quieren corregir la historia, olvidar lo inconveniente del pasado para los dominadores de hoy, al tiempo que celebran la diversidad indígena actual en un mundo social que no puede ocultar agudas contradicciones de clase.

Por otra parte, en el habitual apartado de la revista “Teoría crítica” publicamos el trabajo “atenas, una flor en el hielo. Crónica de una ciudad en ‘estado de rebelión’”, escrito por Katerina Nasioka. El artículo es ilustrativo del carácter de luchas que salen del canon organizativo de la vanguardia revolucionaria y del horizonte de la democracia institucional. Además, es iluminador respecto a dotar de un significado distinto al concepto de “crisis”, tan usado en estos días, relacionándolo con el antagonismo de clase.

El número se redondea con la sección “Lecturas críticas”. A través de la revisión que los colegas Giuseppe Lo Brutto, John Holloway, Raquel Gutiérrez y Octavio Moreno hacen del libro *Brasil Potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo* (2012) de Raúl Zibecchi. Aquí se logra un despliegue de ideas claras y críticas, a veces contrastantes entre sí, sobre los alcances y las problemáticas de esta obra. Cualquier lector puede apreciar que el libro referido es en sí mismo interesante. Zibechi podría ser considerado una suerte de precursor de un autor/actor que escribe sin exhibicionismos desde el flujo mismo de la rebeldía, y logra con ello una empatía con grupos subordinados. Por esa razón, es sorprendente y provocativo el análisis de quien desde un declarado activismo político a favor de los de “mero abajo”, emprende una reflexión sociopolítica de lo que representa Brasil como potencia regional. Es decir, como se diría epistemológicamente y también de manera coloquial, ahora él no empezó por el estudio de la resistencia sino invirtió la tortilla, comenzó por el

análisis de la dominación para entender las bases, digamos estructurales, que podrían perpetuar las desigualdades, por lo menos, en el Cono Sur.

Nos causa particular alegría publicar este número. En el año 2013 se cumplen 15 años de la muerte de Severo Martínez Peláez. Así, la presente edición está dedicada a la memoria de uno de los investigadores extranjeros más destacados, quien con su presencia honró la vida académica de la Universidad Autónoma de Puebla. Igualmente estamos seguros que este mismo número honra al maestro Alfonso Vélez Pliego, fundador de nuestro centro de trabajo y ex rector, cuya visión humanística hizo que intelectuales como el profesor Severo encontraran aquí un lugar reconfortante y respetuoso para pensar en las posibilidades del cambio.

El Comité de Dirección

Nota aclaratoria: Por un error involuntario, en la revista *Bajo el Volcán* número 18 se omitió el crédito a Marcela Zangaro por realizar la traducción de la comunicación sostenida entre Michael Hardt y John Holloway, la cual se ubica en la p. 121, bajo el título “*Commonwealth y Agrietar el capitalismo*”.



Con Alicia, su madre, en 1931.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

- LA HISTORIOGRAFÍA DE SEVERO
MARTÍNEZ PELÁEZ
Y EL DOLOR POR LA IGNOMINIA
QUE-NO-PASA-DE-MODA





Los hermanos Martínez Peláez durante un día de campo, principios de los años treinta.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

PATRIA Y PARADOJA: CONFLICTOS DE IDENTIDAD EN LA GUATEMALA COLONIAL

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 17-28

W. George Lovell

Profesor de geografía en Queen's University en Kingston, Ontario, Canadá.

lovellg@queensu.ca

Fecha de recepción: 15 de octubre del 2012

Fecha de aceptación: 5 de noviembre del 2012

RESUMEN

En su extraordinaria crónica, la *Recordación Florida*, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699) nos dejó una selección vertiginosa de observaciones sobre la tierra y la vida en Guatemala colonial. El tataranieto del conquistador Bernal Díaz del Castillo, Fuentes y Guzmán, es la personificación de las rivalidades y tensiones que se dieron en el transcurso del tiempo entre españoles y criollos, a menudo hasta el punto del conflicto, respecto a derechos y privilegios, sobre todo cuando se trataba de la explotación de los frutos del trabajo indígena. Los criollos mostraban marcados conflictos de identidad, venerando sus raíces hispánicas a la vez que luchaban por afirmarse a sí mismos, nacidos y criados en el Nuevo Mundo como diferentes, pero igualmente merecedores que sus antepasados de la Península Ibérica. Su portavoz más representativo fue Fuentes y Guzmán, elocuente, aunque intrincado; lúcido, pero a la vez opaco, un emblema barroco en palabras y en obras. Severo Martínez Peláez (1925-1998) escarba la *Recordación Florida*, con infortunios y todo, y convierte a Fuentes y Guzmán en un personaje crucial de *La patria del criollo* (1970), su crítica marxista de cómo se llegó a formar Guatemala. El examinar cómo un texto clave influye a otro nos permite atisbar cómo las experiencias infantiles de estos dos hombres tienen muchos puntos de comparación, resaltando de vez en cuando su modo de representar las relaciones étnicas en la tierra que ambos amaron.

Palabras clave: *Recordación Florida*, Guatemala, colonia, identidad, Severo Martínez Peláez.

ABSTRACT

In his remarkable chronicle, the *Recordación Florida*, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699) left us a giddy array of observations about land and life in colonial Guatemala. The great-great-grandson of conquistador Bernal Díaz del Castillo, Fuentes y Guzmán epitomizes the rivalries and tensions that arose over time between Spaniards and criollos, often at loggerheads concerning rights and privileges, especially when it came to exploiting the fruits of indigenous labor. Criollos exhibited marked conflicts of identity, venerating their Hispanic roots while at the same time struggling to assert themselves, New World born and raised, as separate and distinct from, but just as worthy as, their peninsular Spanish forebears. They had no more representative a spokesman than Fuentes y Guzmán, articulate yet convoluted, lucid yet opaque, a baroque emblem in word and deed. Severo Martínez Peláez (1925-1998) mines the *Recordación Florida*, infelicities and all, and makes Fuentes y Guzmán a pivotal character in *La patria del criollo* (1970), his Marxist critique of how Guatemala came to be. Examining the ways in which one key text influenced another affords us a glimpse of conflicting identities in the Spanish scheme of empire, and beyond.

Key words: *Recordación Florida*, Guatemala, colony, identity, Severo Martínez Peláez.

Hacen realmente una extraña pareja. Uno es un ícono barroco, cuya crónica florida es la personificación de este periodo: sus preferencias, sus prejuicios, sus predilecciones. El otro es también una criatura de su tiempo, pero nació dos y tres cuartos de siglo más tarde; es, quizá, más sombrío, pero también florido a su propia manera inimitable. La generosidad de aquel inspiró a este para que produjera su propia cornucopia. Ambos criollos, de templates ideológicos extremadamente diferentes, distintos sino incompatibles, mediadores cuyo diálogo se zambulle en las profundidades de la tierra que ambos amaron: Guatemala.

Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699). Severo Martínez Peláez (1925-1998). *La Recordación Florida* y *La patria del criollo*: ambas son elegías complejas y elaboradas, de varios matices y niveles de profundidad, escritas, respectivamente, por un hijo de la capital de un reino colonial y, por otro, de su segunda ciudad colonial. ¿Cómo puede uno comprender una relación que, a primera vista, ningún sentido tiene? Nuestro argumento se basa en experiencias viscerales que ambos hombres vivieron durante su infancia, experiencias que los marcaron de por vida.

Martínez Peláez ([1970] 1998: 15-17) nos presenta a Fuentes y Guzmán en las primeras páginas de su obra maestra, no como un hombre adulto al servicio del rey y de la patria, sino como un niño de ocho años, aterrorizado al encontrarse en medio de un terremoto. Es un pasaje memorable y el principio de su diálogo:

El día 18 de febrero de 1651 fue un día terrible para la ciudad de Santiago de Guatemala. A eso de la una de la tarde –era un sábado– comenzó a retumbar el suelo y sacudirse violentamente. Muchos edificios se derrumbaron con estruendo en aquellos momentos. Otros quedaron seriamente dañados y continuaron desplomándose con los temblores siguientes, pues los hubo de día y de noche durante más de un mes... Pobres y ricos, aunados momentáneamente por el pánico, acudían a los atrios de los conventos a confesar con prisa sus culpas. Y en las torres, que malamente se sostenían en pie, gemían las campanas sacudidas por la mano invisible del terremoto.

En la muchedumbre que se aglomeraba por aquellos días en los atrios, se hallaba un niño que no olvidó jamás las impresiones del terremoto y que, 40 años más tarde, iba a recordarlas en las páginas de una célebre crónica. “[E]n el atrio de San Francisco, siendo yo ocho años de edad a la sazón, me acuerdo haber visto muchas personas... confesar sus culpas a voces”.

La fecha exacta en que Martínez Peláez conoció por primera vez a Fuentes y Guzmán no es muy clara. No obstante, en 1954 huyó a México para salvar su vida tras el derrocamiento en Guatemala del presidente Jacobo Arbenz Guzmán, cuyas reformas agrarias y socioeconómicas apoyaba Martínez Peláez (en aquel entonces un activista estudiantil de alto perfil) y a favor de las cuales hablaba públicamente. Ya en el exilio, años más tarde, le contó a Edelberto Cifuentes Medina (2002, 131-32) que “decidió llevarse un ‘pedazo’ de patria y lo que consideró más apropiado fue la *Recordación Florida* de Fuentes y Guzmán”. Aunque *La patria del criollo* se creó en la década siguiente, su génesis está arraigado crucialmente en aquella huida de la intervención imperialista y en su lucha contra ella.

¿Qué es lo que hizo que la *Recordación Florida* ejerciera tal influencia sobre Martínez Peláez? ¿Era el único en entrever algo de valor único,

cualidades que los otros no lograban discernir o descartaban enseguida como inútiles, pedantes o irrelevantes? ¿Qué es lo que convirtió a Fuentes y Guzmán no sólo en una fuente de gran cantidad de información, sino también, en manos de Martínez Peláez, en un protagonista prominente, es decir, en *el* protagonista, de *La patria del criollo*?

DE VUELTA A TRAVÉS DEL ESPEJO

Basándose repetidamente en sus contenidos, Martínez Peláez ([1970] 1998: 13) menciona que la “destacada importancia” de la *Recordación Florida* fue crucial en la composición de *La patria del criollo* por tres razones de peso: “primero, como fuente de noticias variadísimas; segundo, como testimonio de situaciones sociales muy complejas; y tercero, como reflejo de ciertas modalidades del pensamiento colonial”. La tercera razón es la más pertinente para nuestro objetivo. Martínez Peláez deja claro que su propósito no es una biografía en sí: las “frecuentes alusiones a la vida del cronista son pretextos expositivos, pretextos para entrar, en forma graduada y viva, a la concreción de la existencia colonial”. Tras penetrar “aquella existencia”, la *Recordación Florida* “cede lugar a muchos otros documentos de alto valor histórico”. Sin embargo, Fuentes y Guzmán “nos abandona [cuando estamos] orientados ya a su mundo”. Martínez Peláez también deja claro que “los numerosos análisis que se hacen del pensamiento de aquel notable hombre... no son... refutaciones o ataques... sino solamente explicaciones del porqué de aquella manera de pensar”. Su modo de indagar “tiene la única finalidad de sacar a luz las motivaciones más o menos profundas de aquel comportamiento”.

Y así Martínez Peláez ([1970] 1998: 17) pregunta, retórica pero incisivamente, “¿quién era aquel hombre?” La respuesta, por supuesto, debe ser contextual y pertenecer a contingencias colectivas. Lo primero en abordarse es la línea de sangre. Por el lado materno, Fuentes y Guzmán era de buen linaje español, nada menos que el tataranieto de Bernal Díaz del Castillo, el soldado veterano que luchó al lado de Cortés en la conquista de México y quien, al asentarse en Guatemala tras el final de las batallas, escribió el célebre testimonio *Historia verdadera de la conquista de la Nueva*

España ([1632] 1955). El lado paterno de la familia era también ilustre, pero ningún pariente era tan apreciado como “mi Bernal, mi Castillo”. Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932-33, tomo 1,1) desborda de orgullo cuando recuerda: “habiéndome dedicado en mi juvenil edad a leer... el original borrador de el heróico y valeroso capitán Bernal Diaz del Castillo, mi rebisabuelo, cuyo manuscrito conservamos sus descendientes con aprecio de memoria estimable”. Martínez Peláez ([1970] 1998: 19) enfatiza que Fuentes y Guzmán se consideraba a sí mismo “no sólo un descendiente de conquistadores, sino además un heredero de la conquista”, miembro de “un grupo de familias [que] poseían tierras, disponían del trabajo de los indios para hacerlas productivas y controlaban ciertos puestos de autoridad”. Sobre todo, pertenecía a una clase de “criollos, como nos llaman” y se identificaba a sí mismo como tal.

¿Qué actos de lealtad surgían de esto y cuáles eran las tensiones, contradicciones y retos que acompañaban a una afiliación tan designada y de afirmación propia?

EL ENIGMA CRIOLLO

Martínez Peláez ([1970] 1998: 19-20) fundamenta la conciencia criolla de Fuentes y Guzmán y de su clase en “el prejuicio de la superioridad hispana”. Nota que la palabra “criollo”, en su sentido más estricto, “designaba a los hijos de españoles nacidos en América sin ningún mestizaje”. Creada inicialmente para referirse a “los hijos de los conquistadores y primeros pobladores,” más adelante “la constante inmigración de españoles a las provincias le fue dando nuevos matices a la acepción primitiva”. Aparecieron distinciones entre “un criollo nuevo [y] un criollo de viejo abolengo indiano, porque los descendientes de conquistadores no querían ponerse en un plano de igualdad con los hijos de aventureros recién llegados”. Mientras tanto, los que pertenecían al segundo grupo mantenían que su estatus de recién llegados de España valía más que los lazos ancestrales, algo que no fue bien recibido por los criollos que ya llevaban tiempo establecidos allí y “preferían llamarse a sí mismos *españoles*, haciendo a un lado su lugar de nacimiento y subrayando su origen”.

GAVILANES Y POLLOS

Para llegar al corazón de la hostilidad que se desarrolló entre españoles peninsulares y criollos nacidos en Guatemala, y para resumir las relaciones de manera un tanto irónica, Martínez Peláez ([1970] 1998: 38) recurre a un refrán entretenido y pertinente: “Gachupín con criollo, gavilán con pollo”. El refrán se refiere claramente “a la enemistad entre españoles y criollos, e insinuaba ciertas ventajas de los primeros sobre los segundos”, ventajas que eran resentidas y deseadas por igual.

Medio siglo antes de que consumiera la atención de Fuentes y Guzmán, la tensa relación había sido notada y comentada por el fraile dominicano inglés Thomas Gage. Durante su estancia en Guatemala, Gage ([1648] 1928: 113 y 122) observó que los dos grupos eran “enemigos mortales” que “nunca estaban de acuerdo” y se contemplaban los unos a los otros con “resentimiento y odio”. El desprecio era tan marcado, sostenía Gage, que si Inglaterra fuera a lanzar un ataque contra las colonias españolas, los invasores se encontrarían con que contaban con el apoyo de criollos desafectos.

Gage no tenía necesidad de tomar partido. Sin embargo, su ojo observador captó no sólo la arrogancia peninsular, sino también la truculencia, la pedantería, el engaño y la pereza de los criollos. Aunque condena a ambos grupos dominantes por igual, guarda ciertas palabras particularmente severas para el carácter y la disposición de los criollos. “Tienen un espíritu de guerra extremadamente cobarde”, menciona, “y aunque dicen que bien les gustaría ver España, no se atreven a aventurarse al mar; consideran que dormir seguros es la mejor máxima para sus espíritus criollos”. Gage ([1648] 1928: 158 y 1702: 21) capta el resentimiento criollo con singular perspicacia cuando escribe que “no sólo... están excluidos de tomar posesión de cargos, sino que los españoles les acusan diariamente de ser incapaces de gobernar de cualquier manera y los llaman medio-indios”.

¿Ser considerados “medio-indios”, sobre todo en un país tan consciente de las cuestiones de raza como es Guatemala? Martínez Peláez ([1970] 1998: 91), casi incrédulo, llama inmediatamente nuestra atención al hecho de que las características negativas del carácter criollo eran contrastadas

con los atributos positivos de los inmigrantes españoles, quienes tenían, en su mayoría, mentalidad para el comercio. El criollo habitual, por otro lado, se dedicaba a “consumir sin producir, disfrutar sin trabajar, vivir como parásitos y aún despreciar a quienes les daban de comer”, una actitud que no conducía, ni mucho menos, a “la aparición de tipos humanos bien integrados”.

Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932, tomo 1: 69 y 112) se refiere a los españoles peninsulares como “advenedizos” y “allegadizos y malsines”, términos que pueden ser interpretados como “recién llegados” o “forasteros”, pero que también conllevan el estigma más irrisorio de “engreídos”. Martínez Peláez se pregunta lo mismo que Fuentes y Guzmán se planteó durante toda su vida adulta: ¿por qué los españoles se consideraban superiores a los criollos en todos los aspectos?

Por más que lo intentara, Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932-33, tomo 1: 64, 110, 121 y 184) nunca pudo contestar esta pregunta de modo para él satisfactorio. Se le escapaba, sobre todo cuando comparaba los peligrosos primeros años de la Colonia con “el regazo y blandura de la paz que hoy gozamos”, o cuando recordaba “aquellos que nos dejaron ganada la tierra, y fundamentado lo que sin otro trabajo que entrarnos dentro gozamos”. Llega hasta el punto de afirmar que “todo lo que hoy gozamos [viene] por la industria y tesón de laborioso de aquellos heroicos españoles”. ¿Cómo podían estos “advenedizos” desagradecidos, que habían llegado tarde al festejo, no ver por sí mismos cómo eran las cosas? “En estos tiempos no se atiende a los verdaderos méritos de quienes verdaderamente sirvieron a Dios y a Su Majestad, y que ganaron esta tierra llena de abundancia y delicias”, lamenta el cronista. “Los que la poseen se olvidan de estos varones, en todo grandes, a quienes tanto deben.”

LA PATRIA DEL CRIOLLO COMO REALIDAD COLONIAL GUATEMALTECA

Observamos antes que, cuando Martínez Peláez dejó Guatemala para buscar refugio en México tras el derrocamiento del presidente Arbenz en 1954, llevó consigo un “pedazo de patria” en la forma de la *Recordación Florida*. Sólo él conoce plenamente las razones por hacer esto, pero entre

ellas ha de haber sido que, sin contar las cuestiones de la ideología y el paso del tiempo, Martínez Peláez sentía que se podía identificar con Fuentes y Guzmán en maneras de las que sabía que podría escribir, años más tarde, produciendo un efecto iluminante. Los dos hombres, a pesar de sus profundas diferencias, compartieron ciertas experiencias formativas que influyeron su manera de concebir el mundo. Los acontecimientos de su infancia tuvieron una importancia visceral para ambos.

Igual que Fuentes y Guzmán, Martínez Peláez provenía de un linaje criollo habilidoso, por mucho que renegara de él. A finales del siglo XIX, su abuelo se encontraba entre los numerosos inmigrantes de Asturias, en el norte de España, que se dirigieron hacia América Latina, acabando no en Argentina, Cuba o México, como sucedía con la mayoría, sino en Guatemala. Allí tuvo un hijo, Alfredo Martínez Rodríguez, quien se casó con Alicia Peláez Luna, la madre de Martínez Peláez, perteneciente a una “antigua familia criolla”. Los padres de la mujer eran notablemente acaudalados, propietarios de grandes fincas, entre ellas una farma cafetalera en la Costa Cuca del Pacífico. Así como ocurría con Fuentes y Guzmán cuando su padre lo llevaba de niño a inspeccionar la propiedad de la familia, también Martínez Peláez se deleitaba con estas excursiones en el campo guatemalteco con su padre, viendo con sus propios ojos la belleza de la tierra, quedando maravillado ante su capacidad productiva y teniendo la oportunidad de observar de cerca la vida rural en general. A menudo se percataba de que eran los indios quienes cargaban con el mayor peso. Una vez comentó a José Enrique Asturias Rudeke (2000: 36) qué tan incómodo se sentía, al llegar a la mayoría de edad, cuando escuchaba a sus familiares y a otros terratenientes hablar irrespetuosamente “sobre la clase social que los sostenía”. La disparidad entre lo que observaba, es decir, indios que trabajaban duro sin parar, y lo que tenía que escuchar, quejas de que los indios no trabajaban lo suficientemente duro, era extrema.

La lectura de la *Recordación Florida* permitió a Martínez Peláez ([1970] 1998: 16-17) distinguir en Fuentes y Guzmán (a quien, al principio, cariñosamente llama Francisco) emociones que se parecían mucho a las suyas cuando crecía, sobre todo en relación con “la clase social que los sostenía”, los indios y otros cuyo trabajo era servir a sus amos:

Amén de los temblores, la infancia de Francisco debe haber transcurrido en un ambiente regalado y seguro. Allí estaban los padres y los abuelos para velar por su bienestar. Allí estaban las imágenes protectoras de los santos en el altar doméstico. Y estaban también los sirvientes y un esclavo negro, de ademán sencillo y servicial. La casa misma –su casa– ofrecía por fuera unos ventanales salientes con tupidas y fuertes barras y un pesado portón que no hubieran podido derribar veinte indios, aún escogidos entre los más forzudos, suponiendo que se les ordenase realizar tan estúpida e improductiva tarea.

La manera de los criollos de relacionarse con los indios, vista a través de los ojos infantiles de Fuentes y Guzmán, era considerada por Martínez Peláez muy parecida a cómo eran tratados en su día, siglos más tarde. Y sigue:

Los indios, si bien es cierto que había que tenerlos a raya y patentizarles en todo momento su subordinación –consejo cotidiano de los padres y abuelos– no es menos cierto que a la casa llegaban siempre como portadores de algún beneficio. Él los veía casi a diario en el zaguán, sudorosos y jadeantes, descargar de sus espaldas la leña, los granos, las legumbres, la leche, la panela y muchos otros bienes sin los cuales la existencia no habría sido todo lo agradable que en realidad era.

A este punto de su narrativa, Martínez Peláez reconstruye una escena de la *Recordación Florida*, en la cual Fuentes y Guzmán cuenta un intercambio con su abuela, la nieta (no olvidemos) de Bernal Díaz:

Si él hacía ademán, pongamos el caso, de querer chancearse con algún chicuelo acompañante de los indios, en el acto se veía asido por la mano enérgica de la abuela, quien lo apartaba con un susurro insistente y enfático: “Aparte somos nosotros y aparte los naturales”. También debe haberle sorprendido oír decir, en mitad de las largas conversaciones sobre los defectos de los indios, que estos *mamaban* todo lo malo que se les atribuía. ¿Acaso no eran indígenas las “nanas” o nodrizas que amamantaban a los niños en muchas casas de la gente rica?

Martínez Peláez concluye esta interacción con un comentario: “Ciertamente, había en todo estos absurdos incomprensibles para la lógica de un niño”.

Observar Guatemala desde el punto de vista de un niño, en la época en que lo hizo Fuentes y Guzmán, causó una gran impresión en Martínez Peláez, aun más porque se trataba de un punto de vista con el que se podía identificar y que, de hecho, convirtió en una especie de epifanía en *La patria del criollo*. El argumento fundamental del libro es que Guatemala permanece en una sociedad colonial de corazón porque las condiciones que se dieron hace siglos, cuando la España imperial prevaecía, han perdurado. Las circunstancias económicas que aseguran la prosperidad para unos pocos y las privaciones para la mayoría no se vieron alteradas ni por la Independencia de 1821 ni, tras casi medio siglo de gobierno conservador, por las reformas liberales de 1871, cuando las políticas promovidas por el presidente Justo Rufino Barrios convirtieron a Guatemala en una “república cafetalera” y no hicieron más que exacerbar las geografías ya crónicas de desigualdad. Los pocos en cuestión, por supuesto, son un grupo de élite de criollos, quienes asumieron el papel de gobernar Guatemala sin las confrontaciones sangrientas que se vivieron en otras partes del continente americano español; la mayoría son indios mayas, cuyo empobrecimiento y cuya explotación son compartidos por muchos guatemaltecos de raza mixta. En un enérgico pasaje concluyente, Martínez Peláez insiste ([1970] 1998: 484-85):

Se está viendo, pues, cómo los grandes problemas de fondo de la actualidad guatemalteca son realidades coloniales que se han mantenido por mucho tiempo después de la emancipación, sin alterar su esencia a pesar de ciertos desarrollos. Especialmente importante es no engañarse acerca de la Reforma [y su] ropaje ideológico liberal, [porque] la verdad es que *las dictaduras cafetaleras fueron la realización plena y radicalizada de la patria criolla*. La clase criolla creó la nación y la nacionalidad guatemaltecas... Debe enfatizarse el hecho que nunca fue la sangre española ni el color de la piel lo que configuró y compactó a la clase criolla [sino] la función acaparadora de la tierra y explotadora de trabajo servil.

Martínez Peláez ([1970] 1998: 424) no enfatiza este punto recurriendo a fuentes de archivo o literatura publicada, sino basándose en la memoria de su infancia, sin duda recordando a Fuentes y Guzmán. Ésta se vincula con una escena de la que fue testigo un día en su natal Quetzaltenango, donde se dio cuenta de que había bandos de indios amarrados juntos en una calle de la ciudad, cercados antes de ser llevados a pie o en camión a la costa para hacer trabajos forzados, “seguidos a veces por grupos de mujeres indígenas a corta distancia”. Recuerda vívidamente: “Aun los niños sabíamos que venían de los pueblos del altiplano, e iban a trabajar a la fincas de café de la Costa Cuca”.

La última palabra se debe dedicar, con todo respeto, a Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, al hombre que infundió vida nueva a la *Recordación Florida* al convertir a ésta (y a él mismo) en el elemento central de *La patria del criollo*, extrayendo de una crónica barroca la materia cruda de la cual se hace una crítica marxista. “Triste cuadro colonial”, comenta Severo Martínez Peláez, “que el autor de este libro vio muchas veces... a mediados del siglo XX”.

RECONOCIMIENTOS

Los editores de dos colecciones (Peláez Almengor, 2000; Velásquez Carre-ra, 2008), así como los numerosos contribuyentes de éstas, me dieron qué pensar, pero fueron las conversaciones con Edelberto Cifuentes Medina y Carlos Figueroa Ibarra las que me convencieron de que, quizá, haya descubierto algo respecto a cómo Martínez Peláez vio en la infancia de Fuentes y Guzmán ciertas experiencias con las cuales podía relacionarse. Nuestro “Simposio Severo”, en el 54° Congreso Internacional de Americanistas en Viena, resultó ser un foro amigable, del cual también me beneficié enormemente. El trabajo citado, así como el mío, es impregnado por un aire empírico; sin embargo, cualquiera que desee lidiar con cuestiones más teóricas de identidad, relaciones sociales y expresiones literarias se encontrará con que Carrillo (2009) tiene mucho que ofrecer.

REFERENCIAS

- Asturias Rudeke, José Enrique (2000), "Historia de un historiador", pp. 31-59 en Oscar Peláez Almengor (ed.), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Carrillo, Ana Lorena (2009), *Árbol de historias: Configuraciones del pasado en Severo Martínez y Luis Cardoza y Aragón*, Guatemala: Ediciones del Pensativo.
- Cifuentes Medina, Edelberto (2000), "José Severo Martínez Peláez: Una vida hecha obra de arte", pp. 89-132 en Oscar Peláez Almengor (ed.), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Díaz del Castillo, Bernal ([1632] 1955), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina.
- Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de [1690-1699] 1932-1933, *Recordación florida: Discurso historial y demostración natural, material, militar y política del reyno de Guatemala*, 3 vols., editado y prologado por J. Antonio Villacorta, Ramón A. Salazar, y Sinforoso Aguilar, Biblioteca "Goathemala," vols. 6-8, Ciudad de Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.
- Gage, Thomas [1648] 1702, *A Survey of the Spanish West-Indies*, London: Thomas Horne.
- _____ [1648] 2002, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*, México: Fideicomiso Teixidor.
- Peláez Almengor, Oscar (2000), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos.
- Velásquez Carrera, Eduardo Antonio (comp.), *Severo Martínez Peláez, In Memoriam: La patria del criollo, Un cuarto de siglo después*, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala.

VIOLENCIA Y REBELIÓN EN *MOTINES DE INDIOS* DE SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012- febrero 2013, pp. 29-56

Carlos Figueroa Ibarra

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
carlosfigueroaibarra@gmail.com

Fecha de recepción: 23 de octubre del 2012

Fecha de aceptación: 9 de noviembre del 2012

RESUMEN

La tesis central de este trabajo es la siguiente: el pensamiento político de Severo Martínez Peláez es indisoluble de su investigación histórica en *La patria del criollo* y en *Motines de indios*. Es una indagación del pasado motivada por un odioso presente que se quiere volver un futuro distinto. En este último libro, el examen de motines y rebelión está vertebrado por la búsqueda de las causas de la obediencia y la rebelión y tal búsqueda no es neutral. *Motines de indios*, de Severo Martínez Peláez, a pesar de ser un texto inconcluso, tiene un potencial explicativo para muchos temas, entre ellos, los orígenes del terrorismo de Estado, la cultura del terror, que hicieron de su patria de origen, el escenario del genocidio más importante de la América contemporánea.

Palabras clave: Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo*, *Motines de indios*, pensamiento político, terrorismo, genocidio.

ABSTRACT

The central thesis of this work is that the political thinking of Severo Martínez Peláez is indissolubly connected to his historical investigation in *La Patria del Criollo* and *Motines de Indios*. It is an inquiry into the past, motivated by a hateful present which wants to become a different future. The backbone of his study of riot and rebellion, presented in this last book, is the search for the causes of obedience and rebellion; and this search is not a neutral one. Although *Motines de Indios*, by Severo Martínez Peláez, is an unfinished text, it has the potential of explaining

many issues, amongst them the origins of state terrorism and the culture of terror, which turned his country of origin into the setting of the most important genocide of contemporary America.

Key words: Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo*, *Motines de indios*, political thinking, terrorism, genocide.

1. INTRODUCCIÓN

En este artículo pretendemos argumentar que el pensamiento político de Severo Martínez Peláez se vuelve indisoluble de su indagación sobre la historia colonial en Centroamérica, en particular en Guatemala. Más aún, podemos decir que, en ese sentido, su trabajo está animado por el espíritu científico, aunque también de manera muy importante, por la intención política. Acaso puede argumentarse algo que podría interpretarse como extremo, pero que tal vez no lo sea: que el trabajo de Severo Martínez Peláez sería inexplicable en gran medida sin su militancia revolucionaria. Su temprana indignación ante la explotación y el racismo que sufrían los indígenas guatemaltecos, paulatinamente lo llevó a vincularse a un espíritu anticapitalista y a militar en el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Por consiguiente, no puede desvincularse en Severo al historiador del pensador revolucionario. Su examen de los motines y rebeliones está vertebrado por la búsqueda de las causas de la obediencia y de la rebelión y esa búsqueda no es neutral. El lector de *La patria del criollo* y de *Motines de indios* puede advertir que Martínez Peláez, quizá inconscientemente, se convierte en un teorizador de la violencia y la rebelión. Esta teorización surge de un motivo que está más allá del espíritu científico. Acaso radique en su capacidad de indignación y en la aversión que le provoca no sólo el pasado colonial con sus infamias e injusticias, sino sobre todo el presente que le tocó vivir. Ese presente que aún hoy es continuación y reproducción ampliada de dicho pasado.

Con esas preocupaciones, Severo Martínez Peláez trata de internarse en la subjetividad del opresor, sea éste el representante de la Corona o el criollo expoliador. También busca las motivaciones y la concepción del mundo del expoliado, esencialmente el habitante de los llamados “pueblos de indios”. Y de todo ello derivan las motivaciones y regularidades de la

violencia opresora colonial, así como los límites de la violencia como acto de resistencia, es decir, aquella que ejercieron los indios en los motines y rebeliones. Sostenemos también en este trabajo que *Motines de indios* de Severo Martínez Peláez, a pesar de ser un texto inconcluso, tiene un potencial explicativo para muchos temas, entre ellos, los orígenes del terrorismo de Estado, la cultura del terror, que hicieron de su patria de origen, el escenario del genocidio más importante de la América contemporánea.¹

2. EL HISTORIADOR COMO PENSADOR REVOLUCIONARIO

Nacido en la ciudad de Quetzaltenango en 1925, Severo Martínez Peláez presenció de manera muy directa la continuación del orden colonial a través del orden oligárquico-liberal. Es bastante conocido el origen español de su familia paterna y además su situación acomodada durante los años veinte del siglo pasado, cuando la abarrotería fundada por el abuelo Severo Martínez Annia conocía todavía su esplendor (Asturias, 2000: 33-34). Su familia materna era parte de los finqueros cafetaleros del occidente de Guatemala, y su niñez y adolescencia transcurrió en el contexto de la dictadura de Jorge Ubico (1931-1944). Este régimen político perpetuaría, en gran medida, el orden colonial sólo que ahora articulado a la agroexportación hacia el mercado mundial capitalista. Todo apuntaba a que aquel muchacho de clase acomodada en la segunda ciudad de la república de Guatemala, tendría una existencia convencional y sería continuador en la administración del patrimonio familiar. Pero otro sería el rumbo de aquel joven complejo y atormentado, entre otros hechos por el suicidio de su madre cuando él era todavía un niño. No es este el lugar para abundar en las causas de su paulatina inclinación hacia el pensamiento revolucionario, las cuales ya han sido analizadas en otros lugares (por ejemplo, en Figueroa, 2000; Cifuentes, 2000; Lovell y Lutz, 2009). Baste recalcar que aquel joven fue impactado por el espectáculo de la expoliación y el racismo que siempre ha anegado a Guatemala. En alguna de las páginas de *La patria del criollo*, en la sección de las notas de dicho libro, el historiador cedió brevemente el paso al testigo y dio cuenta de los indígenas sometidos al

mandamiento, la continuación oligárquico-liberal del colonial *repartimiento*, es decir, el trabajo forzado por temporada:

Hasta la caída de Ubico y las reformas legislativas de 1945, los mandamientos estuvieron en pleno uso y vigor. El autor de este libro (S.M.), como todas las personas que para aquel entonces ya estaban en edad de darse cuenta, vio muchas veces pasar por las calles de Quetzaltenango las “partidas” de indígenas, atados y escoltados, seguidos a veces de grupos de mujeres indígenas a corta distancia. Aun los niños sabíamos que venían de los pueblos del altiplano, e iban a trabajar a las fincas de café de la “Costa Cuca” (Martínez Peláez, 1981: 752).

En las páginas de *La patria del criollo*, el lector atento puede adivinar el sustrato de la investigación rigurosa en el plano histórico. El pasado es reconstruido en función de explicar el presente con ánimo de transformarlo. El presente se ha vuelto en una poderosa motivación para inquirir en el pasado y transformar esa búsqueda en herramienta revolucionaria. Es una indagación del pasado motivado por un odioso presente que quiere volverse un futuro distinto. La intencionalidad política se advierte ya en un texto clandestino publicado en *Nuestras ideas*, la revista teórica del PGT, ocho años antes de la publicación de *La patria del criollo*. El joven historiador, también militante clandestino, publica con el seudónimo de Benedicto Paz un texto titulado “El delito de afrancesamiento en el período de la independencia”. En dicho texto, *Benedicto Paz* explica que, en la época de lucha por la Independencia de Centroamérica, mostrar simpatías por el régimen republicano francés, leer a Montesquieu, o simpatizar con Bonaparte, y viajar a Francia, eran considerados delitos subversivos y penados por la justicia con tormentos y prisión. Francia era considerada por la Corona española como “exportadora” de la revolución y había creado los “Tribunales de Fidelidad” para perseguir el *afrancesamiento* que no era sino el eufemismo del independentismo y el sinónimo de “lo exótico y disolvente de aquel entonces” (*Paz*, 1962).²

Al imaginar al joven historiador y militante de una organización clandestina, escribir tales ideas en la Guatemala de principios de los años sesenta del siglo XX, fácil es hacer el parangón entre lo que se vivía en

el Reino de Guatemala a principios del siglo XIX y lo que sucedía en la América Latina, en particular en Guatemala en el contexto de la Guerra fría y el imperio de la doctrina de seguridad nacional. El oscurantismo reaccionario antiiluminista de los siglos XVIII-XIX se había transformado en el oscurantismo reaccionario anticomunista. En 1962, Guatemala estaba por convertirse en el escenario del genocidio en su forma de politicidio más notable de la América contemporánea. El propio Severo Martínez Peláez sería arrestado por aquellos años y sus libros de marxismo y en general de ciencias sociales fueron decomisados. Gracias a que el jefe de la policía de aquel entonces había sido compañero de estudios en la adolescencia, después de un relativamente breve tiempo en los separos, al ser liberado, Severo pudo recuperar sus libros. El joven historiador no pudo evitar tratar de ilustrar a aquel esbirro y le regaló un manual de marxismo para que supiera qué pensaban los comunistas (Figueroa, 2000: 144).

En “El delito de afrancesamiento en el período de la independencia”, Martínez Peláez busca indagar las razones del oscurantismo colonial. Pero tal búsqueda está motivada en escudriñar las causas del oscurantismo que le había tocado vivir. Existían ciertas constantes en el periodo que él estudiaba y en el que vivía. Estas constantes, al parecer, constituían una cultura política: la paranoia xenófoba que buscaba en un elemento exógeno la causa del pensamiento subversivo que se estaba combatiendo, la prohibición de ideas “exóticas” que se consideraban nocivas, la persecución de libros y panfletos donde éstas se expresaran, el encarcelamiento y hasta asesinato de aquellos que pensaban de esa manera o eran considerados sospechosos de hacerlo. En el texto escrito por *Benedicto Paz* hay un apetito por transformar el autoritarismo que se vivía en aquella época. A la rebeldía en contra de la explotación y opresión, se une en este escrito una insubordinación en contra de una dictadura del pensamiento. El pensador revolucionario une a sus preocupaciones motivadas por la explotación y opresión del indio, las que nacen de una vocación libertaria y democrática. Los motivos de esto último, tal vez se vinculen con su propia experiencia del tránsito del oscurantismo de la dictadura de Ubico, a la *primavera democrática* vivida en la década revolucionaria de 1944-1954. El joven Severo habría de vivir de manera intensa el escape de esa asfixia en sus

años como estudiante en la recién fundada Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala (Asturias, 2000; Cifuentes, 2000; Lovell y Lutz, 2000).

La contrarrevolución que derrocó al gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz (1951-1954) habría de consolidar la adscripción de Severo Martínez Peláez al marxismo y a la lucha por la revolución y el socialismo. Los años de estudio en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, su cercanía con maestros como Wenceslao Roces, habrían de darle forma teórica a ese sentimiento que desde muchos años atrás se había venido larvarndo. La teoría marxista y la convicción política son el sustrato de *La patria del criollo* y de *Motines de indios*. He aquí la explicación al porqué algunos de sus críticos consideran la obra de Severo como un producto parcial que no es objetivo. La pregunta que casi es un lugar común y que surge inmediatamente es la siguiente: ¿Fue consecuente Durkheim con sus pretensiones de objetividad en la sociología? (Durkheim, 1979). ¿Existió en Weber alguna vez la “neutralidad valorativa” de la que cierta vez nos habló y de la que él mismo dudó? (Weber, 1904; 1917). En la historia y en la sociología, en general en las ciencias sociales y humanidades, no puede haber más objetividad que un relativo distanciamiento con lo que se estudia o investiga. Y la neutralidad valorativa es una verdadera quimera.

Con este ánimo exploremos la simbiosis entre el historiador y el pensador revolucionario que Severo Martínez Peláez nos muestra en su obra, particularmente en *Motines de indios*.

3. TEORIZANDO LA VIOLENCIA Y LA REBELIÓN

Motines de Indios fue inicialmente publicado en 1985 como un avance de investigación.³ La edición de 1985 contiene un plan general de la obra que nunca se completó y, además, la promesa incumplida de que pronto se convertiría en un libro consumado. Pero este texto había sido redactado desde los años setenta y puede agregarse que muchas de las ideas de *Motines de indios* ya están contenidas en *La patria del criollo*. No solamente porque en este libro está comprendida la interpretación de las causas es-

tructurales de la violencia colonial, los motines incluidos, sino porque en él hay referencias puntuales acerca de dichos motines. Baste mencionar en el capítulo quinto su alusión a la prohibición de prácticas religiosas paganas como causa de motines (Martínez Peláez, 1981: 214,684) y en el capítulo sexto la desvinculación de éstos con la lucha por la Independencia con respecto a España (Martínez Peláez, 1981: 337,717).⁴ Es posible pues conjeturar que varias de las ideas de *Motines de indios* ya se encontraban germinando en los años sesenta del siglo XX y con certeza podemos decir que estaban siendo escritas desde principios de esos años.⁵

La conjetura y certeza con respecto a las fechas en que estaban naciendo las ideas sobre violencia y rebelión que después serían escritas en *Motines de indios*, sirven para relacionar estos hechos con el contexto en que surgieron y se escribieron. Al leer el libro se descubre, con sorpresa, que Severo no sólo se limita a analizar los motines sino que en la primera parte se aventura a hacer una teorización acerca de éstos. Más aún, esta teorización va mucho más allá, pues se convierte en aseveraciones generales acerca de la violencia, la obediencia y la rebelión. En ese sentido los tres primeros capítulos de *Motines* contienen puntos que pueden encontrarse en obras que buscan teorizar estos tres elementos, por ejemplo, la de Ted Gurr (1971) y la correspondiente a Barrington Moore Jr. (1996). Nuevamente, este resultado inesperado puede ser relacionado con la doble condición de Severo Martínez Peláez, la de político y la de científico, para decirlo a la manera de Max Weber.

La deposición de Arbenz en 1954 habría de darle continuidad a un proceso que ya estaba germinando, aun en años de la década revolucionaria guatemalteca: el fortalecimiento del ejército en la vida política nacional. El desplazamiento de la figura del dictador que provocó la Revolución de 1944 en Guatemala, empezó a mostrar un resultado inesperado. Las fuerzas armadas habían jugado un papel determinante en el derrocamiento de la dictadura de Ponce Vaides en aquel año y ese hecho fundacional habría de darle una creciente importancia dentro del Estado. El ejército se convirtió en el tigre dormido al que había que mantener amodorrado con prebendas y lisonjas, mientras que las fuerzas sociales desplazadas por la Revolución, con los mismos métodos procuraban despertarlo para que

de un zarpazo acabara con aquella. El ejército fue dibujándose cada vez más como la encarnación del poder político delegado por la burguesía, el imperio y las fuerzas políticas de la derecha guatemalteca. Así, si antes de 1944, el ejército había sido el instrumento del *dictador*, después de la contrarrevolución de 1954 “se convertiría en la novia de la clase alta” y, gradualmente, le crecerían bigotes y desarrollaría fuertes músculos (Gleijeses, 1991: 386). El recrudecimiento de la Guerra fría en América latina con el triunfo de la Revolución cubana creó las condiciones para que en 1963, un golpe de Estado instaurara el periodo de dictaduras militares que regiría los destinos del país, al menos durante los 23 años siguientes (Torres Rivas, 1987). La presencia de un movimiento guerrillero en Guatemala, a partir de 1961-1962, transformaría a esa dictadura en un monstruo contrainsurgente que llevaría la violencia estatal a límites sin precedentes en la historia contemporánea del continente (Figueroa Ibarra, 1999; 2011).

Desde principios de los años sesenta, Guatemala vivía una creciente represión estatal que, poco tiempo después, se convertiría en franco terrorismo de Estado. Al mismo tiempo, como consecuencia de esto y de la radicalización provocada en el movimiento revolucionario por la Revolución cubana, estaba planteada la violencia desde abajo, la que ejercerían los que resistían a la dictadura y luchaban por una revolución socialista.

¿Era ajeno Severo Martínez Peláez a este clima? Por su estilo de vida y su origen de clase, hechos que él se permitía recordar una y otra vez, Severo estaba lejos de involucrarse en una lucha armada revolucionaria. Su vida fue la de un investigador y profesor universitario. Pero el historiador era también político y se encontraba en las filas de una organización que desde 1961 había considerado involucrarse en “todas las formas de lucha” y que, poco tiempo después, se vería involucrada en actividades guerrilleras (Alvarado, 1994: 43-86). Fue Severo, aun en el contexto de una dictadura militar, un revolucionario convicto y confeso. En una entrevista, imprescindible para estudiar su pensamiento, realizada por Alberto Baeza Flores en 1974, inequívocamente dijo:

En nuestros días se hace imposible la Revolución con carácter burgués. Esto ya era imposible hace veinte años, como lo demuestra la caída de la Revolución Guatemalteca. La Revolución hoy, sólo puede entenderse en dirección hacia el socialismo, independientemente de las vías que se vayan encontrando de acuerdo con las peculiaridades de los países latinoamericanos (Martínez y Baeza, 1974: 71).

En el imaginario revolucionario de aquellos años, la revolución democrática burguesa era algo superado. Lo había postulado desde 1955 el propio partido en que militaba Severo Martínez Peláez (CP del CC del PGT, 1955), y en el plano académico lo había sustentado en un libro muy conocido (resultado de su tesis doctoral en la UNAM) el filósofo Jaime Díaz Rozzotto (Díaz, 1958). El eventual cambio revolucionario, que dependería en su forma de las “peculiaridades de cada país”, tendría un indudable contenido orientado hacia el socialismo. La importancia de la participación de los indígenas guatemaltecos en ese proceso era percibida cada vez más claramente por el movimiento revolucionario, como lo revelaría uno de los documentos fundacionales del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP, 1967). También lo revelaría la polémica suscitada por la aparición del libro de Carlos Guzmán Bockler y Jean Loup Herbert en 1970 (Guzmán y Herbert, 1970). La izquierda en la academia y en la política habría de tomar partido por estos últimos o por el planteamiento de Martínez Peláez. Resulta cierto que en el contexto de dicha polémica, Severo acentuó su preocupación por el papel de los indígenas en el proceso revolucionario. Esto se refleja meridianamente en una de las respuestas que le dio, en 1974, a Alberto Baeza Flores:

No creo que en plazo corto se den condiciones en Guatemala para la recuperación del poder por la Revolución. Pero creo que ese momento llegará de todos modos. Desde el punto de vista revolucionario, la tarea es elevar la conciencia de clase del indio como proletario, compactarlo con todos los otros elementos interesados en la Revolución, para que su odio indiscriminado-odio colonial no vaya a ser arma dócil en manos de la reacción. El indio es, como usted ve, un gran tema político de actualidad por razón de su importancia en el futuro. Yo

creo que la discusión sobre el indio que se libra hoy en Guatemala, responde ya a la previsión de su papel en el proceso revolucionario futuro. Su importancia es percibida a cabalidad por la derecha y por la izquierda guatemaltecas (Martínez y Baeza, 1974: 74).

He aquí pues el contexto que vivió el historiador y que habría de ser una de las motivaciones poderosas en el estudio de la violencia colonial, no solamente la que venía desde el régimen, sino también la que se oponía a éste a través del motín y la rebelión. Siendo la violencia política un elemento insoslayable en el diario acontecer de su vida, Martínez Peláez escribe los primeros tres capítulos de *Motines de indios* con la preocupación de discernir las regularidades de dicha violencia, tanto la que llega desde los opresores y expoliadores, como la que viene de los oprimidos y explotados. Los títulos de dichos capítulos develan tal intencionalidad: Las causas del amotinamiento; Violencia de indios; Represión. Subyacen en éstos, “también en los tres que escribió sobre motines y rebelión en particular”, el apetito por discernir las causas de la obediencia, los motivos de la insubordinación, la naturaleza de la violencia represiva y la violencia rebelde. Desgraciadamente, Severo ya no escribió la cuarta parte de su obra en donde retomaría el vuelo analítico avizorado en la primera. En esa cuarta parte, como en la primera, Martínez Peláez trataría de universalizar lo que de universal había percibido en lo particular de cada uno de los nueve motines y una rebelión que había estado analizando.

Pero con los dos capítulos que escribió sobre motines (Motín de Macholola, Honduras, 1801; Motín de Viejo, Nicaragua, 1759) y aquel que escribió sobre una rebelión (La rebelión de los zendales, Chiapas, 1712), acaso sea posible reconstruir la concepción de Severo sobre violencia, obediencia y rebelión, así como una interpretación de los motines que vaya más allá del relato de los acontecimientos.

El punto medular de la interpretación de Severo Martínez Peláez con respecto a los motines de indios se encuentra en los primeros párrafos de la introducción de su inconcluso libro. Al debatir con algún crítico imaginario, argumenta el motivo por el cual se ha enfocado en los momentos críticos de la vida colonial del indio y no en aquellos en los que su vida transcurría

con normalidad. En su opinión es erróneo creer que las clases sociales oprimidas viven una vida “normal” cuando no se rebelan, la cual se vuelve “anormal” cuando se rebelan: en realidad la violencia en los momentos críticos se gesta en la entraña de la vida cotidiana “normal” (Martínez Peláez, 1985: 10). En general, la violencia tiene causas estructurales, por lo que puede decirse que la causa primordial de los motines de indios fue el régimen colonial que colocó al indio colonial en los límites de la desesperación y de la explosión violenta (23, 25). Las causas estructurales de la violencia son las que el autor llama “causas determinantes”. Éstas no deben ser confundidas con las causas desencadenantes, que pueden ser hechos fortuitos que actúan como factores precipitantes (25). Hay una diferencia esencial, de contenido, entre la violencia que nace en la desesperación de los oprimidos y la que aplican los opresores para silenciarlos. La violencia represiva actúa a través de la autoridad y sus agentes opresores para preservar los mecanismos de explotación, mientras los oprimidos la ejercen contra dichos mecanismos (95, 97).

Esto nos indica que la violencia social nunca es un fin en sí mismo, siempre es un medio que apunta a un objetivo ulterior (95). Martínez Peláez además sabe distinguir entre la violencia como acto y la que actúa como expectativa, es decir, el terror. El terror que tiene una relación de especie de género con la violencia, no es más que la violencia aplicada con la mayor de las contundencias para lograr efectos ejemplares y disuasivos. La violencia en potencia, la que dimana de la ejemplaridad de los castigos es la violencia que el oprimido siente todo el tiempo. Hay una relación dialéctica entre la violencia en acto y la violencia en potencia: la primera aparece intermitente para alimentar de manera permanente a la segunda (47). Viviendo en una sociedad regida por una dictadura militar de carácter terrorista, a Severo Martínez Peláez le llama poderosamente la atención el terror en la vida colonial centroamericana. Su examen de los castigos a los amotinados y rebeldes, el carácter público de éstos, lo hace concluir que el propósito era infundir terror y que el terror era una pieza clave en el mantenimiento de la paz y la estabilidad colonial: las protestas de los indios tenían que ser castigadas con rigor y prontitud (90). Por esto cita textualmente un documento: “...*dándose una situación de descontento y*

agitación con visos de ahondar generalizarse, hay que recurrir con prontitud y decisión a la violencia represiva, incluso la más radical porque de otro modo se corre riesgo que tiemble y se sacuda toda una provincia...” (96). Y casi podría decirse que nuestro autor estuviera retratando a Guatemala, y a la mayor parte de Centroamérica de la segunda mitad del siglo XX, cuando afirma:

Suele decirse que el nivel de consolidación de un poder estatal “y mucho más si se trata de una formación colonial” puede medirse por los niveles de violencia que los grupos dominantes se ven obligados a ejercer. A mayor consolidación, menor uso de violencia (96).

Severo percibía cómo las dictaduras militares centroamericanas, a imagen y semejanza del orden colonial que les había precedido “no podían sostenerse sin la violencia represiva” (97). Esto era así, porque al igual que dicho orden colonial, las dictaduras militares herederas de dicho orden y de su reproducción a través de las dictaduras oligárquico dependientes (Cueva, 1977), regían a sociedades con un enorme potencial de rebeldía. Todavía pudo observar Severo Martínez Peláez cómo ese potencial rebelde se volvía estallido revolucionario en Centroamérica a partir de fines de la séptima década del siglo XX.

Así como el terrible orden represivo que le tocó vivir, tal vez lo volvió sumamente perspicaz para analizar la violencia represiva, el potencial de rebeldía en Guatemala y Centroamérica lo llevó a ser también bastante sutil para detectar las regularidades de la violencia desde abajo y la rebeldía que la nutría. Postuló así que las causas del ánimo rebelde podían ser causas de orden positivo coyuntural, causas de orden positivo interno y causas de orden interno negativo. Un ejemplo de las primeras era el debilitamiento de las posibilidades de violencia del opresor: un aparato de terror más laxo y con menos control podía dar lugar a clases subalternas más desenvueltas y seguras. ¿No va siempre asociada una opresión más profunda a una timidez india más ostensible? (Motín de Macholola, 1801). Una pugna entre el conjunto de grupos comprometidos en la opresión (autoridad militar, política o religiosa, fracciones de clase) abre una brecha o ventana de oportunidades que facilita la rebelión (Motín de Viejo, 1759;

Rebelión de los Zendales, 1712-1713). Un ejemplo de las causas de orden positivo interno fue el auge de las posibilidades de la violencia del oprimido: una similar condición de clase o la existencia en capas sociales muy próximas, el estar sometidos a los excesos de un mismo explotador. Esto rompía barreras culturales y lingüísticas y facilitaba una acción común de rebelión (Motín de Viejo, 1759). Finalmente, como ejemplo de las causas de orden negativo interno puso el empeoramiento de la situación negativa económica general y, por tanto, la de los oprimidos (47,48).

Acaso con el mismo espíritu que lo hizo Sidney Tarrow cuando distinguió la rebelión del movimiento (Tarrow, 1997), Severo hizo la distinción en las sublevaciones entre motín y rebelión. Los motines son actos de violencia no planificados, localizados, aislados, prepolíticos y, además, de una temporalidad corta. Las rebeliones son levantamientos planificados, que enlazan regiones enteras, con un contenido político aunque sea arcaico, por tanto, con una visión de futuro. Si las sublevaciones pueden distinguirse entre motines y rebeliones por su temporalidad y grado de espontaneidad, por su contenido programático pueden diferenciarse en reformismos o revoluciones.⁶

4. MOTÍN Y REBELIÓN COMO EXPRESIÓN DE LOS LÍMITES DEL OPRIMIDO Y EXPOLIADO

En algún lugar de su libro, Martínez Peláez asevera que el motín no fue un accidente, sino una realidad necesaria y constante derivada de la naturaleza misma de la estructura colonial (51). Esta afirmación contiene implícitamente buena parte de su interpretación del orden colonial centroamericano. Los motines de indios fueron expresión de luchas de clases (14), y por ello ajenos a cierta visión romántica que los hace reivindicadores de un perdido orden prehispánico. Finalmente, nuestro autor reitera en el libro lo que ya aseveró en *La patria del criollo*: el indio, a diferencia del nativo, fue un producto colonial (12, 18). La causa más frecuente de los motines de indios fue el tributo y los abusos que iban agregados a su recaudación: malversaciones de tributos, tributos excesivos para el número de población, exigencias de las autoridades para tasar el tributo con respecto al número

real de población (25, 26). También hubo motines por los repartimientos de algodón y mercancías, los cuales fueron, junto a los tributos, las causas más corrientes de los motines (35-37).

De acuerdo con lo que indica Severo, la explicación de la importancia del tributo en los amotinamientos deriva de que el plan monárquico se orientó a convertir a los indios en tributarios del rey, y fueron organizados para esto (14). Ciertamente los indios fueron sometidos a diversas formas de explotación: tributación, repartimiento, servicios gratuitos a la Iglesia, endeudamiento forzoso por compras forzadas de mercancías, exacciones de los caciques (16). Pero fueron tributos, monopolio comercial y cobro de impuestos mercantiles los principales mecanismos de succión de riquezas en vista de que el reino era pobre en la producción de metales. Por consecuencia, el repartimiento tuvo un lugar subordinado en la estructura colonial; finalmente era un mecanismo de explotación que beneficiaba a los hacendados criollos (89). Los motines derivados de la usurpación de las tierras de indios fueron excepcionales o no los hubo; de igual manera los motines ocasionados por el repartimiento, es decir, el trabajo forzado por periodos semanales en las haciendas. Esto sucedió porque la tierra era necesaria para el mantenimiento de los indios y para pagar el tributo a la Corona y porque el repartimiento era una concesión temporal de ésta a los hacendados (32-34).

El orden colonial estaba constituido por una estructura que, de arriba abajo, comenzaba con la monarquía misma, continuaba con los altos funcionarios coloniales, exportadores radicados en la península, comerciantes monopolistas locales, corregidores, alcaldes mayores, y finalizaba con los indios nobles y los ladinos (mestizos) establecidos en los pueblos de indios (38). Como expresión de luchas de clases, los motines, en muchas ocasiones, fueron dirigidos contra los enemigos más inmediatos en esa formidable estructura de dominación: indios nobles y ladinos que en muchas ocasiones actuaron como esbirros locales. A estos enemigos inmediatos hay que agregar los curas regionales y locales (41, 43-44).

En la visión de Martínez Peláez, la lucha de clases en el régimen colonial dista mucho de ser una resistencia reivindicativa de una identidad visualizada de manera esencialista. Así, esa lucha de clases también

dista de ser una mera confrontación entre indios contra ladinos, criollos y peninsulares. Tanto en *La patria del criollo*, como en *Motines de indios*, ciertamente veremos a los indios luchar contra sus opresores, pero entre estos opresores no solamente habrá criollos y peninsulares, sino también ladinos pobres e indios acomodados. Estos últimos, los “justicias” (alcaldes, regidores y alguaciles) y los “principales” (la “nobleza” india local) (72). Veremos conflictos entre indios nobles (“principales” contra “justicias”), también alianzas entre indios y ladinos pobres cuando ambos grupos fueron sometidos a idénticas condiciones de trabajo y explotación. Dentro de la cadena represiva constituida por los curas, ladinos de pueblos de indios y “cabildos de indios”, estos últimos fueron el eslabón más débil. La razón fue que estaban más cerca de los indios explotados por razones de vivienda y culturales. Además, las rivalidades entre principales y justicias debilitaban dicho eslabón (ídem).

A excepción de la rebelión de los zendales, la violencia colonial indígena en Centroamérica fueron los motines: pequeñas sublevaciones contra autoridades locales porque los amotinados no podían alcanzar a autoridades más altas. La propia condición del indio no daba para más que el motín, eran seres atados de pies porque no podían salir de los pueblos sin autorizaciones, o atados de la palabra porque no sabían hablar el castellano ni mucho menos escribirlo, salvo algunos escribanos (52). Acaso uno de los elementos más controversiales de la interpretación de Martínez Peláez radica en su visión de la cultura del indio colonial: una cultura pobre, infracotada de recursos tecnológicos y visión del mundo que le permitiera ir más allá de intermitentes, pero efímeros brotes de insubordinación. La visión del mundo del indio colonial estaba constituida por fantasías religiosas hispánicas y prehispánicas refundidas en un nuevo sistema de creencias coloniales. No incluía la visualización del sistema mismo, cuya estructura institucional desconocían por completo (84).

El motín como forma de resistencia en la visión de Severo es, entonces, un síntoma de estas limitaciones observadas en los indios coloniales. Por esto, nos dice el historiador, los motines fueron explosiones imprevistas, focales, circunstanciales, desimplementadas, prepolíticas, no planificadas (o improvisadas en pocas horas), con un alto costo de sacrificio

(49, 55, 96) y de muy corta duración. Raros fueron los motines de una semana, lo que no quiere decir que, en ocasiones, no fueran expresión de una violencia extrema. El motivo de esto fue que los indios no supieron, en la mayoría de los casos, qué hacer después del brote de ira. También porque la reacción represiva era rápida y fulminante para impedir los daños grandes y la propagación de la rebeldía. Finalmente, porque los indios sabían de lo devastadora que era esa reacción represiva (63-64). También los motines fueron canalizaciones de odio popular contra una o varias personas responsables de abusos, nunca dirigidas contra los sistemas de explotación básicos, ni contra las clases explotadoras, ni contra el sistema colonial. La intención fue frenadora y punitiva de algún exceso, no fue reformadora ni menos aún revolucionaria (55). El carácter espontáneo de los movimientos, la ausencia de plan, no permitía una solidaridad firme entre los menos comprometidos, aun cuando entre los que más lo estaban sí existía. Las confesiones y acusaciones entre los mismos amotinados fueron frecuentes (85). Los motines de indios se hicieron con recursos tecnológicos (armas) escasamente ofensivos: piedras, garrotes y eventualmente machetes. La excepción en ese pobre armamento fue la rebelión de los zendales (55).

En los motines, el auge de la cólera no hacía desaparecer totalmente el miedo. El motín ejerció la violencia tratando, en la mayor parte de los casos, que ésta no llegara a extremos, porque se sabía que la derrota era una posibilidad real (50, 51). Las escasas o nulas posibilidades de victoria radicaban en que el aparato represivo colonial era vasto. Comenzaba con los corregidores y alcaldes mayores, aliados a la Iglesia presente y vigilante de los pueblos de indios. Los curas cumplían además de la función religiosa, funciones políticas sumamente importantes (68). Los religiosos coloniales, en relación con los motines de indios fueron defensores del sistema y cualquier veleidad de defensa de estos últimos hubiera sido definitivamente subversiva (67-70). El aparato represivo incluía al ejército regular que constaba de *batallones fijos* de infantería, caballería y artillería y sobre todo a las *milicias*, una fuerza temporal constituida por los mestizos varones de entre 16 y 40 años. El aparato represivo colonial resultaba entonces ágil, eficiente y barato, pues solamente un grupo reducido de

personas era quien estaba siempre sobre las armas (*batallones fijos* y oficialidad española), mientras que bastante gente tenía que tomarlas, si se daba la necesidad y era citada (73-78).

El estudio de la rebelión de los zendales (10 de agosto de 1712-enero de 1713), en las zonas aledañas a Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas, Chiapas), le sirvió a Severo Martínez Peláez para expresar la excepción que confirmaba la regla de las insubordinaciones en el régimen colonial centroamericano. También para hacer la distinción “que postuló a un nivel teórico más general” entre el motín y la rebelión. A diferencia de los motines que fueron de corta duración y en gran medida espontáneos, la rebelión de los zendales tuvo una duración de cinco meses, se extendió a decenas de pueblos, involucró a millares de personas. Los sublevados se trazaron un plan de acción bastante elaborado y se propusieron suprimir definitivamente la dominación española en un amplio territorio. Los jefes zendales pretendían instalar una sociedad independiente, una zona liberada (125-127, 147).

En lo que se refiere a la violencia como acto de resistencia, a diferencia de lo acontecido en los motines, en la rebelión se llevó hasta las últimas consecuencias. Se observaron azotes y ejecuciones en los pueblos de indios que no apoyaron la rebelión. Y estas acciones extremas fueron dirigidas, sobre todo, a los fiscales y mayordomos (sirvientes y hombres de confianza de los curas), esbirros al servicio del corregidor y en general hacia los indios ricos. Tampoco faltaron las masacres de mujeres y niños ladinos y ejecuciones de curas (141, 142) En suma, violencia ejercida contra la primera línea del aparato represivo que cotidianamente sufrían los pueblos de indios. La violencia de los oprimidos y expoliados creció en los momentos finales de la rebelión cuando la tropa colonial ya había realizado matanzas indiscriminadas en los pueblos que había sometido, de tal manera que las atrocidades cometidas por los sublevados tuvieron también un contenido de venganza (142). Martínez Peláez hurga en la subjetividad de los sublevados las motivaciones de una violencia que no se había visto. Además de cobro de agravios largamente acumulados, de desquite por la matanza represiva, Severo avizora que, a diferencia del motín, la perspectiva de triunfo estaba presente en aquella rebelión. La

esperanza en el triunfo desató inconteniblemente la violencia, que era sujeta en el motín ante la casi certeza de la derrota. Además de la perspectiva de la victoria, la desesperación jugaría un papel en el coraje rebelde y en la crueldad desmedida.

El lector con antecedentes puede barruntar al político en el historiador. A fin de cuentas, Severo Martínez Peláez indaga las posibilidades de la desobediencia y las causas que pueden aumentarlas. ¿Cuáles podrían ser los factores estructurales y coyunturales que podrían desencadenar una rebelión indígena? Esta pregunta la hacía Severo para los años de la Colonia, pero acaso también pensaba en la oprobiosa Guatemala del siglo XX que le había tocado vivir.

Se entiende que la decisión de jugarse la vida en una lucha no está sólo ni siempre determinada por la perspectiva del triunfo; puede estarlo también por la perspectiva de una vida que no vale la pena de vivirse, o por la necesidad imperiosa de tomar venganza de agravios y despojos cuya tolerancia implicaría la muerte en vida –presentida ésta como algo peor que la muerte a secas–; o bien por ambos impulsos teñidos con la esperanza de que el sacrificio causará alguna mejora, por leve que sea, en la situación de quienes seguirán viviendo en el infierno contra el cual se emprende la lucha. Ignorar la existencia de tales impulsos, valorar como puros errores las iniciativas que no tuvieron el triunfo en perspectiva, es ignorar la desesperación como situación humana (147).

En la Guatemala del siglo XX (y en la de estos días), la inmensa mayoría de los pobres y expoliados formaban parte de los distintos pueblos indígenas del país. En la perspectiva de una eventual revolución, y esta era la expectativa de simpatizantes, militantes e intelectuales revolucionarios, la gran pregunta a resolver era qué había que hacer para que los pueblos mayas formaran parte del estallido revolucionario. Esto habría de observarse a fines de los años setenta y principios de los ochenta del siglo XX, en el contexto del estallido revolucionario que se observó en buena parte de Centroamérica. En efecto, pocos años después de haber apuntado aquello que dejó escrito de *Motines de indios*, Severo contempló

con admiración y acaso estupor, la más grande insurrección indígena de la historia contemporánea de Guatemala.

En la búsqueda de las regularidades de la rebelión, Severo Martínez Peláez no se limitó a los agravios materiales. Buscó también en la esfera de la ideología y en los sentimientos los resortes de la rebelión. Y en la rebelión de los zendales, nuestro autor advirtió que el catolicismo colonial cumplió un papel muy importante en el aglutinamiento de los rebeldes. Surgió en un poblado llamado Cancuc; una joven indígena fue reputada como mensajera de la Virgen y sus palabras no eran sino las de esta última. La Virgen decía que era pobre y venía a defenderlos (138-139). Desde muchos años antes, en la región se habían observado hombres y mujeres indígenas que acantonados en ermitas afirmaban haber visto milagros. El testimonio del milagro fue considerado por los curas como argucia para fomentar sublevaciones y, en efecto, en la rebelión de los zendales el uso de imágenes religiosas (la Virgen), los milagros relatados de boca en boca y las ermitas en donde se escuchaba a los visionarios fueron una constante en la rebelión. Cancuc y su ermita se convirtieron en el centro de la rebelión (144), se instituyó una audiencia india y se llamó de manera similar a la ciudad en donde se encontraba el centro del poder regional: Ciudad Real de Cancuc (138-139). Se construyó una iglesia zendal que se asemejaba a la iglesia católica que suplantaba y derivó las fuentes de su autoridad del Papa, aunque no del rey. Se impusieron curas indios, y se ocuparon altares y campanarios (135). La religión, como motivadora ideológica de la rebelión, provocó disputas entre los mismos rebeldes: un hombre que se creyó Cristo y una mujer que afirmó haber hecho un milagro fueron ahorcados por los propios rebeldes (145). Los cabecillas de la rebelión se abrogaban así el monopolio de visiones y milagros. También hubo una disputa por los símbolos religiosos: los rebeldes enarbolaban a la Virgen María, mientras que las tropas que estaban aplastando la rebelión blasonaban que Dios estaba de su parte (152). Evidencia de la introyección del catolicismo colonial en los rebeldes, resulta que no se tuviera noticia de que en la ermita de Cancuc se rindiera culto a imágenes que no fueran católicas (145).

5. LAS RAÍCES COLONIALES DEL TERROR EN GUATEMALA

En el plano de la conjetura, impresión subjetiva que surge en el investigador de la revisión de los documentos, Severo Martínez Peláez afirmó que no podía haber existido menos de un motín por cada semana en los siglos de la dominación colonial española. “Cincuenta motines por año son ciertamente pocos, habida cuenta de que en el Reino de Guatemala se contaban con más de setecientos setenta pueblos de indios” (11). Pocos para el número de pueblos de indios, con el tiempo los motines de esa manera calculados suman miles, casi quince mil, a lo largo de los 297 años de vida del régimen colonial. No puede sino aventurarse la hipótesis de que en toda la región centroamericana, pero particularmente en las zonas con mayor densidad demográfica como lo fueron lo que hoy es Chiapas, Guatemala y El Salvador, debe haberse constituido un hábito represivo. Hay que recordar la carga de crueldad y pragmatismo que se observó en la represión de las insubordinaciones indígenas: despliegue rápido de batallones fijos o milicias, expropiaciones de bienes en el caso de los indios acomodados, encarcelamiento por años en lugares insalubres y en prisiones en las peores condiciones, azotes públicos o en el interior de las cárceles, ejecuciones sumarias a través de estrangulamiento en el garrote vil, balazo para los casos especiales o ahorcamiento como método más regular (94), ejecución de cabecillas reales o supuestos para evitar la mortandad en masa de una población que se necesitaba como fuerza de trabajo (57, 58), decapitaciones, colocación de cabezas en picas en las entradas de los pueblos de indios. Y, como alguna vez lo dijera el autor, esos pueblos de indios no eran “sino cárceles con régimen municipal”. Con lo avasallante que era el terror colonial, su violencia opresora no podía matar a todos los amotinados, por ello esta violencia tuvo un enorme contenido ejemplar. La ejemplaridad de la violencia, que implica en muchas ocasiones el montaje del espectáculo punitivo, nos indica que fue el terror el contenido esencial de la violencia opresora.

En *Motines de indios* se cumple la promesa del subtítulo del libro. Aunque inconcluso, es un detallado estudio de la violencia colonial en Centroamérica y Chiapas en donde el autor destaca un monstruo bicéfalo

que mantiene la paz colonial. Por un lado, el ejercicio de la violencia que tiene como propósito aterrorizar. Por otro, la labor adormecedora de la Iglesia católica con su red de obispos y curas diseminados por todo el territorio. Terror colonial y enajenación religiosa, tales fueron las dos cabezas del monstruo represivo. El hábito represivo se legitimó durante la Colonia con un discurso racista que retrataba al indio como holgazán, inclinado al vicio (especialmente a la embriaguez) y a la conformidad puesto que vivía feliz y tranquilo en una situación que no era de pobreza. Esos son los tres grandes prejuicios que Martínez Peláez denuncia en *La patria del criollo*, a los cuales habría que agregar el endilgarles su carácter hipócrita y desconfiado (1981, Cap. Quinto). Prejuicios racistas que eran funcionales en la legitimación del látigo, picota y patíbulo como único trato que podía dársele a alguien con esa ontología. Legitimación necesaria para mantener el orden represivo que necesitaba la reproducción del trabajo forzado y todas las formas expoliadoras que eran la base de los ingresos de la Corona y de los correspondientes a criollos latifundistas. Del periodo colonial proviene la construcción de una de las dos grandes *otredades negativas* que fueron necesarias para legitimar el genocidio en la Guatemala contemporánea: *el indio*. La otra fue el *comunista* (Figueroa Ibarra, 2004; 2006).

Las obras de Severo Martínez Peláez, tanto *La patria del criollo* como *Motines de indios* resultan fundamentales para rastrear los orígenes coloniales de las dictaduras terroristas que rigieron a Guatemala durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX. Dichas dictaduras no fueron sino expresión de una cultura política que se había venido construyendo durante la Colonia, se ahondó durante los siglos XIX y XX con las dictaduras del orden (las conservadoras) y las dictaduras del progreso (las liberales) y terminó de construirse con el surgimiento del anticomunismo, particularmente a partir de la Guerra fría (Figueroa Ibarra, 2011: cap. III). Esa cultura política puede ser denominada *cultura del terror* y se sustenta, además de los momentos históricos anteriormente enunciados, en hechos de matriz colonial y que Martínez Peláez ilustra de manera profunda en sus libros: el hábito represivo, el racismo, el hábito expoliador y el oscurantismo reaccionario.

La denuncia que hoy se hace de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el conflicto armado en Guatemala, tienden a centrar las responsabilidades en las fuerzas armadas y particularmente en su alto mando. Olvidan que la atmosfera que permitió el genocidio en Guatemala se encuentra precisamente en esa *cultura del terror*, cuyo agente más representativo es el conjunto de la clase dominante guatemalteca. Y cuyas raíces se remontan a la sociedad colonial y sus conflictos, que Severo Martínez Peláez estudió de manera magistral. Por linaje o simplemente por ser heredera del hábito represivo y expoliador, el racismo y el oscurantismo reaccionario, la clase dominante cumplió un papel fundamental en la gestación del terror estatal que Guatemala vivió durante décadas. La *cultura del terror* es un atavismo del pasado, pero también es una necesidad del presente. Cada vez que en Guatemala se manifiesten insubordinaciones, el oprobio del pasado se volverá parte del presente.

6. PALABRAS FINALES

Puede decirse, sin temor a equivocación, que todo lo que Severo Martínez Peláez escribió acerca del pasado colonial centroamericano, lo hizo motivado por la necesidad de aportar herramientas de análisis que contribuyeran a cambiar la sociedad en la que vivió. Su análisis del pasado fue motivado por una indignación con respecto al presente y, por lo tanto, estuvo cargado de un apetito de futuro. La obra de Severo resulta inexplicable pues, si no se piensa en su militancia revolucionaria y en su compromiso con la Revolución. Cada uno de los temas que abordó, la manera en que los trató y las conclusiones a las que llegó, están impregnados de este espíritu. Acaso resulte difícil comprender este hecho en los inicios de la segunda década del siglo XXI, cuando la Revolución, tal como se pensó desde la Revolución francesa, ha dejado de tener actualidad. Pero no debe olvidarse que después de la Revolución cubana, América Latina estuvo calada por este horizonte. Se observaron en la región dos ciclos guerrilleros, el intento en Chile de una revolución por la vía pacífica y, finalmente, la revolución triunfante en la Nicaragua de 1979. No debería sorprender este compromiso del historiador con un cambio revolucionario. Baste recordar a la Gran Bretaña

de mediados del siglo XX, con el impresionante Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico que agrupó, ni más ni menos, que a Eric Hobsbawm, Dorothy Towers, Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Victor Kiernan, Geoffrey E. M. de Ste. Croix y a Maurice Dobb. Imposible dejar de mencionar en este grupo a Edward P. Thompson, quien sorprendentemente no se consideró a sí mismo un académico o historiador profesional, sino un activista político (Domènech, 2012).

En lo que a Guatemala se refiere, la Revolución que barruntaban militantes e intelectuales revolucionarios llegó a fines de los años ochenta del siglo XX, cuando se observó la gran sublevación indígena en la parte septentrional del país. No se observaba esa subjetividad revolucionaria en el campo guatemalteco desde aquellos momentos en que la perspectiva de una reforma agraria acicateó una gran movilización social durante la Revolución de 1944-1954 (Véliz, 2012: 34-46). No deja de sorprender cómo Severo Martínez Peláez, pese a militar en un partido que ponía énfasis en el papel de la clase obrera en la lucha revolucionaria, tuviera la cabeza puesta en indígenas y campesinos en esa perspectiva. Recuerdo muy bien la atención con la que leyó el libro de Gerrit Huizer sobre el potencial revolucionario de los campesinos en América Latina (Huizer, 1973). Severo fue, en ese sentido, una figura emparentada en el seno del PGT con el antropólogo Joaquín Noval, quien a contrapunto de buena parte de sus compañeros en la dirección de dicho partido, pensaba la revolución desde el campo y desde lo étnico.

No obstante lo anterior, ciertamente Severo llegó de una premisa impecable a una conclusión sumamente controversial. Haciendo a un lado el esencialismo de autores como Herbert y Guzmán-Böckler, fundamentó contundentemente su tesis de que el indígena guatemalteco era un producto colonial y su cultura, nacida de la opresión. He aquí el motivo por el cual en *Motines de indios* destaca esa limitación y considera que el motín, forma primitiva de insubordinación, es la única manera en que el indio colonial podía resistir a la opresión y expoliación. Pero Severo concluyó en que el indio tendría que dejar de serlo –es decir, debía abandonar esa cultura de la opresión–, para poder involucrarse en la Revolución. Fue esto lo que expresó en las páginas finales de *La patria del criollo*, y luego en un

artículo titulado “¿Qué es el indio?” publicado en 1973 (Martínez Peláez, 1973). Los hechos posteriores desmintieron esa aseveración: los indígenas guatemaltecos como campesinos, como trabajadores agrícolas, pero también como integrantes de comunidades mayas, se habrían de involucrar masivamente en la lucha revolucionaria observada entre 1978 y 1982. Sería necesario el terror masivo de orígenes coloniales para poder contener esa oleada revolucionaria, la cual precisamente por involucrar a los pueblos mayas provocaría un estremecimiento sin precedentes en el Estado y en la sociedad guatemalteca de aquellos años. Y uno de los saldos de ese estremecimiento habría de ser la afirmación étnica y la transformación de los pueblos mayas en un sujeto nacional.

El elemento controversial en la obra de Severo Martínez Peláez ha sido usado por sus críticos para demeritarlo. Con miopía o con dolo, estos críticos no perciben en dicha obra un análisis que va mucho más allá del economicismo que corrientemente se le endosa a la historia marxista. Hay, en el trabajo de Severo, una perspicaz indagación en las subjetividades de los individuos y clases sociales que analiza. Siendo la base de su análisis la teoría marxista, el lector puede observar procedimientos que recuerdan las recomendaciones de Max Weber sobre la sociología comprensiva y la comprensión endopática (Weber, 1974: 6, 18-25). Su obra, en ese sentido, también es lo que desde la Escuela de los Annales se había llamado la Historia de las mentalidades (Barros, 1992). Aparte de las motivaciones sociales en los sujetos sociales que analiza, Martínez Peláez se adentra con la sutileza que solamente un profundo conocedor del psicoanálisis podía hacerlo, en las motivaciones de grupos e individuos. No sólo advierte intereses materiales, sino también sentimientos y pasiones. Los prejuicios, la ira, el afecto, la envidia, la venganza, el miedo, la esperanza y la desesperación están presentes como pábulos en los individuos y sujetos colectivos que analiza.

He aquí pues, algunas de las causas por las cuales la obra de Severo Martínez Peláez, pese a ser en parte inconclusa, perdurará y por muchos años más resultará indispensable.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Huberto, *Apuntes para la historia del partido Guatemalteco del Trabajo*. Colección Revolucionaria. Comisión para la celebración del cincuentenario de la revolución de octubre y la autonomía universitaria. Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC) y Asociación de Estudiantes Universitarios “Oliverio Castañeda de León” (AEU).
- Asturias Rudeke, José Enrique (2000), “Historia de un historiador” en Oscar Guillermo Peláez Almengor (comp.) (2000), *La patria del criollo, tres décadas después*, Editorial Universitaria, Guatemala, C.A.
- Cifuentes Medina, Edelberto (2000), “José Severo Martínez Peláez: una vida hecha obra de arte” en Oscar Guillermo Peláez Almengor (comp.) (2000), *La patria del criollo, tres décadas después*. Editorial Universitaria, Guatemala C.A.
- Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH) (1999), *Guatemala. Memoria del Silencio* (12 volúmenes), Guatemala C.A., junio.
- Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo (1955), *La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático*, Guatemala.
- Cueva, Agustín (1977), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, D.F.
- Díaz Rozzotto, Jaime (1958), *El carácter de la revolución guatemalteca. Ocaso de la revolución democrática-burguesa corriente*, Ediciones Revista *Horizonte*, México D.F.
- Domènech, Antoni (2012), 50 años después: Prólogo a la nueva edición castellana de “La Formación de la clase obrera en Inglaterra” de E. P. Thompson, *Revista sinpermiso*, 8 de octubre. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5310>
- Durkheim, Emile (1979), *Las reglas del método sociológico*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, Argentina.
- Ejército Guerrillero de los Pobres, *Documento de Marzo*. Documento Básico del FGEI (Frente Guerrillero Edgar Ibarra) de las FAR y que originó al EGP (1967), 7 de marzo (EGP, 3/67).
- Figuroa Ibarra, Carlos (2000), “Severo Martínez Peláez, el político y el científico” en Oscar Guillermo Peláez Almengor (comp.), *La patria del criollo, tres décadas después*, Editorial Universitaria, Guatemala, C.A.

- _____ (1999), *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, BUAP, GAM, CIIDH, México D.F.
- _____ (2004), “Cultura del terror y guerra fría en Guatemala” en Daniel Feierstein y Guillermo Levy (comps.), *Hasta que la muerte nos separe. Poder y prácticas sociales genocidas en América Latina*, Ediciones al Margen, Buenos Aires, noviembre.
- _____ (2006), “The culture of terror and Cold War in Guatemala”. Autor. *Journal of Genocide Resarch*, volume 8, number 2, June: 191-208.
- _____ (2011), *El recurso del miedo*, F&G Editores, Guatemala C.A.
- Gleijeses, Piero (1991), *Shattered Hope. The Guatemala Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton University Press.
- Gurr, Ted Robert (1971), *Why Men Rebel*, Princeton University Press, New Jersey.
- Guzmán-Bockler, Carlos y Jean Loup Herbert (1971), *Guatemala: una interpretación histórico-social*. Siglo XXI Editores, México, D.F.
- Huizer, Gerrit (1973), *El potencial revolucionario del campesino en América Latina*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Lovell, W. George y Christopher H. Lutz (2009), *Historia sin máscara. Vida y Obra de Severo Martínez Peláez*, Magna Terra, 2009.
- Martínez Peláez, Severo (1973), “¿Qué es el indio?”, Revista *Alero*, tercera época. Guatemala, C.A.
- Martínez Peláez, Severo y Alberto Baeza Flores (1974), “Las raíces de la sociedad guatemalteca, el indio y la revolución”, Revista *Nueva Sociedad* núm. 10, enero-febrero: 68-75.
- Martínez Peláez, Severo (1981), *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, EDUCA, Costa Rica, octava edición.
- _____ (1985), *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*, Cuadernos de la Casa Presno, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México.
- _____ (1998), *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- _____ (2009), *La patria del criollo. An Interpretation of colonial Guatemala*. Translated by Susan M. Neve and W. George Lowll. Edited and Introduced by W. George Lovell and Christopher Lutz. Duke University press, Durham and London.
- _____ (1985), *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*, F&G editores, Guatemala, C.A., 2011.

- Moore Jr., Barrington (1996), *La Injusticia: Bases Sociales de la Obediencia y la Rebelión*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.
- Paz, Benedicto (Severo Martínez Peláez) (1962), “El delito de afrancesamiento en el período de la independencia”, revista *Nuestras Ideas* núm. 10, revista teórica del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), Guatemala, mayo-junio.
- Peláez Almengor, Oscar Guillermo (comp.) (2000), *La patria del criollo, tres décadas después*, Editorial Universitaria, Guatemala C.A.
- Tarrow, Sidney (1997), *El Poder en Movimiento. Los Movimientos Sociales, la acción Colectiva y la Política*, Alianza Universidad, Madrid.
- Torres Rivas, Edelberto (1987), “El golpe militar de 1963” en Edelberto Torres Rivas, *Centroamérica: la democracia posible*, EDUCA, San José.
- Véliz Estrada, Rodrigo J. (2012), “Crisis de Estado. En torno a la lucha de clases en Guatemala (1944-1963)”, tesis de maestría. Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Véliz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Weber, Max (1904), “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” en Max Weber (1973), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, México D.F.
- _____ (1917), “El sentido de la ‘neutralidad valorativa’ de las ciencias sociales y económicas” en Max Weber (1973), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, México D.F.
- _____ (1974), *Economía y Sociedad*, vol I, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

NOTAS

¹ En Guatemala, durante el conflicto interno que se observó en ese país, fueron ejecutadas extrajudicialmente 150 mil personas y desaparecidas de manera forzosa otras 45 mil (CEH, 1999).

² Este planteamiento ya ha sido hecho por el autor (Figueroa, 2000: 143-144).

³ Hay que considerar que ha habido diversas ediciones no autorizadas de *Motines de indios*, las cuales, para decirlo coloquialmente, han sido ediciones *piratas*. En este trabajo usaremos la edición de 1985 hecha por el Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla (ICUAP), la que, por cierto, tiene muchas erratas

por fortuna perceptibles. El lector o lectora puede ahora consultar la pulcra edición de F&G editores que salió en 2011.

⁴ La edición de *La patria del criollo* que estamos usando en este trabajo es la de EDUCA, 1981. Los lectores pueden usar también la magnífica edición del Fondo de Cultura Económica de 2009. Los loables esfuerzos de W. George Lovell y Christopher Lutz hicieron que Duke University editara una versión en inglés en 2009.

⁵ En 1974, cuando Severo ya era un investigador reconocido y yo un ayudante de investigación en el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la USAC, me confesó que su sueño era celebrar sus cincuenta años publicando su segundo libro, dedicado a los motines de indios. Este deseo nunca se cumplió.

⁶ Estas distinciones pueden encontrarse en el capítulo referido a la rebelión de los zendales. Una insinuación de esta distinción se halla en la p. 55.

EL ESTUDIO DE LA REBELDÍA INDÍGENA SEGÚN SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 57-77

Coralia Gutiérrez Álvarez

Profesora e investigadora del Posgrado de Historia del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
coralia50@yahoo.es

Fecha de recepción: 1 de febrero de 2013

Fecha de aceptación: 28 de febrero de 2013

RESUMEN

En este artículo se exponen algunos aspectos del legado de Martínez Peláez, para estudiar la rebeldía indígena. Igualmente, se examinan algunas repercusiones historiográficas y políticas de *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*, su obra inconclusa sobre el tema. Se propone que para conocer el significado de este texto y sacar provecho de las pautas metodológicas, teóricas y políticas que ofrece, es indispensable explorar las condiciones históricas y el ambiente intelectual y político en que se produjo; seguir el itinerario intelectual de su autor (aquí se muestra el relacionado con sus ideas sobre el indio) y, más importante todavía: tener muy en cuenta que la preocupación de Martínez Peláez por reconstruir la historia del indio y de sus luchas, provenía de la certeza de que ese conocimiento podía actuar sobre las conciencias de los explotados de manera favorable a la amistad, solidaridad y unidad entre ellos. A ese interés respondía su obra. Por eso el empeño en definir el carácter de los motines y su relación con la revolución guatemalteca, al comenzar los años ochenta.

Palabras clave: indios, motines, rebeliones, lucha de clases, revolución.

ABSTRACT

This article discusses certain aspects of the legacy left by Martínez Peláez regarding research into Indian rebelliousness. It also examines some of the historiographical and political repercussions of *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*, his unfinished work on the matter. The historical conditions and the

intellectual and political environment that surrounded the writing of the book, as well as the intellectual itinerary of the author (shown to be related to his ideas about Indians), must be explored in order to fully understand the significance of this text and to take advantage of the methodological, theoretical and political proposals that it offers. Still more importantly, it must be understood that Martínez Peláez concerned himself with the history of the Indians and of their struggles because of his certainty that this knowledge could impact the awareness of the exploited in a manner that would favor friendship, solidarity and unity among them. His work grew from that interest. Hence he sought to define the character of the riots and their relationship with the Guatemalan revolution of the early eighties of the twentieth century.

Key words: indigenous, rebellions, class struggle, revolution.

INTRODUCCIÓN

Cuando Martínez Peláez publicó sus primeros apuntes sobre la rebeldía indígena en el Reino de Guatemala, en 1973, ésta había sido poco estudiada. Los dedos de una mano sobaban para contar los trabajos, que iban desde los decimonónicos de Pineda¹ y Mencos² sobre episodios rebeldes en Chiapas, específicamente sobre los zendales, hasta Contreras³ y Klein.⁴ Al comenzar los años setenta varios autores, junto con Martínez Peláez, abonaban al tema: Falla,⁵ Saint-Lu,⁶ 1971, Carmack,⁷ Medina Cachón,⁸ López Leal.⁹ Una década más tarde se habían agregado algunos autores más que estudiaban, principalmente, a los mayas de las tierras bajas y de los altos.¹⁰ Después de 1985, cuando apareció *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*,¹¹ la obra inconclusa de Martínez Peláez sobre el tema, se fueron publicando cada vez más estudios sobre revueltas, rebeliones y la resistencia indígena.

En un trabajo próximo, que tiene el propósito de colocar la obra de Martínez Peláez en su contexto historiográfico, se analizará un buen número de ellos, con base en una investigación bibliográfica de varios años, preparada conjuntamente con el colega Ernesto Godoy, para la primera reedición de *Motines de indios*; sobre las obras publicadas, especialmente a partir de la década de los setenta.¹² En este artículo coloco el lente más sobre el tema de la rebeldía que el de la violencia, siguiendo más al Martínez Peláez de los años ochenta y noventa, que al de los sesenta o

setenta; se aludirá primero a los aportes/contenido/legado de la obra y luego a algunas de sus repercusiones historiográficas y políticas.

1. LA OBRA

Desde las primeras páginas de *Motines de indios*, Martínez Peláez advierte al lector que la obra está estrechamente vinculada a su libro anterior *La Patria del Criollo*, ya que él se propone *mostrar cómo los movimientos de indios fueron parte de la dinámica de la sociedad colonial, la manifestación más notable de la lucha de clases en ella*.¹³ Debe tenerse también a la vista que, desde 1973, publicó sus primeros apuntes sobre los motines y ofreció una interpretación de la rebelión de los zendales.¹⁴

La obra de Martínez Peláez cuestionó la visión prevaleciente, que suponía una tranquilidad colonial y vocación civilizatoria de la política hispana. El proceso de estudiar la sociedad colonial lo condujo a analizar la problemática de las rebeliones. Algo semejante le ocurrió a otros, no muchos,¹⁵ que abonaron la hipótesis de un modelo de rebelión para el área maya en su conjunto; una gran región que, junto con el Alto Perú, se caracterizó por una muy difícil implantación de las reglas administrativas y fiscales impuestas por la Corona castellana y la Iglesia católica; que se expresó, de manera muy particular, en la búsqueda de formas organizativas comunes para resistir esta dominación.

A Martínez Peláez le interesó estudiar las expresiones violentas de la rebeldía indígena, en el conjunto del Reino de Guatemala –más allá del área maya–. De ahí el imperativo de buscar un modelo explicativo general, teórico y metodológico, cuyos alcances quedaron planteados en *Motines de indios*.¹⁶ Se pueden enumerar sus aportaciones de la siguiente manera: 1) Mostró de manera contundente la pertinencia e importancia de estudiar los motines de indios, para un mejor entendimiento de la situación colonial global; 2) Por lo anterior, contribuyó notablemente a que muchos otros investigadores se ocuparan del tema, en algunos casos para contraponer su visión a la de él; 3) Elaboró ideas originales a la vez que polémicas, acerca de cómo definir y conceptualizar al indio, diferenciándolo del nativo; 4) No sólo concibió al indio como un producto colonial, sino también al motín como un efecto

estructural y, por lo mismo, concomitante y recurrente; 5) Vio la necesidad de estudiar no sólo un motín sino varios y analizarlos en conjunto, por lo que debió ampliar la delimitación espacial, administrativa, institucional y política, así como analizarlos en la larga duración; 6) Como consecuencia de lo anterior supuso la necesidad de comparar cada movimiento, de acuerdo con los factores que intervinieron como causas, a las circunstancias (los lugares/momentos específicos de cada caso), instrumentos y protagonistas que los posibilitaron, así como a los límites que se imponían a sus alcances, especialmente aquellos asociados a la represión del propio régimen colonial, y a las huellas que esto dejaba en la subjetividad y en la memoria colectiva.

Todo lo cual, a su vez, lo llevó a distinguir entre motín y rebelión, y a éstos del alzamiento de nativos. El primero fue la forma de violencia india más frecuente, se desarrollaba generalmente dentro de los límites del pueblo y con ella se pretendía aminorar los excesos de las autoridades civiles y eclesiásticas. La rebelión suponía la concertación entre varios pueblos, para enfrentar al régimen colonial y, en algún modo, reivindicar su autonomía.¹⁷ El alzamiento de nativos, en cambio, se producía entre los “nativos no conquistados”; estaba relacionado con la resistencia a la conquista en las zonas marginales del régimen.¹⁸

La búsqueda de lo común esencial y la conceptualización de las manifestaciones de rebeldía indígena, sin embargo, son sólo un aspecto de “las exigencias metodológicas” que presiden la obra de Martínez Peláez, según su propio decir. Las otras exigencias, como se apuntó antes, están asociadas a incorporar los motines a la dinámica de la sociedad colonial, como “la manifestación más notable de la lucha de clases en ella”. Por lo tanto, a responder si los motines habían sido “movimientos de independencia” y aclarar también, si “los del último periodo colonial tenían algún vínculo con el proceso [...] que culminó en 1821”.

De ahí, que la relación entre motines e independencia orientara las preguntas de investigación de Martínez Peláez: ¿Existe alguna relación entre los motines y los movimientos de independencia en general? ¿Es posible considerar los motines como movimientos de emancipación, de independencia local o regional, concebida ésta por los indios de manera propia y peculiar? En caso de que los motines ocurridos en la segunda

década del siglo XIX hubiesen tenido relación con el proceso político que culminó en septiembre de 1821, ¿fueron conscientes los indios de dicha participación o fueron instrumentos manipulados por grupos cercanos al poder? En el caso de que no hubiera habido intención de independencia en los motines, ¿qué perseguían entonces los indios al manifestarse violentamente, en todas partes y en todo tiempo, contra sus opresores? ¿Obtuvieron algunas ventajas por medio de sus acciones violentas?¹⁹

Para responder a esas preguntas, Martínez Peláez parte de considerar que “el estudio del momento crítico es, junto a otras cosas, la mejor vía de acceso al conocimiento de la vida cotidiana, un camino seguro para llegar a los niveles más ocultos de la existencia de las clases sociales oprimidas en el agro colonial”. Por lo mismo, advierte que “es erróneo creer que éstas viven su vida “normal” cuando están resignadas a su suerte por imposibilidad de cambiarla y que su vida se torna “anormal” cuando se rebelan. Esto sólo puede parecerle así, sentencia, a quienes están interesados en que no se altere aquella pretendida normalidad, aclarando entonces nuestro autor que uno de los principios teóricos fundamentales de su estudio es que el criterio de “normalidad”, aplicado a la historia, es totalmente subjetivo y carece de valor científico. La verdad es que se trata de una sola y misma vida, de un solo proceso, y que la violencia manifestada en los momentos críticos se está generando y acumulando todos los días en la entraña de la existencia “normal”. De manera que, anuncia, su estudio revelará que las causas de los movimientos –elemento básico de su explicación– no se hallaban en los movimientos mismos, sino en las condiciones de la vida cotidiana.

La fuente principal para dicho estudio fueron los procesos judiciales contra los indígenas alzados. Según Martínez Peláez, los interrogatorios y declaraciones de testigos son de un alto valor para conocer la historia indígena. En sus palabras: “Ningún cronista, ni aún los religiosos, que tenían tan directo acceso a la vida privada de los indios, pudieron ni quisieron incluir en sus relatos los detalles minúsculos, pero a menudo altamente significativos, que se descubren en los interrogatorios y declaraciones de testigos en los procesos judiciales contra motineros”.

La obra contiene un anexo documental, en donde se ofrece un listado de 150 documentos manuscritos que dan información sobre 60 motines y una gran sublevación, que constituyen la muestra sobre la cual se basó la investigación. La mayoría son expedientes del Archivo General de Centroamérica, Sección Colonial, que corresponden a los procesos judiciales aludidos. Sin embargo, se advierte que tal documentación, aunque abundante, no ofrece directamente el sentir de los indios, más bien fueron testimonios escritos generados dentro de las coordenadas del dominio colonial. Justamente, un motín que fue reprimido es un motín que quedó documentado.

Por lo mismo, apunta Martínez Peláez,

[...] fracasaría [...] el historiador que gusta ceñirse estrictamente a lo que dicen los papeles. Porque en éstos se hace preciso “leer lo que no dicen, moderar lo que exageran, destacar lo que disimulan, descubrir la verdadera intención bajo la aparente, aplicar en todo momento un delicado instrumental lógico para extraer el significado profundo del texto”.

Entonces, ofrece algunas orientaciones. La primera es que la posibilidad de comprensión será mayor cuanto más lo sea el conocimiento de la vida colonial en su conjunto. La referencia al marco histórico general será, en muchos casos, el recurso indispensable para captar el pleno significado de la información. Otro consejo es tener presente, en todo momento, los intereses de los informantes; intereses que son en sí mismos hechos muy complicados y de gran importancia.

Finalmente, señala Martínez Peláez, “[...] lo que no fue escrito por el represor fue escrito para el represor”; no se encontraron “documentos redactados por indios para ser leídos por otros indios, comunicaciones confidenciales acerca de la trama del motín desde el punto de vista indio”. A pesar de ello, las pautas metodológicas enunciadas permiten reconstruir el cuadro de los motines, según lo propone este autor: “la visión histórica –es decir dinámica, integrada, proyectada al presente– no de éste o aquél motín en particular, sino de *aquella gran expresión de la lucha de clases que fueron los motines de indios en el contexto colonial*”. Así, como

recientemente señaló George Lovell, “su legado resulta tener mucho más fuerza y resonancia, que sus dos trabajos clásicos”.

2. REPERCUSIONES HISTORIOGRÁFICAS Y POLÍTICAS

A Martínez Peláez se le ha criticado por su “ortodoxia” teórica, en particular por su concepción del indio como “producto colonial”, sin considerar que sus ideas no sólo respondían a una inquietud teórica, sino y principalmente, a sus convicciones políticas y a las propias circunstancias de América Latina (¡y Centroamérica!), en los años sesenta y setenta. Es decir, conocer el significado de su obra implica empezar a penetrar en las condiciones históricas y en el ambiente intelectual en que se produjo.

Las resonancias de la Revolución Cubana estimularon la discusión acerca del cambio político y social, en particular sobre cuáles serían sus fuerzas motrices. La idea de la revolución y del cambio social y político posible, con la participación indígena en ascenso, proporcionó un fuerte incentivo a las ciencias sociales centroamericanas en los años setenta y principios de los ochenta, cuyo impulso se extendió hasta los noventa, con la conmemoración de la llegada de los españoles a estas tierras.

Desde fines de la década de los sesenta se buscaba conocer el potencial revolucionario de los indígenas. Motivación intelectual que se mantuvo en las siguientes dos décadas y se revela, por ejemplo, en el título que Henri Favre dio a un trabajo suyo en 1978.²⁰ De ahí las preguntas que se formularon acerca de si el indígena podría ser sujeto revolucionario y de si el conflicto social debía interpretarse en términos de lucha de clases o de enfrentamiento étnico –ladino-indígena–. Debate que en Guatemala trascendió a la discusión académica, sostenida entre Martínez Peláez, por un lado, y Carlos Guzmán Bockler y Jean-Loup Herbert, por el otro.²¹

La controversia estuvo permeada por las condiciones económicas, sociales, políticas, institucionales y de conflicto polarizado, desde Guatemala hasta Nicaragua. En el primero de estos países, la polémica se prolongó a lo largo de los años setenta, al mismo paso que se conformaban las grandes vertientes del movimiento popular y político, anti-oligárquico y antiimperialista.²² En *La Patria del Criollo*, Martínez Peláez expresó una de

las posturas contrarias al régimen militar. Mientras que él contribuyó en mucho a centrar el análisis en las clases sociales y en el conflicto histórico que las constituye y reproduce, por el contrario, sus críticos resaltaron la importancia de las identidades étnicas y raciales.²³ Ni una corriente ni la otra incorporaron la dimensión que privilegiaba su oponente, al menos en esos momentos.

Otro indicador de las condiciones sociales y políticas en las que Martínez Peláez produjo su obra es que, en 1973, cuando se publicó en Chiapas *La sublevación de los Zendales*, hacía ya varios años que trabajaban allí algunos religiosos simpatizantes de la teología de la liberación (entre ellos, el obispo Samuel Ruiz, Andrés Aubry y otros) y se iniciaba la formación de lo que llegaría a ser el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Estos acontecimientos vinieron a sumarse a otros que influyeron en la re-conceptualización de su objeto de estudio y, específicamente, de sus ideas sobre el indio.

Tanto en *La patria del criollo* como en *Motines*, Martínez Peláez concibió al indio como una construcción social compleja de diversas significaciones, que se formaron a lo largo del tiempo. Dichas significaciones tuvieron su origen en el periodo colonial, cuando “los nativos [fueron...] concentrados y remodelados en pueblos, bajo las presiones del régimen [...]”;²⁴ se fueron modificando durante el proceso de independencia, la Reforma Liberal y la Revolución Guatemalteca de 1944, pero en general permanecieron.

En ese sentido, pueden notarse ciertas características que han modelado la figura del indio a lo largo de la historia, tales como: las condiciones económicas precarias –en particular el trabajo forzado, hasta mediados del siglo XX–, la represión constante y la situación social opresiva en la que permaneció la mayor parte del siglo XX. De manera que, siguiendo a SMP: la emancipación del indio sólo se producirá cuando se “destruya los vestigios de opresión que existen en su cultura”.²⁵

En 1978 Martínez Peláez reconoció que Robert Carmack, el antropólogo estudioso de los quichés, tenía razón, al señalar que en *La patria del criollo* se presentaba “un indígena muy sumiso, muy conformista con lo que el régimen español quiso...”. Tres años más tarde, a propósito de la guerra que se vivía en Guatemala, aceptó que la incorporación de los indios a

“[...] un movimiento iniciado por sectores medios avanzados y populares no indios. [...] requisito indispensable para el desarrollo y triunfo de la revolución popular en Guatemala [...] que] parecía totalmente imposible [...] hacía poco más de una década, ya estaba] ahí, [era...] una realidad”.²⁶

Al comenzar la década de los ochenta, Martínez Peláez seguía escribiendo acerca de cómo las lealtades étnicas se iban erosionando en los pueblos debido a la estratificación social y al propio conflicto derivado de ella (a la lucha de clases, pues), pero ya admitía lo complejo de la interrelación entre etnia y clase, entre raza y cultura en el proceso social guatemalteco.²⁷ A diferencia de *La Patria* y de textos como “Racismo y análisis histórico en la definición del indio guatemalteco”,²⁸ en donde, en sus propias palabras, había “sobrestimado el factor económico”, en 1981 señalaba que *aunque* las consecuencias del desarrollo capitalista de las últimas cuatro décadas del siglo XX en Guatemala, habían producido

[...] la proletarización acelerada de amplios sectores indios, [que a su vez habían...] sido factor determinante de una creciente disposición para incorporarse a formas violentas de lucha con proyectos políticos avanzados, [*no se podían...*] *suprimir de golpe ni totalmente ciertas cargas ideológicas y psicológicas que son sedimentos de procesos seculares muy complejos*; [...] Hay poderosos motivos para conjeturar que [...] no va ser suficiente el principio político que incorpora en lugar eminente las reivindicaciones étnicas al programa revolucionario. Tampoco bastará la confianza puesta en que los trabajadores no indios –los ladinos– vinculados cada vez más a lo indios por la función económica común en el trabajo salariado, abandonaran *prejuicios y hábitos de discriminación arraigados desde siglos*.²⁹

Por tal razón concluía:

[...] el conocimiento de los procesos configurados de etnias y clases en el país, y particularmente el conocimiento de la Historia del indio y de sus luchas pasadas, ha de servir, a través de diversas mediaciones, para enriquecer la visión que indios y ladinos pobres tienen de sí mismos, de sus relaciones con el pasado y en la condiciones completamente nuevas del presente.³⁰

De acuerdo con lo que se ha venido exponiendo, ya en estos años, Martínez Peláez aceptaba que en Guatemala la categoría étnica jugaba un papel importante en las relaciones de clase,³¹ pero las circunstancias le impidieron terminar de elaborar sus ideas sobre esta cuestión. Por lo tanto, si para su obra en general se impone tener en cuenta que su propuesta teórica tenía “raíces políticas”,³² para *Motines* en particular se impone subrayar su carácter de obra inconclusa.

Mientras tanto, en la historiografía latinoamericana todavía debía transcurrir poco más de una década para que fuera quedando establecido que las “diferentes formas de lucha y resistencia en el campo debían estudiarse en la larga duración”, así como a la luz de las particularidades culturales de los grupos indígenas, y que a su vez permitiera un mayor acercamiento a los distintos ámbitos de las rebeliones. Las dos certezas teórico/metodológicas: seguimiento de factores estructurales, que sólo son perceptibles en periodos largos y la necesidad del conocimiento etnográfico, para penetrar al mundo de la rebelión indígena, apenas empezaban a instalarse entre algunos analistas, cuando Martínez Peláez tuvo que presentar sus avances de investigación.³³

Las condiciones del exilio, específicamente las presiones institucionales para que Martínez Peláez anticipara algo del trabajo que tenía en curso, precipitaron que se diera a la imprenta lo que hoy se conoce como *Motines de indios*,³⁴ que contiene tres de las cuatro partes que comprendía el plan general de la obra. La primera, en donde se define “el fenómeno colonial llamado motín”, sus factores y protagonistas; la segunda, que presenta *dos de diez casos* incluidos en el plan, “en versión casi acabada”,³⁵ y la tercera, que se ocupa de la rebelión de los zendales.

La magnitud de lo inacabado de la obra quizá deba medirse no tanto por el “casi” o por los ocho casos no presentados en la segunda parte, sino más bien por la ausencia de la cuarta parte, destinada a la reflexión final. La “temática tentativa” de ésta se formó, en palabras de Martínez Peláez, con base en “ciertas regularidades y determinaciones” que fueron apareciendo desde “la etapa de análisis de las fuentes primarias y mucho más en la construcción histórica de los capítulos”, pero los de esa parte, según él, no alcanzarían su deseable madurez sino hasta cuando todos los

anteriores estuviesen concluidos. Esto no llegó a ocurrir debido, primero, a su enfermedad y luego, a su muerte. He ahí pues, el verdadero sentido de “inconcluso”. Lo que se confirma, igualmente, al observar las correcciones que el propio Martínez Peláez fue haciendo en su ejemplar de *Motines*.

A dicha cuarta parte, Martínez Peláez la tituló *Discusión: Enseñanzas y problemas que se desprenden del estudio de la violencia colonial* y en ella planteó una serie de temas alrededor de dos cuestiones: ¿Qué fueron los movimientos de indios en el Reino de Guatemala? (cap. XV) y ¿Cuál es la relación entre motines y lucha de clases (cap. XVI). Es decir, dejó a la vista que, más allá de contribuir a formular una “teoría de las rebeliones”,³⁶ a él le preocupaba reconstruir la “[...] historia del indio y de sus luchas, [...] porque ese conocimiento podía] actuar hoy [...] decía] sobre las conciencias de los explotados de manera favorable a su compactación y camaradería [...]”.³⁷

A ese interés respondía su obra y los énfasis en esta parte. De los problemas planteados allí, se puede deducir el carácter que le asignaba a los motines y su relación con la Revolución Guatemalteca, al comenzar los años ochenta.³⁸ Así, el lugar, “objetivo, que el indio ocupaba en la estructura colonial, su aislamiento político, el control ideológico que el régimen ejercía sobre él y los “esfuerzos” de éste por mantenerlo *displementado* para la violencia, desembocaban en movimientos que raras veces trascendían los límites del pueblo y en niveles de violencia fácilmente controlables para el gobierno. Asimismo, los motines iban enderezados contra el opresor local, contra el “esbirro”, no contra el sistema. El “esbirrismo, anotó MP, fue un “fenómeno colonial de honda persistencia” en Guatemala. Para él, la “violencia motinera” era la forma de violencia popular más conveniente para los opresores y se mantuvo en el país hasta la Declaración de Iximché, el “documento básico de los indios revolucionarios [...] suscrita en febrero de 1980 [...]”.³⁹

En el capítulo XVI, dedicado a la relación entre motines y lucha de clases, Martínez Peláez tenía planeado empezar explicando por qué los motines habían sido una expresión de la lucha de clases en el periodo colonial; seguir exponiendo cómo los “ladinos” participaban de esa lucha y el “carácter de clase del ejército colonial”, para terminar dilucidando la

relación entre motines e independencia y la que podía existir entre motines y revolución. Entre los motines estudiados, afirmó, los más “numerosos y sangrientos” fueron provocados por los tributos y el repartimiento forzado de mercancías, los dos mecanismos de explotación más importantes para las clases dominantes metropolitanas. Por lo tanto, concluía:

[...] los más altos niveles de explotación se daban allí donde la corona y los comerciantes monopolistas disponían de colaboradores que se remuneraban por mano propia; allí había entre todos consenso. [...Es decir,] los más altos niveles de violencia rebelde y represiva [...coincidían] con los más profundos niveles de explotación.⁴⁰

El régimen colonial organizó milicias de ladinos. Durante siglos, señala Martínez Peláez, fueron ellos, “los mestizos pobres”, los que cumplieron misiones represivas, por obligación y por otras razones; la más importante: su interés, “como clase social”, en contribuir a que los motines no rebasaran cierto límite. En la memoria de los indios, señalaba, puede haber rastros de aquella época en que sólo los ladinos integraban la tropa.⁴¹ Es necesario explicar por qué fue así y cuándo dejó de ser así, para traer la mentalidad a “una circunstancia y condiciones históricas en que aparece como aliado el enemigo de ayer”.

Respecto a otros temas significativos del capítulo XVI, que sirvieran a las luchas contemporáneas de los indios, como *Motines y revolución* o *Motines y conciencia de clase*, Martínez Peláez sostuvo que la “gran rebelión zendal de 1712 [...presentaba] múltiples aspectos de interés actual”, subrayando su contenido religioso: “[...] los zendales para tomar y organizar el poder en la región sublevada, asaltaron la estructura regional del poder de la iglesia y se apoderaron de ella”. Crearon sus propios símbolos y representaciones y suprimieron el tributo. “La reversión de la ideología dominante contra el dominador es quizá lo más notable en este movimiento”, apuntó, ya que:

La religión compactó a todas las personas que se comprometieron en aquella guerra. [...] Los dirigentes zendales no sólo se apoderaron de la estructura

de la iglesia en la región, sino que enarbolaron la bandera de un cristianismo que excluye a los explotadores y que justifica la violencia como medio para implantar la justicia.

Tal alternativa no ha perdido vigencia, remató Martínez Peláez, sino más bien tiende a ensancharse.⁴²

EPÍLOGO

A pesar de sus conclusiones y del trecho andado por Martínez Peláez en el esclarecimiento de las dimensiones étnicas de la lucha de clases, al examinar el guión elaborado para componer la cuarta parte de su obra, deja la impresión de que ya no pudo incorporar allí “[...] las enseñanzas, que [podían...] desprenderse del análisis de los casos concretos”, analizados en las otras tres partes de su investigación –el de los zendales incluido–. En el guión se volvió a insistir en el proceso de proletarización del indio, como “condición real para la superación de la violencia motinera”, dejando de incluir lo que él mismo había señalado años antes, sobre la rebelión de los zendales; así como lo que había dicho acerca de la confluencia de ladinos e indígenas en el movimiento revolucionario y sobre las “*cargas ideológicas y psicológicas, sedimentos de procesos seculares muy complejos*” que no se podrían suprimir [...] por el simple efecto del desarrollo del capitalismo.⁴³

Después de más de dos décadas de la aparición de *Motines* y a la luz de los nuevos trabajos de investigación, el propio concepto de motín debe ser revisado. ¿Qué quería decir exactamente Martínez Peláez cuando se refería al “carácter pre-político” de los motines? ¿Acaso que tales movimientos no constituían una amenaza para el sistema en su conjunto, porque al ser “válvulas de escape” del disgusto social contribuían más bien a su buen funcionamiento?, como aparece al final del primer capítulo.⁴⁴ ¿Es que tales acciones rebeldes no contribuyeron a diseñar mecanismos de coerción y consenso, como alegan otros autores, que han estudiado el caso de Totoncapán y los pueblos aledaños en 1820?⁴⁵ ¿Este movimiento puede caracterizarse como motín?

Si los motines eran una realidad tan cotidiana, tanto que llegaban a ser parte de la “normalidad colonial”, como Martínez Peláez sostiene, ¿deberíamos verlos entonces como una de las principales formas de resistencia de los pueblos y, por lo mismo, no tan espontáneos o improvisados, como él propone? Más que un levantamiento repentino por un estallido de furor, de su estudio se infiere cierto cálculo y capacidad de moverse en medio de élites e instituciones, lo cual tampoco quiere decir que fueran “políticos consagrados” o que sus acciones pusieran en jaque al sistema, como algunos de los seguidores de los *Subaltern Studies* quisieran.

En verdad, la revisión de los conceptos que se han utilizado en la historiografía para comprender los movimientos indígenas, podría conducir a los analistas (revisionistas) a la “miseria de la teoría”, en vez de ayudar a colocar a los propios actores en sus circunstancias y en los procesos.⁴⁶ Tal y como lo sugiere Martínez Peláez, al aludir al lugar “objetivo” del indio en la estructura colonial, pero faltaría elaborar y matizar mucho más su idea de la dominación que se ejercía sobre éste.

De cualquier forma, las ideas de Martínez Peláez acerca de la rebeldía indígena deben relacionarse con una propuesta teórica y política y, en el caso de *Motines*, con la circunstancia de que la obra no se concluyó. En el fondo, mucho de la polémica en torno a ésta se vincula con el primero de esos asuntos y, de manera directa, con dos concepciones distintas del oficio de historiar. Por un lado, el ejercicio de una historiografía apegada al dato (positivista), con base en lo cual pregona una falsa objetividad, que ha contribuido a forjar la visión liberal-criolla de la historia nacional. Por otro lado, una historia más cercana a las ciencias sociales, comprometida con buscar una explicación del pasado que sirva a las luchas del presente; que, por lo tanto, reconoce que las preguntas de investigación tienen su origen en el presente y, más aún, en los debates políticos. Así, como ha recalcado Figueroa: la obra de Martínez Peláez sería inexplicable si se omiten sus causas políticas.⁴⁷

Al mismo tiempo, la reacción a esta última idea de la historia, permite comprender algunos incidentes de las repercusiones de *Motines* en la academia. Aunque a su publicación en 1985 le siguieron poco más de cuarenta trabajos, entre libros y artículos⁴⁸ y la obra fue citada en estudios de

carácter más general del periodo colonial,⁴⁹ hubo autores como MacLeod y Viqueira, que no le dieron gran ascenso o incluso la ignoraron. Otros historiadores, más jóvenes, trasladaron el prejuicio existente frente a *La Patria a Motines*. Frecuentemente, la intención “revolucionaria” explícita del autor fue el pretexto para descalificar su obra.⁵⁰ No obstante, ha habido también distinguidas excepciones: uno de los seguidores de Martínez Peláez, Gregory Grandin, ha vinculado el carácter de la represión en la Colonia a la más contemporánea de Panzós, en 1978.⁵¹

Las varias ediciones de *Motines* podrían ser un indicador de que las repercusiones políticas hayan sido acaso más homogéneas y significativas que las producidas en los ámbitos académicos. La edición de mil ejemplares de la Universidad Autónoma de Puebla se agotó en pocos meses, haciéndose muchos envíos a Chiapas y Guatemala. De las subsecuentes ediciones y reimpressiones en este país, por Ediciones en Marcha, se sabe que fueron al menos dos, de mil cada una y, finalmente, de la última de F&G, no se sabe el número, pero sí que en la feria internacional del libro en Guatemala, el verano pasado, fue uno de los libros más vendidos.

Desde que apareció *Motines de indios* y hasta la fecha hay quienes siguen tomando algunas de las ideas que contiene como claves explicativas de la realidad colonial y de la rebeldía indígena.⁵² A condición de echar fuera el prejuicio hacia la obra y retomar las pautas metodológicas, teóricas y políticas que contiene, quizá pueda ayudar a entender “[...] lo que hay de protesta, defensa y deseo en cada rebelión; la máscara que presenta hacia fuera (lo que no se dice...) y lo que hay por dentro, [y cómo...] derechos y dignidad son temas claves de toda rebelión”.⁵³

NOTAS

¹ *Historia de las sublevaciones indígenas habidas en el Estado de Chiapas*, Tipografía del Gobierno del Estado, México, 1888 (reimpreso con el siguiente título por el INI: *Sublevaciones indígenas en Chiapas. Gramática y diccionario tzetzal*, 1986).

² *Don Juan Núñez García*, Tipografía El Comercio, 1898 (segunda edición por Tipografía Nacional de Guatemala en 1939; tercera edición en la Biblioteca Guatemalteca de Cultura Popular, vol. 8, 1975).

³ *Una rebelión indígena en el partido de Totonicapán en 1820: El indio y la independencia*, Imprenta Universitaria, Guatemala, 1951 (segunda edición, 1968).

⁴ “Peasant Communities in Revolt: The Tzeltal Republic of 1712”, en *Pacific Historical Review*, vol. XXV, California University Press: 247-263. “La rebelión de las comunidades campesinas: la República Tzeltal”, en Norman McQueen y Julian Pitt-Rivers (comp.), *Ensayos de Antropología en la zona central de Chiapas*, INI/CONACULTA, México, 1989: 149-170.

⁵ “Actitud de los indígenas de Guatemala en la época de la independencia 1800-1850. El problema de los límites entre las comunidades de Santa María Chiquimula y San Antonio Ilotenango”, en *Estudios centroamericanos*, Revista de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, núm. 278, diciembre, El Salvador, 1971: 702-718.

⁶ “Significado histórico de la sublevación de los indios zendales (Chiapas 1712)”, Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas, Salamanca, agosto de 1971 y publicado también en: *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas* (2 vols.). [Salamanca, agosto de 1971].

⁷ “Motines indígenas en Momostenango en tiempos de la independencia de Guatemala” en *Revista Estudios Sociales* núm. 9, Guatemala, Instituto de Ciencias Político-Sociales de la Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 1973: 49-66 (también publicado en: *Historia Social de los Quichés*, Seminario de Integración Social Guatemalteca, José De Pineda Ibarra, Guatemala, 1979: 221-244. Hay otra edición de este libro, por Editorial Cholsamaj, Guatemala, 2001).

⁸ “Sublevación y sometimiento de los pueblos zendales en 1712-1713”, en *La defensa de Tabasco, 1600-1717*, apéndice III, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1973: 173-185.

⁹ “Una rebelión indígena en Talamancas: Pablo Presbere y el alzamiento general de 1709”, tesis de Licenciatura, Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), 1973.

¹⁰ Como Victoria Reifler Bricker, *The Indian Christ, the Indian King, The Historical Substrate of Maya Myth and Ritual*, University of Texas Press, Austin 1981 (*El Cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, FCE, México); Robert Wasserstrom, “Ethnic Violence and Indigenous Protest: the Tzeltal (Maya) Rebellion of 1712” en *Journal of Latin American Studies*, vol. 12, Part I, mayo: 1-19, Cambridge University Press, 1989; Jan de Vos, *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva Lacandona, 1525-1821*, FCE, México, 1988; Nancy Farris, *La*

sociedad maya bajo el dominio español. La empresa colectiva de la supervivencia, Alianza América, Madrid, 1992, y Kevin Gosner, *Soldiers of the Virgin: The Moral Economy of Colonial Maya Rebellion*, The University of Arizona Press, Tucson, 1992.

¹¹ Universidad Autónoma de Puebla, México, 1985, *Cuadernos de la Casa Presno* 3. Ese año también se publicó la obra de Antonio García de León, *Resistencia y Utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos 500 Años de su historia*, 2 tomos, Ediciones ERA, México, 1985, segunda edición 1989/ 4ª reimpresión 1995. 1997 edición en un solo tomo.

¹² Tal bibliografía, alusiva específicamente a la rebeldía indígena, comprende más o menos 200 títulos; si a ella se suma la básica y relacionada, como la relativa al régimen colonial, y para la comparación con el mundo (sobre todo el andino), el número se eleva a 420. Una primera taxonomía, organizada cronológicamente y cuyo parteaguas es la obra de Martínez Peláez, empezando con *la Rebelión de los Zendales* y terminando con *Motines de indios*, incluye obras de recopilación e introducción a documentos publicados, así como propiamente trabajos de investigación y análisis histórico. Asimismo, comprende movimientos de principios del siglo XVI, que resistieron la guerra de conquista; los que se produjeron ya asentado el régimen colonial y tuvieron lugar en las postrimerías y, dentro de este periodo, especialmente los comprendidos en el lapso 1808-1821.

¹³ Martínez Peláez, *Motines de indios*, op.cit.: 11. *La Patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, Editorial Universitaria, Guatemala, 1970.

¹⁴ “Los motines de indios en el período colonial guatemalteco. Introducción y causas de amotinamiento”, ponencia en *Primer Congreso Centroamericano de Historia Demográfica, Económica y Social* (una versión ligeramente modificada apareció en *Estudios Sociales Centroamericanos*, año II, núm. 5, mayo-agosto 1973, Consejo Superior Universitario Centroamericano, San José Costa Rica: 201-228) y “La sublevación de los zendales. Carácter general y causas económicas”, en *Revista Economía* núm. 37, IIE, USAC, julio-septiembre: 79-113 (también publicado en diciembre de 1977, con el título *La sublevación de los zendales*, por la Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (*Cuadernos de Criterio Universitario* núm. 8); “La sublevación de los zendales. Desarrollo y represión”, en *Revista Economía*, IIE, USAC, octubre-diciembre, 1973: 105-173.

¹⁵ Por ejemplo, a MacLeod, Murdo J., “Motines y cambios en las formas de control económico y político: los acontecimientos de Tuxtla, 1693”, ponencia presentada en Segundo Coloquio Internacional de Mayistas, Campeche. Publicada en: *Mesoamérica*, año 15, Cuaderno 28, (diciembre 1994): 231-251, y en 1995, *Chiapas: los rumbos de otra historia* (en Viqueira y Ruz, eds.), México, UNAM/CIESAS/CEMCA/UDG: 87-102. Ver también, de este mismo autor: “Indian Riots and Rebellions in Colonial Central America, 1530-1720: Causes and Categories”, en David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences. The Spanish Borderlands in Pan-American Perspective*, vol. 3, Smithsonian Institution Press, Washington y Londres, 1991: 375-387.

¹⁶ En los siguientes años, se hicieron consecutivas reimpressiones de esta obra en Guatemala, sin introducir las múltiples correcciones que requería esa primera y única edición, que, además, era un trabajo inconcluso, según lo expone el propio Martínez Peláez en su “Nota” introductoria y como se puede observar en el plan general que se publica en la misma obra. Una nueva edición se le encomendó a Coralia Gutiérrez Álvarez y Ernesto Godoy Dárdano, al fallecer Martínez Peláez, en 1998. La reedición quedó terminada en 2003. En ella se corrigieron los errores ortográficos, tipográficos e imprecisiones de fechas de la primera edición. Además se le incorporaron observaciones hechas por el propio autor, de puño y letra; se le dotó de algunos elementos comprensivos (como mapas, cuadros, cronologías y tres tipos de índices), así como de notas explicativas de terminología y contexto. Este trabajo fue entregado, desde aquel año, al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, a F&G Editores en Guatemala y a la Vda. de Martínez Peláez, con quienes se tenía el convenio para su publicación. Sin embargo, de manera unilateral, esta nueva versión finalmente no salió a la luz y ha quedado en los archivos de los que inicialmente se habían comprometido a publicarla. A fines de 2011, F&G editores hizo una reimpresión de la edición poblana. Véase también nota 34.

¹⁷ Más recientemente, para referirse al mismo fenómeno, Patch utiliza el término “revolución”. Cfr. Patch, Robert W., *Maya Revolt and Revolution in the Eighteenth Century*, Armonk, New York, 2002 (Latin American Realities).

¹⁸ Martínez Pélaez, *Motines de indios*, op. cit.: 3. Véase también “Importancia revolucionaria del estudio histórico de los movimientos de indios”, en *Puebla en el siglo XIX. Contribución al estudio de su historia*, CIIHS, Puebla-México, 1983: 317-

358, en donde se expone el concepto de “ser histórico” a propósito de la definición de “nativo”.

¹⁹ Cfr. Martínez Peláez, *Motines de indios*, op.cit.: 9.

²⁰ “A propos du potentiel insurrectionnel de la paysannerie indienne: oppression, aliénation, isurrection”, *Actes du XLI Congrès International des Américaniste*, Paris, 1978.

²¹ Las obras de referencia del debate son: Martínez Peláez, Severo, *La patria del criollo*, op. cit. y Guzmán Böckler, Carlos y Jean Loup-Herbert, *Guatemala: una interpretación histórico-social*, Siglo XXI Editores, México, 1970.

²² Figueroa Ibarra, Carlos, “Ciencias Sociales y Sociedad en Guatemala”, en *Historia de las Ciencias Sociales en Centroamérica*, *Revista de Ciencias Sociales* núm. 33, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 1986: 13-39.

²³ *Diálogo entre Severo Martínez y Roberto Carmack, acerca de qué es el indio guatemalteco*, USAC, Escuela de Historia, transcripción de cinta magnetofónica, inédito, Guatemala, 1978.

²⁴ Martínez Peláez, *Motines de indios*, op. cit.: 18.

²⁵ Figueroa Ibarra, Carlos, “Severo Martínez Peláez, el político y el científico”, en *La patria del criollo treinta años después*, Editorial Universitaria, Guatemala, 2000: 162.

²⁶ Martínez Peláez, “Importancia...”: 331.

²⁷ *Ibid.*: 318, 320.

²⁸ En *Revista Economía* núm. 45, IIE, USAC: 83-115.

²⁹ Martínez Peláez, “Importancia...”: 320 (las cursivas son de la autora).

³⁰ *Ibid.*: 321.

³¹ En “Guatemala: del mestizaje a la ladinización, 1524-1564” (CIRMA, LANIC, UT en Austin, 2008, lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/vrp/ariola.html. Consultado en línea el 15 octubre 2012), Arturo Taracena Arriola, a propósito de la visión del grupo ladino en *La Patria del criollo*, sostiene todavía que Martínez Peláez “[...] no se atrevió a aceptar que en Guatemala la categoría étnica jugaba un papel importante en las relaciones de clase, debido a la [...] preeminencia [que él atribuía a] las relaciones económicas [...] en la evolución histórica de la sociedad guatemalteca”.

³² Cfr. Figueroa, en “Severo Martínez Peláez...”: 159-160.

³³ Reina, Leticia, *La reindianización de América*, Siglo XXI Editores, México, 1995: 306.

³⁴ Primero en una rústica y mal cuidada edición, por el Centro de Investigaciones Histórico Sociales de la UAP (1985); en una más rústica y peor cuidada, por Ediciones en Marcha (Guatemala, 1991) y la más reciente reimpresión de la edición de 1985, por F&G (Guatemala, 2011). Véase también nota 16.

³⁵ Aquí y en el siguiente párrafo parafraseo la “Nota” introductoria de Martínez Peláez, a *Motines de indios*.

³⁶ En lo que coincidió con una amplia tradición historiográfica que se ha sentido atraída por las luchas de los más débiles contra sus opresores, identificada con autores como Eric Hobsbawn, Barrington Moore, Edward P. Thompson y James Scott, y con historiadores como Carlo Ginzburg, cuando advirtió sobre las fuentes y su problemática. La coincidencia de Martínez Peláez con otros estudiosos de las rebeliones, también se menciona en Figueroa: “Severo Martínez Peláez...”: 151-152.

³⁷ Martínez Peláez, “Importancia...”: 332.

³⁸ Estas consideraciones se apoyan también en “Importancia...” y en las anotaciones de puño y letra de MP a su ejemplar de *Motines de indios*.

³⁹ Cfr. “Plan general” de la obra en Martínez Peláez, *Motines de indios* y en “Importancia...”

⁴⁰ *Ibid.*: 345.

⁴¹ Véase también Taracena, “Guatemala: del mestizaje...”.

⁴² Martínez Peláez, “Importancia...”: 349 (cursivas de la autora).

⁴³ Cfr. cita en este texto, a la altura nota 29.

⁴⁴ Martínez Peláez, *Motines de indios*: 46.

⁴⁵ Véase Pollack, Aaron, *Levantamiento K'iche en Totonicapán, 1820. Los lugares de las políticas subalternas*, AVANCSO, Guatemala, 2008.

⁴⁶ Cfr. Thompson, Edward Palmer, *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.

⁴⁷ Véase nota 32.

⁴⁸ Además de los que ya se ha mencionado: Barabas, Alicia, *Utopías indias. Movimientos sociorreligiosos en México*, México, Grijalbo, 1987; Gosner, Kevin, *Soldiers of the Virgin: The Moral Economy of Colonial Maya Rebellion*, The University of Arizona Press, Tucson, 1992; Viqueira, Juan Pedro, *María Candelaria, india natural de Cancuc*, FCE, México, 1993 (Colección Popular 478) e *Indios rebeldes e idólatras. Dos ensayos históricos sobre la rebelión de Cancuc, Chiapas, acaecida en el año de 1712*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1997; MacLeod, Murdo J., “Motines y cambios en las formas de control

económico y político: los acontecimientos de Tuxtla, 1693”, ponencia presentada en Segundo Coloquio Internacional de Mayistas, Campeche, 1987. Publicada en: *Mesoamérica*, año 15, Cuaderno 28 (diciembre 1994): 231-251; Patch, Robert W., *Maya Revolt and Revolution in the Eighteenth Century*, Armonk, New York, 2002 (Latin American Realities); Caso Barrera, Laura, *Caminos en la selva. Migración comercio y resistencia. Mayas yucatecos e itzaes, siglos XVII-XIX*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

⁴⁹ Por ejemplo, en el *Historical Atlas of Central America* de Carolyn Hall y Héctor Pérez Brignoli (con el cartógrafo John V. Cotter), University of Oklahoma Press, Norman, 2003; en Palma Murga, Gustavo, “Economía y sociedad en Centroamérica”, en *El régimen colonial. Historia General de Centroamérica, tomo II* (Julio Pinto Soria, editor), FLACSO-Programa Costa Rica, San José, 1994 y en González, Magda, 1994 (“Revueltas indígenas (1712-1820)”, *Historia General de Guatemala* tomo III (Jorge Luján Muñoz, director general y coordinador del tomo III), Guatemala, Asociación de Amigos del País-Fundación para la Cultura y el Desarrollo: 163-176.

⁵⁰ Gordillo, “Severo Martínez Peláez y la visión histórica sobre el indígena guatemalteco” en *La patria del criollo treinta años después*, Editorial Universitaria, Guatemala, 2000: 247, y Hernández, Leonardo, *La patria del criollo. A Interpretation of Colonial Guatemala*, Susan M. Neve y George Lovell, traductores [...], Duke University Press, Durham, North Caroline, 2009 [Reseña de este libro y de *La patria del criollo treinta años después*, op. cit.]: 229.51

⁵¹ *Panzós, 1978: la última masacre colonial*, University Chicago Press, Chicago, 2004 y AVANCSO, Guatemala, 2007.

⁵² Véase el propio Grandin y Vela Castañeda, Manolo, *Masas, armas y élites. Guatemala, 1820-1982. Análisis sociológico de eventos históricos (tomo III)*. FLACSO-Guatemala, Guatemala, 2008 y nota 49.

⁵³ Gilly, Adofo, “Microhistorias de una rebelión” [en línea] *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, núm. 80, octubre 2010, www.revistadelauiversidadnacional.unam.mx/8010/gilly/80gilly.html, consultada el 28 de julio de 2010.



En el zoológico en 1931.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

REBELIÓN INDÍGENA, COMUNIDAD Y LUCHA DE CLASES: CLAVES EN LA OBRA DE SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ¹

Bajo el Volcán, núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 79-97

Sergio Tischler

Profesor e investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
sergiovisq@yahoo.com.mx

Fecha de recepción: 26 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 8 de enero de 2013

RESUMEN

En el artículo nos proponemos resaltar la importancia de la interpretación del connotado historiador Severo Martínez Peláez sobre la violencia, la rebeldía indígena y las características de la lucha de clases en el periodo colonial centroamericano, señalando sus aciertos así como sus límites a la luz de las experiencias de la lucha contemporánea del sujeto comunitario indígena en Guatemala en particular, y teniendo como iluminación más general el zapatismo. Se subraya la importancia de la perspectiva teórica del autor, centrada en el concepto de lucha de clases, al tiempo que se plantean temas que están fuera de su análisis y que consideramos fundamentales en las luchas actuales y en la reelaboración misma del concepto de lucha de clases en clave negativa y crítica, entre ellos el tema de la comunidad. Palabras clave: lucha de clases, Severo Martínez Peláez, rebelión indígena, violencia, comunidad.

ABSTRACT

This article aims at highlighting the importance of the interpretation of renowned historian Severo Martínez Peláez on violence, indigenous rebelliousness and the characteristics of class struggle in Central America during colonial times. It points out his contributions as well as his limits in light of the contemporary experiences of struggle, particularly of the communitarian indigenous subject in Guatemala, using zapatismo as a general backdrop. The article underlines the importance of the theoretical perspective of the author, centered in the concept of class struggle. At

the same time, it poses questions which are not included in the analysis of Severo Martínez Peláez and which we consider to be fundamental in current struggles and in the very re-elaboration of the concept of class struggle in a negative and critical key, amongst them on the issue of community.

Key words: class struggle, Severo Martínez Peláez, indigenous rebellion, violence, community.

1

Ciertos textos históricos son clásicos porque algo de ellos está vivo en la realidad actual, y más específicamente en el “tiempo ahora” (Benjamin, 2007) de las luchas que son el corazón de esa realidad. No deben su actualidad a la repetición servil de lo que dicen, sino porque permiten establecer un nexo entre pasado y presente sin el cual es imposible la comprensión crítica de nuestra existencia y la conciencia de la necesidad de la transformación de la realidad misma. A ese tipo de textos pertenece la obra de Severo Martínez Peláez, particularmente *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (1970), y el estudio inconcluso *Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas* (1976).

En este escrito, queremos hacer una breve reflexión sobre la actualidad de la obra *Motines de indios* para entender algunos aspectos de la lucha de clases en el pasado colonial guatemalteco, así como ciertas claves de la resistencia indígena contra los megaproyectos del capital y otros proyectos del Estado en la actualidad. Como ejemplo está la reciente acción concertada de los 48 cantones de Totonicapán, Guatemala, el 4 de octubre de 2012. En un acto de resistencia, tomaron la carretera de manera pacífica, ante lo cual el Estado respondió con lujo de violencia, asesinando a seis personas e hiriendo a más de 30 manifestantes. Sin embargo, no es el único.

La vida cotidiana de las comunidades indígenas del altiplano guatemalteco está marcada por la violencia del Estado al servicio de los proyectos de inversión del capital, así como de las mismas empresas que tienen sus propias guardias privadas. Una situación que obliga a pensar en la continuidad más que en la discontinuidad de una forma de dominación sustentada en la muerte y el terror de décadas pasadas. Aunque en menor escala, la

represión actual parecería la reverberación de las grandes masacres en los años ochenta, pero también, yendo más a la profundidad histórica, de la violencia colonial. Para sustentar tal aseveración, no hay que perder de vista que uno de los principales motines de indios del periodo colonial fuera el de Totonicapán en 1811, tal como lo indicó Severo Martínez Peláez (1976: 59-60. A partir de este momento se citará MP).

En este trabajo no sugerimos una lectura superficial y lineal de la violencia, ni tampoco atribuimos que la protesta indígena del presente se ajusta a las mismas causas que determinaron y desencadenaron los motines en el periodo colonial. Nada más lejano, como veremos. Sostenemos que negar cualquier forma de continuidad entre la violencia colonial y la dominación actual es una manera de ocultar procesos de larga duración que han moldeado la historia guatemalteca. De igual manera, esto se puede decir para las luchas de las poblaciones indígenas. Y es éste el tema que más nos interesa destacar. En ese sentido, quizá es necesario decir de entrada que en relación a éstas hacemos énfasis en el concepto de *actualización*, el cual permite destacar el momento activo o el “tiempo ahora” de las luchas contra la dominación como el modo en que se elabora una temporalidad rebelde. Nos parece que este concepto de temporalidad es una llave para entender las luchas indígenas y su forma comunitaria como expresiones de la lucha de clases. No está demás decir que, sin dicha apreciación de lo que es la historia (la dialéctica entre pasado y presente), el concepto de lucha de clases puede llegar a entenderse en términos funcionales y mecánicos, cuestión que Walter Benjamin (2007) vio con agudeza cuando planteaba hacer una historia a contrapelo. Pero vayamos al análisis de Severo Martínez.

2

El argumento principal en *Motines de indios* es que estas expresiones de rebeldía fueron parte de una “realidad cotidiana en la vida colonial centroamericana” y la “manifestación más notable de la lucha de clases en ella” (MP: 9). Entre las causas de los motines, el autor destaca la que

denomina “causa primordial”, la cual fue el “régimen colonial” mismo (MP: 23). Para aclarar esto, desde la misma entrada al análisis, plantea:

No es que tomemos por causa lo que fue el marco histórico de nuestro asunto, no es así. El contexto del sistema fue la causa en el sentido más estricto, porque los motines fueron reacciones violentas contra la explotación legal y contra las exacciones ilegales vinculadas a la misma, y no puede haber la menor duda de que la explotación y las exacciones no eran accidentes ni anomalías del sistema, sino pertenecían a su esencia misma (MP: 23).

Siguiendo ese argumento, el texto nos lleva a la entraña misma del régimen colonial. Así como Marx nos muestra las entrañas del capitalismo en la fábrica, Severo Martínez muestra cómo en los “pueblos de indios” podemos encontrar las principales claves de la explotación y dominación coloniales. Sin descartar otras categorías de trabajadores explotados (ladinos rurales pobres, trabajadores permanentes en las haciendas, y otros), “eran los indios comunes la más grande fuente de riqueza que el sistema colonial exprimía” (MP: 23-24). De allí, que el motín era una manifestación violenta de rechazo a la explotación colonial que tomaba la forma de tributos, encomiendas, repartimientos de algodón y mercancías. Como dice el autor:

Las grandes causas, de muchos y grandes motines, se relacionan con tres grandes mecanismos de explotación colonial: la tributación, el repartimiento de mercancías y el repartimiento del algodón para hilar. El alto grado de exasperación que llegaron a suscitar, derivaba de que en dichos sistemas actuaba sobre el pueblo de indios, extorsionándolo, una cadena de explotadores que venía desde el rey (representante de las clases dominantes de la colonia: nobleza y burguesía comercial metropolitana) hasta los esbirros indios locales, representantes mínimos del rey; una trama de tolerancias y concesiones alimentada por una formidable trama de intereses económicos. La más brutal opresión del indio se dio ahí donde coincidían los intereses del gran explotador metropolitano y el explotador local, donde todos eran cómplices (MP: 45).

En su análisis, los motines no eran actos de rebeldía planificados y dirigidos a cambiar el régimen colonial, sino “explosiones aisladas” (MP: 46) de “muy corta duración” (MP: 63) contra las autoridades locales (MP: 51-52), dirigidas a “suprimir las manifestaciones más agudas de la opresión” (MP: 50). Los indios amotinados eran conscientes de que su iniciativa estaba “condenada de antemano a represión y castigo” (MP: 50), y que su violencia no tenía las menores posibilidades de éxito frente al aparato represivo colonial (MP: 50-51); sin embargo, los amotinados estaban dispuestos a pagar el precio. El hecho mismo de que los motines no fueran episodios accidentales es un indicador fundamental de las terribles condiciones de existencia de los pueblos de indios. La “violencia rebelde” (MP: 51), por su lado, implicaba un grado enorme de sacrificio colectivo.

La violencia india colonial, tal como aparece en los motines, que son su expresión más viva, suponía un alto grado de disposición al sacrificio, era violencia liberada para obtener resultados ínfimos y dudosos a precio muy elevado de represión. En algunos casos, los cabecillas motineros más comprometidos se nos presentan como verdaderos suicidas, puesto que no cabía esperar para ellos otra cosa que la pena de muerte o la evasión perpetua hacia la selva. No faltaba ocasión en que varios motineros aceptaban ese destino en el acto de suprimir a un esbirro. Obviamente no se trataba de suicidas, sino de hombres que daban o arruinaban sus vidas a cambio de suprimir un factor secundario de deterioro para la comunidad local (MP: 51).

Esa capacidad de resistencia colectiva es un hecho que es necesario retener para cuando intentemos una aproximación al tema de la comunidad y la lucha de clases en la Colonia, pero, por el momento, solamente lo subrayamos para pasar a la distinción que propone Severo Martínez entre motín y rebelión.

Como ha sido planteado, Severo Martínez sostiene que el motín fue la expresión más “notable de la lucha de clases” en la vida colonial centro-americana. Notable por su recurrencia, por ser parte de la vida cotidiana colonial cuya realidad más profunda hay que encontrarla en los pueblos de indios, organizados para la extracción sistemática del principal exce-

dente del cual dependió el régimen colonial. Pero también notable por su carácter fragmentado y aislado, lo que explica parte de las limitaciones de la organización de la “violencia rebelde”.

Para Severo Martínez la rebelión tiene características distintas. En primer lugar, no es un hecho recurrente sino extraordinario. En el periodo colonial se registró, según el análisis del autor, solamente una, la rebelión de los zendales en 1712, al norte de Ciudad Real (hoy San Cristobal de las Casas, Chiapas, y también región de la rebelión zapatista, lo que no es poco decir). Es a partir del estudio de esta rebelión que Severo hace las comparaciones con los motines, y establece lo que a manera de resumen exponemos como sigue, a riesgo de pecar de esquemáticos: a) las causas de la rebelión son básicamente las mismas que la de los motines; b) la rebelión tuvo una duración bastante larga comparada con los motines (cinco meses); c) involucró simultáneamente varios pueblos; d) existió el plan de eliminar el régimen colonial en el territorio donde ocurrió la rebelión de pueblos; e) involucramiento masivo de los indios (los documentos hablan de 3 000, 4 000 y hasta 6 000 en diversos encuentros) (MP:150); f) se ejerció la violencia contra las autoridades coloniales de manera más decidida y se instaló un gobierno de los alzados; g) existió la férrea voluntad de tomar la Ciudad Real con el objetivo de “matar a todos los vecinos” (MP: 152) y de enfrentar abiertamente al ejército colonial; h) es claro que “conmovió a la sociedad colonial” (“Todavía en los años de la Independencia se celebraban misas anualmente en acción de gracias por la derrota de lo zendales”, MP: 125); i), y el ejército colonial se tuvo que emplear a fondo para derrotar y “conquistar” de nuevo, así lo decían, a los zendales.²

Tanto los motines como la rebelión zendal, no tenían posibilidades reales de derrotar el régimen colonial. La explicación de esto, según Severo Martínez, hay que encontrarla en las debilidades de los indios como clase oprimida. Aquí, destaca la condición de siervos coloniales, lo cual implicó el conjunto de mecanismos de control y coerción que ejerció el poder colonial para garantizar la reproducción de los pueblos de indios como núcleos fundamentales del trabajo servil (MP: 48-49) Dicha condición de clase sería la razón fundamental para entender los límites de la

violencia rebelde para enfrentar con éxito el régimen colonial. El autor dice al respecto:

El régimen sabía que los explotados se mantenían muy cerca del límite de aguante, y que lo rebasarían de tiempo en tiempo, necesariamente, en sucesivas crisis de violencia por exasperación. Pero mencionadas crisis, acaecidas entre gente de una clase social profundamente *displementada* desde su surgimiento en el seno de la sociedad colonial, no podían generar más que *violencia rebelde muy débil, local, aislada, improvisada, apolítica*, fácilmente controlable con los recursos represivos organizados por el régimen colonial para ese fin (MP: 49. Los subrayados son nuestros).

La condición servil sería determinante en cuanto a su “displementación” material e intelectual “para desarrollar violencia rebelde” (MP: 51). Sin embargo, ésta se dio “en todas partes y en todo tiempo bajo la forma de motines” (ídem).

Muy resumidamente, ese es el análisis de Severo Martínez respecto al tema. En él hay cosas muy importantes, fundamentalmente el análisis de la violencia rebelde como expresión de la lucha de clases en la Colonia. Pero también, como toda interpretación novedosa, abre interrogantes. Aquí veremos averiguar lo siguiente: ¿No habrá algo más en los motines de indios que un acto desesperado y “displementado” de violencia dentro de los límites de la dominación colonial? Hacemos la pregunta, por dos razones. Por un lado, los materiales que el autor presenta y el análisis mismo permiten su formulación. Por otro, porque nos parece que si no existe la posibilidad de leer ese “algo más” (incluso entre líneas del análisis del autor) se corre el riesgo de interpretar la lucha de los de abajo (en este caso de los indios) de manera circular y funcional al sistema de dominación. En ese sentido, la pregunta se recentraría en el *plus* de las luchas y no tanto en sus imposibilidades. A continuación, intentaremos una brevísima lectura en dicho sentido; lectura que el mismo texto analizado permite hacer.

En el análisis que Severo Martínez hace de los motines de indios podemos encontrar indicios que hablan acerca de que el estallido de violencia no fue simplemente un asunto de desesperación colectiva ante las condiciones de explotación y opresión, sino algo más. Ese “algo más” se podría entender como una trama de relaciones colectivas de la que participa la totalidad o la mayor parte del pueblo, y que se expresa en la toma de acuerdos para la acción. Al parecer, si nos atenemos al análisis presentado, las fuentes escritas coloniales disponibles no dan cuenta de ello, y la memoria colectiva de los pueblos indios tiene registros diferentes a los escritos. En todo caso, disponemos de indicios de esa trama y de una perspectiva teórica que, más que enfatizar en la dominación, rastrea la potencia del sujeto negado (en este caso, del indio).

Entre los indicios, se pueden señalar varios aspectos de los motines y de la rebelión de los zendales. Podemos comenzar por la masividad de los motines. El autor señala que en la mitad de los motines estudiados “la movilización fue masiva, unánime” (MP: 63). En otros muchos, “hubo agitación de masas muy considerables que no involucraban a toda la gente del pueblo; gentíos de tres mil o cuatro mil indios concentrados en la plaza frente al edificio del Cabildo” (ídem). Finalmente estarían los motines (20%) “que sólo movilizó a una fracción de la población” (ídem). Por su lado, la rebelión de los zendales involucró a varios pueblos que organizaron combates donde participaron entre 3000 y 6 000 indios (MP: 150). Creemos que eso habla de un grado importante de organización práctica, que no hay que entenderla en el sentido de un grupo que subleva a una masa de indios, sino en el sentido de una forma comunitaria que es parte de la cotidianidad social indígena y que se refuerza en el acto de colectivización violento que es el motín o la rebelión.

Hay otros indicios. La misma secuencia de las acciones de los amotinados nos habla del ejercicio de la violencia contra las autoridades indias y españolas, así como contra los ladinos en pueblos de indios, en una suerte de momentánea destrucción del orden colonial local y la restauración de un efímero reinado gobernado por autoridades indias. En ese sentido, se

podría decir que estamos ante un impulso³ de autodeterminación comunitaria indígena y de un *principio esperanza* (Bloch, 2004) expresado en el mismo.⁴ Sin ese impulso, que es parte de una resistencia activa al orden de la dominación, se hace difícil entender al indio como sujeto colectivo en resistencia. La rebelión de los zendales da muestra de manera más clara de ese impulso, como se puede desprender de lo analizado por Severo Martínez al respecto, ya que su extensión en tiempo y espacio posibilitó el desarrollo de ciertas características que los motines no pudieron exhibir, dada su corta duración derivada de la rápida represión. Si los pueblos de indios eran verdaderas cárceles coloniales a cielo abierto, los actos de insubordinación, se podría decir, eran momentos de actualización de la dignidad colectiva donde se vivió, efímeramente, la redención comunitaria. Y eso es fundamental en la elaboración de una memoria rebelde.⁵

No tenemos el propósito de abundar más al respecto. El artículo no tiene la intención de proponer un análisis propiamente dicho, en él solamente se quiere indicar, partiendo de lo expuesto por Severo Martínez, el tema de la comunidad indígena entendida como categoría de lucha, es decir, crítica. En ese sentido, consideramos que los motines y la rebelión de los zendales fueron modos de actualización desde abajo de lo comunitario indígena como resistencia a la explotación y a la dominación coloniales.

Sin embargo, de ninguna manera la resistencia comunitaria es privativa del periodo colonial. Con variaciones, y en un contexto de dominación capitalista, la forma comunitaria indígena se ha reactualizado y es parte central de las luchas contemporáneas, como se puede observar en la historia reciente de Guatemala, México, Bolivia y de otros países latinoamericanos. En relación a Guatemala, pondremos dos ejemplos de actualización de la comunidad indígena como modo de resistencia a la dominación del capital. Hablamos de ilustraciones nada más, conscientes de que el tema es complejo y que requiere de un análisis particular que permita establecer los modos de la resistencia indígena en el contexto de otras luchas, así como las características que asumió y/o asume la dominación en distintas situaciones históricas de poder, cuestión que está fuera de este artículo.⁶ De otro modo, se puede propiciar una interpretación equivocada y de carácter transhistórico de la comunidad y la lucha social, cuando lo que

sostenemos es fundamentalmente el carácter histórico que tiene la lucha. Vayamos pues a los ejemplos, teniendo en cuenta esta observación.

En el contexto del auge de la lucha armada en Guatemala de fines de los años setenta e inicios de los ochenta, uno de sus rasgos fue el masivo involucramiento de la población indígena (para algunos autores éste tuvo las características de una verdadera insurrección⁷) que desbordó a las mismas organizaciones guerrilleras. Un caso que puede ilustrar aspectos particulares al respecto, fue el ajusticiamiento de Sebastián Guzmán, “Principal de Principales”.

En el Parte de Guerra del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) del día 13 de diciembre de 1981, organización que ejecutó el ajusticiamiento, hay un extraordinario relato de la vida y obra de Sebastián Guzmán como personaje central de una trama de lucha y poder en Nebaj. Primero se da cuenta de las actividades de este personaje a favor de la comunidad, por las cuales incluso llegó a estar en la cárcel en el periodo de Jorge Ubico como presidente del país. Posteriormente, en el documento se relata la manera en que el citado personaje llegó a ocupar puestos de poder muy importantes en la comunidad ixil de Nebaj, y cómo los usó para fines de explotación de la misma. Como parte de esto, se destacan los mecanismos por los cuales Sebastián Guzmán entró a formar parte de una red de intereses y complicidades con los finqueros del lugar, especialmente con los Brol. Uno de esos mecanismos fue el “enganche” de jornales ixiles para trabajar en las fincas. Ese proceso de aburguesamiento llevó a convertirlo en un enemigo de la comunidad y en un agente de la represión local.

El documento es muy minucioso en la descripción de la vida cotidiana del personaje, de su historia, incluso de los interiores de su casa en la plaza central del pueblo. Es evidente que la información le llegó al EGP de la misma gente que conocía de cerca su vida, y que estaba siendo explotada y reprimida. Ya para entonces una parte importante de la población ixil había determinado incorporarse a la lucha armada y llegar a un acuerdo con la guerrilla o, como dice un conocedor del tema para referirse a esa alianza, eran “como dos ríos que se juntan en una lucha común” (el de la comunidad alzada y el de la guerrilla⁸). “Sebastián Guzmán fue ejecutado en el centro de Nebaj. Su pueblo lo ajustició. Con su muerte se cierra una

etapa de explotación, intrigas y genocidio en el pueblo ixil. Es el resultado de una confrontación clasista entretejida en el macerado telar étnico” –dice el parte de guerra.

Se puede percibir con claridad que Sebastián Guzmán ya no era parte de la comunidad, sino una personificación del capital local. Y se podría decir que el ajusticiamiento de este personaje fue, en aquellas circunstancias de la lucha, un momento de actualización de la comunidad como lucha contra esa dominación; es decir, tenía un contenido preciso de clase. El componente étnico ya no lograba invisibilizarlo. La guerra ha de haber desatado cientos de esos actos. En todo caso, la insurrección indígena no se puede entender profundamente sin la compleja dialéctica entre comunidad y lucha de clases o, lo que es más específico, la actualización revolucionaria de la comunidad indígena en un contexto contemporáneo de la lucha de clases marcado siempre por la violencia.

El otro ejemplo se vincula con las luchas contra los llamados megaproyectos.

Contamos con el pronunciamiento del Municipio de Sacapulas (30 de mayo de 2012), departamento del Quiché, celebrando el primer aniversario de la consulta comunitaria que rechazó “las actividades mineras e hidroeléctricas proyectadas por el gobierno central para este municipio”. En él se plantea:

Fue de esta manera [la consulta] que se expresó la voluntad política de las comunidades y de la municipalidad de Sacapulas tanto en defensa de su territorio, de la biodiversidad y de sus recursos naturales, como rechazo a megaproyectos que alteren la vida de su población, de sus tierras y sus aguas.

En otro párrafo, dice:

Todas las comunidades de Sacapulas queremos dar continuidad a la defensa de nuestro territorio, de nuestras tierras, nuestras aguas, de nuestros recursos naturales, de nuestras propias familias y de toda nuestra población, así como continuaremos buscando y promoviendo un desarrollo propio y conveniente que necesitamos para todas y cada una de nuestras comunidades.

Como este pronunciamiento, hay decenas más que hablan del enfrentamiento entre comunidad y los proyectos de inversión capitalista y los gobiernos que los impulsan. Defendiendo sus territorios, objetivamente, en las actuales condiciones, la comunidad en lucha se ha convertido en el principal sujeto que antagoniza al capital. De allí, la desesperación y la violencia de los agentes del capital privado y del Estado que se expresan como cotidianeidad en los pueblos y las comunidades en resistencia, así como en los hechos que marcaron la tragedia en Totonicapán, con la cual abrimos el artículo.

En resumen, atendiendo a lo expuesto, no es difícil percibir una suerte de continuidad de la comunidad como forma de organización social y resistencia siempre en un contexto de violencia. Pero preferimos el término de “actualización”, tal y como se planteó al inicio. Lo preferimos porque hace énfasis en la lucha, en el impulso de ir más allá de la dominación, es decir, en la temporalidad rebelde que implica discontinuidad, corte con el *continuum* de la dominación (Benjamin, 2007). Que el momento del corte sea de corta duración, como en los motines, no implica que deje de ser una temporalidad rebelde donde se restituye la comunidad desde abajo, y donde se intenta la expulsión de las formas más evidentes de dominación. En esa dirección, parafraseando a Gramsci (1980: 367-381), es posible decir que allí se encuentra el “núcleo de buen sentido” de la comunidad. Ese tiempo puede ser también un proceso donde la cotidianeidad se halla marcada por una idea revolucionaria de lo comunitario, como en el caso de los Caracoles zapatistas. Aquí se presenta, de manera clara, que la comunidad es la comunidad de los de abajo, comunidad en lucha contra los de arriba, y más radicalmente aún: comunidad anticapitalista (esta es la contribución de un concepto crítico de lucha). Por eso, quizá, la idea de Walter Benjamin sobre la revolución, ya no como locomotora de la historia sino como “el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en el tren” (Benjamin, 2007: 49), tiene relación con esa suerte de transformación de la tradición (en este caso de la lucha comunitaria) en presente revolucionario. O, como lo ha planteado Francisco Gómez Carpinteiro, en una observación que hizo al presente trabajo: “La tradición aprende de la derrota. La tradición es un cuento sobre la revolu-

ción que se empezó a contar desde el primer acto de negatividad. Aunque de manera discontinua, ese cuento sobre la historia se sigue produciendo y encontrado sus audiencias”.

4

El tema de la comunidad campesina, como parte de un proyecto socialista, fue primeramente planteado por los populistas rusos, con los cuales Marx sostuvo un intercambio de opiniones (véase Shanin, 1990). En América Latina fue José Carlos Mariátegui quien puso el tema de la comunidad indígena (*ayllu*) en el Perú, en el centro de una estrategia hacia el socialismo. Para él, la proletarización (o la solución liberal) no podía ser una respuesta al problema indígena desde una perspectiva revolucionaria. Lo correcto, más bien, era potenciar los “elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas” (Mariátegui, 1979: 48) que se habían conservado en la comunidad. Su postura entró en contradicción con el marxismo ortodoxo de la Tercera Internacional, lo cual le costó su relativa marginación.

En la actualidad, el asunto ya no es de hipótesis al respecto. Es evidente que las formas comunitarias indígenas han logrado colocarse en el centro de las luchas en muchos países, como Bolivia (Gutiérrez, 2008), por ejemplo. Dentro de la variedad de luchas, destaca el zapatismo con su experiencia práctica y la reflexión teórica sobre la comunidad indígena como comunidad revolucionaria o rebelde, como a ellos les gusta llamarse. Con esto no queremos abrir una ventana a un tema de suyo importante y que no podemos desarrollar aquí; el propósito solamente es señalar una situación histórica donde el tema de la comunidad y la lucha revolucionaria aparece con mayor claridad que cuando Severo Martínez estaba analizando los motines de indios y la violencia colonial. Pero también esa situación permite que nos relacionemos críticamente con su obra, de manera que se vean potenciados sus aportes, particularmente el más fundamental, como fue colocar el concepto de lucha de clases y el cambio en el centro de la reflexión sobre la realidad colonial, especialmente en relación con

los pueblos de indios y el régimen colonial que dependía de su explotación y dominio. Al respecto, nos permitiremos hacer una breve reflexión.

Sin la categoría de explotación y el análisis del indio como siervo colonial, es imposible hacer una lectura de la forma comunitaria como lucha donde las determinaciones de clase están comprendidas. Nos parece que separar la noción de comunidad del concepto de lucha es un error que puede dar lugar a idealizaciones que desvían la posibilidad de entenderla como categoría crítica, es decir, como categoría de lucha por transformar el mundo. Si bien es cierto, en esto hay mucho por hacer, tanto teórica como prácticamente, los ejemplos aquí señalados, especialmente el zapatista, han abierto una perspectiva muy importante al respecto. Ahora bien, en términos teóricos, uno de los aspectos más importantes a tener en cuenta es el de la clase como *categoría negativa o crítica* (Holloway, 2002: 205-215; Bonefeld, 2001). Si Severo Martínez nos muestra la existencia de la clase como categoría de dominación (también de resistencia, pero, como se ha visto, una resistencia dentro de la dominación), el análisis desde la perspectiva negativa permite iluminar el *plus* de las luchas frente a la dominación, aunque éstas no hayan podido crear una “violencia rebelde exitosa”, como lo plantea nuestro autor. Teóricamente, implica desplazar el centro del análisis de la lucha de clases de la dominación al antagonismo. En el caso del indio como siervo colonial, se podría plantear de la siguiente manera: en la condición de siervo colonial la comunidad indígena existió en la manera en que fue dominada, es decir, negada,⁹ en cuanto a posibilidad de existencia autónoma y libre. En los motines (y en la sublevación de los zendales) existió el impulso por romper con el régimen que negaba la comunidad de la manera en que ha sido descrita en *Motines de indios*. Aquí tenemos el lado negativo de la clase, el lado que dice No a la dominación. Pero ese lado negativo no se puede entender sin el régimen de dominación que define positivamente a la clase (lo que es en tanto afirmación del dominio). Y ese es uno de los grandes aportes de Severo Martínez.

Para concluir, diremos que la relación entre clase y comunidad no es un asunto que se restrinja a la forma comunitaria indígena y la dominación, aspecto que, por razones obvias, ha sido el central en este pequeño escrito. Este asunto implica una relación más general del antagonismo social ligado a la existencia de las clases. En su aspecto afirmativo, la clase es negación de la comunidad humana; pero en su dimensión crítica es negación de la clase (negación de la negación) y redención (usando el lenguaje de Benjamin) de la comunidad humana. En otras palabras, “las clases se constituyen por medio del antagonismo” (Holloway, 2002: 215), son lucha, lucha de clases. De tal manera que la cuestión de la emancipación de la comunidad humana no puede ser planteada por fuera de esa lucha; es a partir de la forma negativa de la clase (del antagonismo desde abajo) que es posible disolver la clase en tanto relación de explotación y dominación. En nuestra sociedad, la capitalista, se establece como dominante un tipo de comunidad que en realidad es la expresión de la negación más radical de la comunidad humana, la comunidad abstracta del dinero. Marx plantea al respecto:

El supuesto elemental de la sociedad burguesa es que el trabajo produce inmediatamente valor de cambio, en consecuencia dinero, y que del mismo modo, el dinero también compra inmediatamente el trabajo, y por consiguiente al obrero, sólo si él mismo, en cambio, enajena su actividad. *Trabajo asalariado*, por un lado, *capital* por el otro, son por ello únicamente formas diversas del cambio desarrollado y del dinero como su encarnación. Por lo tanto el dinero es inmediatamente la *comunidad*, en cuanto es la sustancia universal de la existencia para todos. Pero en el dinero [...] la comunidad es para el individuo una mera abstracción, una mera cosa externa, accidental, y al mismo tiempo un simple medio para su satisfacción como individuo aislado (Marx, 1971: 160-161).

La lucha de clases, tomando lo anterior en consideración, se puede entender como un proceso de superación de la forma abstracta de la comunidad del capital por la comunidad concreta, humana, emancipada

de esa forma. Esa es la idea que expresa Marx al analizar la Comuna de París, cuando plantea que ésta fue la forma política descubierta por la clase obrera para realizar su autoemancipación (Marx, 1955: 546).

En otro contexto histórico, como se ha visto, la dinámica de los motines estudiados por Severo Martínez hace visible la terca negación de las colectividades indias a ser reducidas a mero objeto de explotación. El estudio de esas luchas hoy permite entender las resistencias al capital, así como ciertas modalidades contemporáneas de la lucha de clases en escenarios como el guatemalteco y el chiapaneco.

Puebla, noviembre de 2012

BIBLIOGRAFÍA

- AVANCSO (2002), "Se cambió el tiempo. Conflicto y poder en territorio k'iche', 1880-1996", Investigación realizada por Matilde González, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (AVANCSO), *Cuadernos de investigación núm. 17*, Guatemala.
- Benjamin, Walter (2007), *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*. Editorial Piedras de Papel, Buenos Aires.
- Bloch, Ernest (2002), *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, A. Machado Libros, Madrid.
- _____ (2004), *El principio esperanza* [1], Editorial Trotta, España.
- Bonefeld, Werner, "Clase y constitución", *Bajo el Volcán*, revista del Posgrado de Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, núm. 2, 1^{er} semestre de 2001, Puebla, Mexico.
- Ceto, Pablo (2011), "Rebelión indígena, lucha campesina y movimiento revolucionario guerrillero. Reflexiones y testimonio", en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- Forster, Cindy (2011), "'Miles de machetes en alto': las luchas campesinas de la costa sur en el surgimiento de la revolución guatemalteca, 1970-1980,

- en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- García García, Glenda (2011), “Las guerrillas y los mayas: una aproximación a las formas de interacción sociopolítica entre las insurgencias y los kaqchiqueles de San Martín Jilotepeque (1976-1985)”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- González S., Leticia (2011), “Más allá de la montaña: la región ixil”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- Gramsci, Antonio (1980), “Relaciones entre ciencia-religión-sentido común”, en Manuel Sacristán, *Antonio Gramsci: antología*, Siglo XXI Editores, México.
- Gutiérrez, Marta (2011), “San Marcos, frontera de fuego”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- Gutiérrez, Raquel (2008), *Los ritmos del Pachakuti*, Textos Rebeldes, Bolivia, 2008.
- Gunn, Richard (2005), “En contra del materialismo histórico: el marxismo como discurso de primer orden”, en *Marxismo abierto. Una visión europea y latinoamericana*, vol. 1, Alberto Bonnet, John Holloway y Sergio Tischler (coords.), Universidad Autónoma de Puebla, México/Herramienta Ediciones, Argentina.
- Holloway, John (2002), *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta Ediciones, Buenos Aires, 2002.
- _____ (2011), *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta Ediciones, Argentina.
- Hurtado Paz y Paz, Margarita (2011), “Organización y lucha rural, campesina e indígena. Huehuetenango, Guatemala, 1981”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- MacLeod, Morna (2011), “¡Qué todos se levanten! Rebelión indígena y declaración de Iximché”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.
- Martínez Pelaéz, Severo (1970), *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, Universidad de San Carlos de Guatemala.

- _____ (1976), *Motines de indios (la violencia colonial en Centroamérica y Chiapas)*, Cuadernos de la Casa Presno, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1976.
- Marx, Karl (1971), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* [1], Siglo XXI Editores, México.
- _____ (1955), *La guerra civil en Francia*. Obras escogidas, Tomo 1, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.
- Porras Castrejón, Gustavo (2008), *Las huellas de Guatemala*, Fundación PROPAZ, Guatemala.
- Shanin, Teodor (1990), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Editorial Revolución, Madrid.
- Vela Castañeda, Manolo E. (2011), “Petén 1967-1984: las bases agrarias de la insurgencia campesina”, en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, Manolo E. Vela Castañeda (coord.), Secretaría de la Paz de Presidencia de Guatemala.

DOCUMENTOS:

- Ejército Guerrillero de los Pobres. Parte de Guerra, enero de 1982.
- Pronunciamiento, 1º Aniversario de la Consulta Comunitaria, Municipio de Sacapulas, Departamento de Quiché, 30 de mayo de 2012.

NOTAS

¹ Agradezco a Francisco Gómez Capinteirolas observaciones hechas al presente trabajo.

² Véase Severo Martínez Pelaéz (1976: 125-157).

³ Para el concepto de impulso como parte del antagonismo social, véase Holloway (2011).

⁴ Como componente central de la lucha de clases, ese principio es destacado por Bloch (2002) de manera puntual al analizar la guerra campesina en Alemania del siglo XVI.

⁵ Al respecto, es pertinente citar la tesis de Walter Benjamin (2007: 24) que dice: “La lucha de clases que tiene siempre ante los ojos el materialista histórico educado en Marx, es la lucha por las cosas toscas y materiales, sin las cuales no hay cosas finas y espirituales. Estas últimas, sin embargo, están presentes en la

lucha de clases de una manera diferente de la que tienen en la representación que hay de ellas como un botín que cae en manos del vencedor. Están vivas en esta lucha en forma de confianza en sí mismo, de valentía, de humor, de astucia, de incondicionalidad, y su eficacia se remonta en la lejanía del tiempo. Van a poner en cuestión, siempre de nuevo, todos los triunfos que alguna vez favorecieron a los dominadores”.

⁶ Sobre el periodo más crudo de la lucha armada revolucionaria en Guatemala se han hecho importantes investigaciones que ponen de relieve la relación entre lucha guerrillera y comunidad. Al respecto, se pueden mencionar, entre otros, el libro *Se cambió el tiempo* (2002) escrito por Matilde González, y los artículos de Margarita Hurtado Paz y Paz (2011), Glenda García García (2011), Leticia González S. (2011), Pablo Ceto (2011), Marta Gutiérrez (2011), Morna MacLeod (2011), Cindy Forster (2011), Manolo E. Vela Castañeda (2011).

⁷ Porras Castrejón (2008: 88-89).

⁸ Citado en Leticia González S. (2011: 207).

⁹ La idea de la existencia en el “modo de ser negada” es tomada de Gunn (2005).



Discurso como presidente de la Asociación de Estudiantes de Humanidades ante la agresión
estadounidense contra el gobierno de Arbenz en 1954.
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

“UN LARGO Y PENOSO PROCESO”:
SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ Y LA HISTORIA SOCIAL
SOBRE LA INDEPENDENCIA DE CENTROAMÉRICA¹

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 99-110

José Edgardo Cal Montoya²

Profesor investigador de la Escuela de Historia del Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala.
josecalmontoya@gmail.com

Fecha de recepción: 22 de octubre 2012

Fecha de aceptación: 21 de noviembre de 2012

RESUMEN

El trabajo propone una lectura sistemática de las preocupaciones historiográficas y políticas del historiador guatemalteco Severo Martínez Peláez, presentes en sus escritos referidos a la emancipación política de Centroamérica. Su esfuerzo por ofrecer una interpretación crítica de este proceso más allá de las efemérides, no solamente fortaleció el carácter crítico y científico de la historiografía guatemalteca de las últimas décadas, sino que propuso también una ruta de reflexión sobre las tensiones existentes entre las conmemoraciones, la Historia y las memorias en la comprensión del pasado guatemalteco y centroamericano.

Palabras claves: Severo Martínez, Historiografía, Independencia, Guatemala, Centroamérica, Historia social.

ABSTRACT

This work proposes a systematic reading of the historiographic and political concerns of Guatemalan historian Severo Martínez Peláez, as presented through his writings which refer to the political emancipation of Central America. His effort to offer a critical interpretation of this process beyond mere remembrances not only reinforced the critical and scientific character of the Guatemalan historiography of the past decades, it also proposed a path of reflection on the existing tensions between commemorations, History and memories in the comprehension of the past

of Guatemala and Central America.

Key words: Severo Martínez, Historiography, Independence, Guatemala, Central America Social History.

“LOS HISTORIADORES CENTROAMERICANOS NO CREEN EN LA INDEPENDENCIA”³
LA DÉCADA DE LOS SETENTA Y LAS PRIMERAS INTERPRETACIONES CRÍTICAS DE
LA INDEPENDENCIA DE CENTROAMÉRICA⁴

El 12 de septiembre de 1971, *Diario El Gráfico* de Guatemala publicó un suplemento conmemorativo sobre la Independencia centroamericana en el que también se reproduce íntegramente una nota del periódico *La Nación* de Costa Rica sobre la celebración del primer *Congreso Centroamericano de Historia* en San José del 6 al 11 de septiembre del mismo año, en el que varios historiadores de la región también se refieren a este proceso.⁵ Aunque en la portada del suplemento se asegura ofrecer a los lectores opiniones autorizadas y fundamentadas sobre dicha Independencia,⁶ resulta particularmente llamativa la perplejidad manifestada por los periodistas del rotativo costarricense ante la postura crítica de los historiadores centroamericanos sobre el proceso de emancipación política de 1821 al hablar de sus limitaciones para la situación social del área y haciendo hincapié, como señalaba el profesor Jorge Arias Gómez de El Salvador, que hablar de “vida independiente, en el sentido estricto de la palabra, es de un significado engañoso”.⁷ Un año después de la publicación de *La patria del criollo* y con la realización de diversos congresos de Historia en la región, percibimos el inicio del ciclo de renovación experimentado por la historiografía guatemalteca y centroamericana al fortalecerse tanto su carácter crítico, como sus aspiraciones científicas.⁸

En la entrevista que el profesor Severo Martínez Peláez brinda a *Diario El Gráfico* como parte del suplemento, señala la necesidad de combatir “dos prejuicios extremos” que existen en la sociedad guatemalteca sobre la Independencia, intervención con la que empieza a ampliar sus ideas vertidas sobre esta temática en *La patria del criollo*:

[...] El más corriente de ellos [prejuicios] consiste en suponer que la independencia se alcanzó en un día, y que, por habernos desprendido del imperio español nos convertimos en un pueblo libre de la noche a la mañana. Claro está, que la independencia no es ni puede ser una “efemérides”, sino que es un largo y penoso proceso orientado –si hemos de definirla– hacia una situación en la cual la sociedad es gobernada en interés de todos sus integrantes, y que en las relaciones internacionales expresan la posibilidad y el deseo genuino de ayudarse entre sí los pueblos. [...] La toma del poder por los criollos a principios del siglo pasado no fue la consumación de la independencia absoluta y teórica, pero fue un gran paso hacia adelante, puesto que significó la sustitución de una dictadura de la clase dominante extranjera –la española– por la dictadura de una clase dominante centroamericana. [...] El hecho que los indios y los sectores ladinos menesterosos hayan continuado siendo explotados, cobra una nueva significación al crearse la República Centroamericana y posteriormente las Repúblicas separadas. Se plantea entonces la lucha por [la] Independencia –la cual, como dijimos, es un largo proceso– sobre nuevas bases y con miras también nuevas. En ese marco irán desarrollándose los grupos sociales que librarán luchas futuras, también progresivas, como la Reforma y la Revolución de Octubre.⁹

La interpretación crítica de la Independencia durante estos años tuvo en el marxismo uno de sus principales puntos de partida.¹⁰ Severo Martínez Peláez,¹¹ Alejandro Dagoberto Marroquín,¹² Rodolfo Cerdas Cruz¹³ y Julio Pinto Soria¹⁴ dieron inicio a una revisión profunda de la idea de Independencia en la década de los setenta, desde una Historia orientada a recuperar su carácter explicativo y cuando su escritura empezaba a indagar sobre lo sucedido con otros grupos sociales.¹⁵ El enfoque mayoritariamente centrado en el gobierno y las élites empezó a ser revisado en ese momento en los trabajos de los profesores Chester Zelaya,¹⁶ Jorge Luján Muñoz,¹⁷ Héctor Humberto Samayoa,¹⁸ Rafael Obregón Loría¹⁹ y Andrés Townsend Ezcurra,²⁰ entre otros. Las investigaciones de los profesores Ralph Lee Woodward Jr.,²¹ Miles Wortman,²² Troy S. Floyd,²³ Mario Rodríguez²⁴ y Jorge Mario García Laguardia²⁵ consiguen redimensionar la Independencia como un problema historiográfico que requería de lecturas mucho más

amplias desde la economía, la política y el desarrollo del pensamiento; todas propuestas realizadas durante la década de los ochenta.

En los años noventa, Timothy Anna²⁶ y José Antonio Fernández²⁷ mostraron la necesidad de entender la problemática desde una perspectiva regional y, en la actualidad, los trabajos de Adolfo Bonilla,²⁸ Jordana Dym,²⁹ Sajid Herrera,³⁰ Xiomara Avendaño³¹ y Mario Vázquez³² nos han abierto perspectivas para entenderla desde los ámbitos de la construcción del pensamiento político, la representación, las elecciones y la participación ciudadana. Estas temáticas, que recogen el impulso renovador de los trabajos del profesor Francois Xavier-Guerra,³³ muestran la peculiaridad de una Independencia centroamericana influenciada por la ruptura de los vínculos con la metrópoli, devenidos de las reformas borbónicas, la presión exterior de los acontecimientos de México y el control que sobre ella ejerció la élite criolla, impidiendo su construcción como entidad política regional y haciendo más compleja la viabilidad de sus Estados nacionales.³⁴

Esta trayectoria crítica de la investigación histórica centroamericana sobre la Independencia ha conseguido no sólo que los estudios vayan más allá de los hechos, las fechas y los personajes, sino también un desplazamiento metodológico que supere su caracterización como mera “ruptura del vínculo imperial” y entenderla en toda su amplitud transformadora de las relaciones políticas.³⁵ Al convertirse las antiguas provincias en estados, hecho en el que tuvo incidencia la experiencia gaditana, se empezaron a redefinir las pertenencias a la comunidad política de los criollos, los mestizos y las comunidades indígenas. Así las cosas, la historiografía centroamericana ya no pudo ser igual. De las historias nacionales, se ha pasado a las de carácter local y regional para entender otras dimensiones del proceso desde una perspectiva de larga duración, ya que las ideas de comunidad política y soberanía municipal habían cambiado. A estos enfoques se han sumado otros que se refieren al proceso independentista en sus décadas anteriores o posteriores, los que nos han permitido conocer cómo las élites centroamericanas aprendieron a movilizar recursos para defender sus derechos y prerrogativas tanto del otrora imperio lejano, como de sus realidades y actores más inmediatos.³⁶ A pesar de la introducción de las instituciones representativas en el istmo, veremos que siguió

reforzándose la segmentación nacional o local en lugar de una integración regional. La irrupción de este movimiento de revisión crítica acerca de la emancipación política centroamericana podría conducirnos a pensar que, al situarlo pertinentemente dentro de la Historia latinoamericana y conocerlo desde otras dimensiones, va perdiendo vigencia. Todo lo contrario, el descubrimiento de su peculiaridad y complejidad es una vía oportuna para entender la realidad política de la Centroamérica actual, en la que se ve lejos una integración política y económica como la de sus pares en otras realidades geográficas.³⁷

LEVANTAR EL “MANTO DE SILENCIO” SOBRE LA HISTORIA SOCIAL
DE LA EMANCIPACIÓN POLÍTICA DE CENTROAMÉRICA.
LA CONTRIBUCIÓN DE SEVERO MARTÍNEZ PELÁEZ

Desde sus escritos bajo el seudónimo de Benedicto Paz,³⁸ Severo Martínez señaló que la Historia política de la Independencia referida a conmemoraciones y a las élites no permitía entender su carácter inicialmente emancipador, el que termina haciéndose conservador al ser controlada por la élite criolla, impidiendo una genuina transformación de las bases del régimen colonial, presentes hasta la actualidad.³⁹ Esta irrupción crítica en la historiografía guatemalteca no solamente tenía la intención de suprimir los silencios sobre la participación de otros sectores sociales en la emancipación política de Centroamérica, sino hacer de la Historia una experiencia de reflexión que contribuyera al fortalecimiento de una conciencia revolucionaria sobre la necesidad de un cambio social en el país.⁴⁰ De aquí que Severo Martínez Peláez escribiera varios trabajos sobre esta temática,⁴¹ en los que al cuestionar las nociones de la historiografía tradicional mostró que el control ejercido por la élite criolla sobre el proceso de emancipación consolidó su hegemonía; dato desde el que aportó una de las claves interpretativas más influyentes de su legado historiográfico: las permanencias coloniales. Desde un análisis de las clases y capas en la Independencia (subrayando el papel de las capas medias altas urbanas y rurales, militares, sacerdotes, agricultores y “tratantes”, algunos de ellos indígenas) mostró que estos grupos, además, llegaron a tener concepciones

distintas y contrarias del proceso;⁴² lo que potenció la intervención de las élites para su suscripción ante los sucesos de México, que auguraban un enfrentamiento social más cruento que podría reducir su influencia. Por esto, demandaban la suscripción de la denominada por él “Independencia conservadora”, que fue refrendada en este pacto interelitario.⁴³ La permanencia de la Colonia y la suscripción de una emancipación política controlada por las élites han sido dos ideas desarrolladas por el historiador guatemalteco de innegable influencia en la historiografía centroamericana posterior.⁴⁴

Como bien señala la profesora Xiomara Avendaño,⁴⁵ fueron estas ideas las que permitieron rescatar y valorar la participación política y social de las grandes mayorías dentro de la Independencia centroamericana. Al constatar que esta emancipación política no trajo para los sectores subalternos transformaciones económicas y sociales relevantes, la Independencia sigue siendo no solamente un problema historiográfico, sino una condición fundamental de reflexión sobre la Historia centroamericana y guatemalteca en relación con su presente, en la que, siguiendo al profesor Martínez Peláez, la estructura económica y política legada de la Colonia fue utilizada por la élite para obtener beneficios y no para impulsar transformaciones.⁴⁶

CONMEMORACIONES, HISTORIA Y MEMORIAS. RETOMAR UNA RUTA

*Así, pues, desde cualquier punto de vista, siempre que sea un punto de vista científico, queda desechada la idea de que nuestra Independencia fue fácil y gratuita. Antes de calificarla, conviene entenderla.*⁴⁷

Severo Martínez comprendió que las relaciones de la Historia con las conmemoraciones son siempre difíciles. Que la Independencia debía ser entendida en toda su extensión, lo que implica saber que fue un proceso conflictivo, lleno de penurias. Es conocerla desde lo que él denominó su “corriente revolucionaria”, emancipatoria, la que fue derrotada por la “corriente criollista” que finalmente tomó el poder y es sostén de la idea actual de nación. La preocupación del historiador guatemalteco por entender la Independencia como ese “largo y penoso proceso”, nos remite a entender

las tensas relaciones entre las conmemoraciones impulsadas por esa idea de patria pensada desde los criollos y el conocimiento científico de una Historia nacional, capaz de suscitar en sus conciudadanos una apropiación crítica del pasado que impulsara un cambio social en el país; haciendo de la “memoria nacional” una memoria incluyente, transformadora.

Esta apropiación crítica permite comprender, en sus palabras, que la Colonia y la Independencia, no se tratan de momentos pretéritos de nuestra Historia, sino que significaron la formación y consolidación de una estructura social pendiente de ser transformada. Comprender críticamente la emancipación política centroamericana fue para el profesor Martínez Peláez un proyecto historiográfico y un proyecto político, con el que buscó enseñar a todos los guatemaltecos que la realidad colonial es al final, nuestra realidad más honda.

Para nosotros, estas reflexiones terminan constituyéndose en una invitación a proseguir el itinerario de reflexión crítica sobre la Independencia, que la historiografía centroamericana inició desde 1970 y sigue vigente hasta hoy como proyecto historiográfico. Un proyecto que actualmente nos conduce a comprender, con mayor profundidad, las tradiciones políticas y culturales que refirieron la estructuración de Estados nacionales cuya modernidad parece todavía un proyecto inconcluso en la región. A partir de estas evidencias, sigo considerando que finalmente no deja de ser auspicioso para nuestra comunidad que los periodistas continúen pensando que los historiadores no creemos en la noción conmemorativa de la Independencia centroamericana, como sucedió cuatro décadas atrás.

NOTAS

¹ Comunicación para el Simposio: *La obra y el legado de Severo Martínez Peláez (1925-1998), historiador de Guatemala y Centroamérica*, presentada en el 54 Congreso Mundial de Americanistas. Universidad de Viena, 19 de julio de 2012. Agradezco al colega George Lovell su invitación para la presentación de este trabajo y para coordinar esta sesión académica con la que se honra la memoria del profesor Severo Martínez, quien participó como ponente en este evento 38 años antes en la ciudad de México (1974) con el trabajo: *La Historia económica de Guatemala: reseña*

de su desarrollo. Biblioteca Flavio Quesada Saldaña, Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR), Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC) [BFQS-USAC], Severo Martínez Peláez. *Currículo Universitario* (sin foliación).

² Sobre la obra de don Severo Martínez Peláez he publicado los estudios: “La historiografía guatemalteca hasta Severo Martínez Peláez: trazos iniciales para un debate”, en Boris Berenzon Gorn y Georgina Calderón (coords.), *Historia de la Historiografía de América, tomo II, América Central*, Francisco Enríquez Solano (coord. del tomo), México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH)/ Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2010:197-230; “La Patria del Criollo de Severo Martínez Peláez: reflexiones sobre su legado”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, año XXIV, vol. 3, núm. 133, julio-septiembre de 2010. México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC)-UNAM, 2010: 209-226.

³ *Diario El Gráfico*, 12 de septiembre de 1971.

⁴ Una revisión amplia y sugerente acerca del desarrollo de la historiografía centro-americana sobre la Independencia en: Coralia Gutiérrez Álvarez, “La historiografía contemporánea sobre la independencia en Centroamérica”, *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, Debates: 2009, en <http://nuevomundo.revues.org/index54642.html>

⁵ En realidad, entre 1971 y 1973, se celebraron tres reuniones académicas denominadas *Primer Congreso Centroamericano de Historia*, siendo éstas: el *Primer Congreso Centroamericano de Historia*, realizado en la ciudad de San José entre el 6 y 11 de septiembre de 1973, auspiciado por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica, la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica y la Universidad de Costa Rica; el *Primer Congreso Centroamericano de Historia y Geografía*, que tuvo lugar en ciudad de Guatemala del 17 al 21 de enero de 1972, auspiciado por la entonces Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala; y el *Primer Congreso Centroamericano de Historia Demográfica, Económica y Social*, celebrado en los locales de “La Catalina” (Santa Bárbara de Heredia, Costa Rica) entre el 19 y el 24 de febrero de 1973, auspiciado por el programa de Ciencias Sociales del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) y la Fundación Friedrich Ebert. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica 1821-1971, *Congreso Centroamericano de Historia. Ponencias, discursos y resoluciones. Edición provisional* (mimeografiado y sin foliación), San José, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 1971, 351 pp., *Anales de la Sociedad de*

Geografía e Historia de Guatemala (Año XLVII, tomo XLVII, núms. 1-4) Guatemala, 1974, Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), *América Central: Primer Congreso de Historia Demográfica, Económica y Social, Colección Materiales de Estudios 53* (mimeografiado y sin foliación), San José, CEDAL, 1973.

⁶ Fueron entrevistados el filósofo José Mata Gavidia, el sociólogo Carlos Guzmán Böckler y el historiador Severo Martínez Peláez, catedráticos de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

⁷ Op. cit., *Diario El Gráfico*...

⁸ A este respecto, indica la profesora Coralia Gutiérrez que, en los años setenta, el quehacer historiográfico en la región deja de referirse a una visión positivista y proclive al ideario liberal y empieza a centrarse en la interpretación de los hechos y en que los historiadores construyan su objeto y problema de estudio. Y aunque este “modo de concebir la labor histórica”, siguiendo al profesor Martínez Peláez, no llega a predominar dentro de la historiografía centroamericana de ese momento, su influjo en los años posteriores será decisivo, ya que la Independencia empieza a ser vista como un problema historiográfico. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. p. 11. Op. cit., Coralia Gutiérrez Álvarez, “La historiografía contemporánea...”, §16.

⁹ Op. cit., *Diario El Gráfico*...: 15.

¹⁰ En relación a esto, acota la colega Xiomara Avendaño: “La propuesta marxista destaca la participación política y social de las grandes mayorías, de las masas explotadas en el proceso de la Independencia en Guatemala y El Salvador. Pero el marxismo, cuyo origen es la realidad europea, no percibe en su totalidad a la sociedad centroamericana diversa, multiétnica”. Xiomara Avendaño Rojas, “La independencia de Guatemala y El Salvador: una nueva visión sobre los actores”, en Manuel Chust y José Antonio Serrano (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA)-Iberoamericana Vervuert, 2007: 254.

¹¹ Op. cit., *La Patria*...

¹² Alejandro Dagoberto Marroquín, *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña* (2ª ed.), San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos (DPI)-Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA), 2000.

- ¹³ Rodolfo Cerdas Cruz, *La Formación del Estado en Costa Rica (1821-1842)*, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1967.
- ¹⁴ Julio César Pinto Soria, *Centroamérica, De La Colonia al Estado Nacional 1800-1840*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1986.
- ¹⁵ Op. cit., Coralia Gutiérrez Álvarez, “La historiografía contemporánea...”
- ¹⁶ Chester Zelaya, *Nicaragua en la independencia*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971.
- ¹⁷ Jorge Luján Muñoz, *La independencia y la anexión de Centroamérica a México*, Guatemala, Editorial Serviprensa Centroamericana, 1982.
- ¹⁸ Héctor Humberto Samayoa Guevara, *Ensayos sobre la Independencia de Centroamérica*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1972.
- ¹⁹ Rafael Obregón Loría, *Costa Rica en la Independencia y La Federación*, San José, Editorial Costa Rica, 1979.
- ²⁰ Andrés Townsend Ezcurra, *Las provincias unidas de Centro América. Fundación de la República*, San José, EDUCA, 1973.
- ²¹ Ralph Lee Woodward Jr., *Central America. A Nation Divided*, New York, Oxford University Press, 1976.
- ²² Miles Wortman, *Gobierno y sociedad en Centroamérica 1680-1840*, Costa Rica, Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE)-EDUCA, 1991.
- ²³ Troy S. Floyd, “Los comerciantes guatemaltecos, el gobierno y los provincianos, 1750-1800”, en *Economía de Guatemala en los siglos XVII y XIX*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1974.
- ²⁴ Mario Rodríguez, *El experimento de Cádiz en Centroamérica, 1808-1826*, México, FCE, 1984.
- ²⁵ Jorge Mario García Laguardia, *Orígenes de la democracia constitucional en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1971.
- ²⁶ Timothy Anna, “La Independencia de México y América Central”, en Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, vol. 5, Barcelona, Editorial Crítica, 1991.
- ²⁷ José Antonio Fernández Molina, *Pintando el mundo de azul: el auge añilero y el mercado centroamericano, 1750-1810*, San Salvador, DPI-CONCULTURA, 2003.
- ²⁸ Adolfo Bonilla, *Ideas económicas en la Centroamérica ilustrada, 1793-1838*, San Salvador, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1991.
- ²⁹ Jordana Dym, *From Sovereign Villages to National States: City State and Federation in Central America, 1759-1839*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

³⁰ Sajid Herrera, “La herencia gaditana: bases tardío coloniales de las municipalidades salvadoreñas 1808-1823”, tesis de doctorado, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, 2005.

³¹ Op. cit., Xiomara Avendaño Rojas, “La independencia de Guatemala y El Salvador...”: 237-254.

³² Mario Vázquez Olivera, *El imperio mexicano y el reino de Guatemala: Proyecto político y campaña militar, 1821-1823*, México, FCE, 2009.

³³ François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones Hispánicas*, México, FCE, 2001.

³⁴ Héctor Pérez Brignoli, “Secesión, Independencia y revolución, 1808-1826. ¿Qué nos enseña el caso de Centroamérica”, en Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la independencia americana*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2005: 93-106.

³⁵ Op. cit., Coralia Gutiérrez Álvarez, “La historiografía contemporánea...” § 57.

³⁶ Jordana Dym, “La república de Guatemala: la emergencia de un país, 1808-1851”, en Ivana Frasset y Andréa Slemian (eds.), *De las independencias iberoamericanas a los estados nacionales (1810-1850). 200 años de historia*, Madrid, AHILA-Iberoamericana Vervuert, 2009: 217-241.

³⁷ Alcides Hernández, *La integración de Centroamérica: desde la Federación a nuestros días*, San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), 1994.

³⁸ Seudónimo con el que Severo Martínez era conocido dentro del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT).

³⁹ A este respecto expone: “El motivo por el cual se viene ocultando el esfuerzo y aún el martirologio de los mejores hombres de aquel entonces, radica en que la independencia, habiendo tenido tras sí un proceso revolucionario liberal, terminó siendo un evento reaccionario, conservador, controlado por una camarilla de criollos que le cerraron el paso a todo propósito transformador de las bases coloniales de nuestra sociedad”. Benedicto Paz, “El delito de afrancesamiento en las luchas por la independencia”, en *Economía. Homenaje a Severo Martínez Peláez* (núm. 146, octubre/diciembre 2000), Guatemala, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IIES)-USAC, 2000: 61. Este artículo fue publicado originalmente en: *Revista Nuestras Ideas. Revista Teórica del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT)*, Guatemala, mayo/junio de 1962. Agradezco al colega Carlos Figueroa Ibarra su

gentileza para facilitarme la información hemerográfica precisa sobre este artículo del profesor Martínez Peláez.

⁴⁰ Con esta reflexión se ponían en evidencia las limitaciones de lo que Martínez Peláez denominaba: “la vieja idea de patria criollista”, op. cit., *La patria...*: 14.

⁴¹ La interpretación de la Independencia fue una preocupación que estuvo presente en la labor intelectual del profesor Martínez entre 1961 y 1976, periodo en el que impartió numerosas conferencias sobre el tema y publicó, posteriormente a *La patria del criollo*, varios estudios en los que mostró su postura intelectual y política sobre la necesidad de que la Independencia fuera un punto de partida para proyectar un mejor porvenir sobre su país: Edelberto Cifuentes Medina, “José Severo Martínez Peláez: una vida hecha obra de arte” en Óscar Peláez Almengor (comp.), *La Patria del Criollo: tres décadas después*, Guatemala, CEUR-USAC, 2000: 104. Op. cit., Benedicto Paz, “El delito...”, Severo Martínez Peláez, “Centroamérica en los años de la Independencia, el país y los habitantes”, en *Economía*, núm. 30, diciembre de 1971, Guatemala, IIES-USAC: 31-65. Severo Martínez Peláez, “Simón Bergaño y Villegas, periodista y prócer”, en *Revista de la Asociación de Periodistas de Guatemala* (APG), núm. 34, Guatemala, 1971: 106-111.

⁴² Op. cit., *La patria...*: 321-347.

⁴³ Op. cit., Severo Martínez, “El delito...”. Sobre esto señala Michel Bertrand que, a pesar de que las élites guatemaltecas tuvieron una adhesión intelectual a la modernidad, ésta no tuvo necesariamente una transferencia social inmediata, perviviendo en ellos comportamientos propios de la sociedad del Antiguo Régimen. Michel Bertrand, “Las élites sociales de Guatemala en vísperas de la Independencia: estructuras y dinanismos internos”, en op. cit., *Visiones y revisiones...*: 59.

⁴⁴ Op. cit., Jordana Dym, “La república de Guatemala...”

⁴⁵ Op. cit., Xiomara Avendaño Rojas, “La independencia de Guatemala y El Salvador...”

⁴⁶ Op. cit., *La patria...*: 474.

⁴⁷ Op. cit., *Diario El Gráfico...*

● TEORÍA CRÍTICA: LA CONVULSIÓN
GRIEGA Y EL *NOSOTROS*





Con sus padres, Alfredo y Alicia.

ATENAS, UNA FLOR EN EL HIELO CRÓNICA DE UNA CIUDAD EN “ESTADO DE REBELIÓN”

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 113-138

Katerina Nasioka

Estudiante del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

katerinaenasioka@gmail.com

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación: 4 de diciembre de 2012

*Una flor blanca que floreció en el hielo
¿dónde podría encontrar su tallo y su rama?*

“Flor de hielo” de Cho Chong Kwon

RESUMEN

Este trabajo presenta un análisis general sobre las luchas recientes en Grecia (2008-2011), destacando especialmente las rupturas con las espacialidad y temporalidad urbanas del capital y el surgimiento, como parte de la lucha de clases, de formas de sociabilidad alternativas expresadas en temporalidades y espacialidades que rompen con la lógica de la acumulación.

Palabras clave: crisis, austeridad, Estado, espacio urbano, revuelta, ruptura, asambleas populares, des-fetichización.

ABSTRACT

This work presents a general analysis of recent struggles in Greece (2008-2011), particularly highlighting ruptures with the urban spatialities and temporalities of the capital city and the emergence, as part of class struggle, of forms of alternative socialization which are expressed in temporalities and spatialities that break with the logic of accumulation.

Key words: crisis, austerity, state, urban space, revolt, rupture, popular assemblies, defetishization.

I

En el capitalismo, evidentemente, no somos nada. Y no sólo porque vivimos en un sistema de relaciones y prácticas que, cuando no nos mata, nos convierte en una sombra humana; sino también, como dice Walter Benjamin en su sexta *tesis sobre el concepto de la historia*: “ese enemigo no ha cesado de triunfar” (Löwy, 2002: 75). Sin embargo, es igualmente evidente que este nada que somos puede florecer contra toda probabilidad, como una flor en el hielo. La posibilidad de su existencia, como la posibilidad de que llegue la primavera de la revolución, es tan dudosa, frágil y continuamente imprevista como el aliento vital. La revuelta juvenil de 2008 en Grecia fue una gran bocanada de aire fresco y el punto de partida para comprender la forma asumida por la crisis actual del capital. Anticipó la profundización del antagonismo social e insertó la posibilidad de la rebelión, cuya muerte había sido hace tiempo anunciada. Esta posibilidad definió, y sigue definiendo de muchas maneras, la crisis en Grecia; no como crisis económica que puede resolverse a través de “recetas” financieras de medidas de austeridad; tampoco como una crisis civil, sino como una crisis que anuncia precisamente la decisión de lucha (Lynteris, 2011), del momento de la verdad, de la forma del NO, del ¡ya basta! Es decir, un camino a través del cual el corazón sale al mundo, un modo en el que se puede escuchar hasta la más lejana palabra, así como los zapatistas definen el símbolo de los caracoles.

Como toda formación social, Grecia es un caso histórico particular en cuanto a la articulación de la relación capitalista y las luchas sociales vinculadas a ella. Dos puntos históricos fundamentales para comprender las luchas sociales en Grecia son: la guerra civil (de clases) de 1944-1949 y la dictadura de los coroneles y la rebelión de la Universidad Politécnica de 1973. El final de la guerra civil, con una izquierda derrotada, fue seguida por un largo periodo de falsa reconciliación social que trasladó lo *clasista* hacia lo *nacional* y, en esencia, acalló la lucha de clases vistiéndola con

el manto del movimiento “de liberación nacional” y de resistencia contra la ocupación alemana. Este proceso social dejó una herida en el pecho de la izquierda –perseguida y torturada por el sistema–; ésta permanece abierta hasta hoy y pone en evidencia su punto débil: la oscilación entre encerrarse en el contexto institucional de la afirmación de la hegemonía del capital y representar la fuerza más radical de los de abajo. El fin de la dictadura militar, acaecido en 1973 tras la rebelión de estudiantes, trabajadores, desempleados y asociaciones de jóvenes, marcó el inicio del periodo conocido como *metapolítefsi* (posdictadura); es decir, la fase de la historia moderna de Grecia centrada en establecer la “democracia burguesa” y los partidos burgueses de masa (PASOK, NEA, DIMOKRATIA), la legitimación del Estado burgués y la amplia participación del pueblo en él. La última fase de este periodo histórico se identifica también con el avance arrasador del neoliberalismo, cuyo punto supremo está en la participación masiva de los griegos en el “imaginario del mercado” a través de la unificación económica con la Unión Europea. La revuelta de diciembre del 2008 marca el fin del periodo de la *metapolítefsi*, el inicio de la deslegitimación del Estado burgués y la entrada al “tiempo de los disturbios” (Blaumachen, 2011).

El punto de partida en el análisis teórico de la experiencia de los sublevados en el mundo (en específico, la crisis tal y como se manifiesta en recientes años en Grecia) debe ser su existencia en sí. El cómo insisten en emerger por doquier y producir teoría. Una teoría que, en ocasiones, es mucho más crítica y autocrítica que cualquier análisis académico. Una teoría que evidencia, de la mejor manera posible, las contradicciones de las conceptualizaciones burguesas; pero también nos trae al frente la falta de imaginación de los “marxismos”. Desde el punto de vista burgués y el discurso neoliberal, la crisis aparece bajo muchas falsas expresiones. Por un lado, se interpreta como un mal funcionamiento de las mediaciones del sistema político. De manera particular, como fallo del proyecto de unificación europea, que se refleja en la incapacidad de articular políticamente las economías más débiles de la periferia en el territorio capitalista europeo y en el sometimiento a la autoridad económica de los países-capitalistas centrales. Por otro lado, se interpreta a nivel

ético-personal, como centro de “sociabilidad” fragmentada en mónadas vinculadas entre sí de manera laxa y extensa (individuos-productores); o en una conformación más amplia y abstracta de esta forma: la Nación. Los griegos aparecen como el eslabón débil de Europa, como una nación floja, retrógrada, ilícita, que durante años ha recibido dinero prestado sin trabajar lo suficiente. Ahora es llamado a pagar por sus errores o por los errores de sus políticos corruptos. Al respecto, es suficiente ver las largas y repetidas publicaciones en prensa alemana sobre la deuda griega, con títulos muy indicativos: “¿Por qué nosotros pagamos las compensaciones lujosas de los griegos?”

Según la teoría neoliberal, la crisis se puede “resolver” con medidas económicas onerosas y sacrificios por parte de los ciudadanos para salvar al país, a los bancos y al sistema económico prevaleciente, con la aceptación de los memoranda que dictan la privatización de todo lo que pertenece a la esfera de lo común y, por supuesto, con la continuación de los préstamos, las deudas y la dependencia. Sin embargo, esta medida aumenta las “clases peligrosas” mayoritariamente y desestabiliza más al sistema, porque el capital no sólo debe asegurar las presuposiciones para su reproducción perpetua, sino también establece la legitimación de relaciones capitalistas. En casos donde estas “soluciones de emergencia” económicas no den resultados, es decir, donde las personas comunes no consiguen comprender cómo este método de feroz degradación a sus condiciones de vida les puede resultar en un “bien común”; así, no aceptan someterse a la depreciación absoluta de sus vidas dictada por el capital; la solución definitiva es la brutal violencia. Se generan nuevos conflictos y la lucha de clases se profundiza. Es imposible para el capital utilizar la violencia de la ley como factor de coherencia social por mucho tiempo, porque su falta de ganancia depende de un mínimo consensual. Por tanto, desde el punto de vista neoliberal, la crisis se interpreta como un error del sistema que debe ser corregido, como un “accidente” que no debería existir. La resistencia y lucha de los de abajo se aborda como un fenómeno social patógeno, como una enfermedad que debe ser curada mediante intervenciones radicales desde arriba. La corrección de estos desafortunados errores en el contexto, supuestamente, “igualitario” de una desigualdad inherente, es la base del

modelo capitalista de interrelación social (explotación y sumisión de una clase en relación con otra clase social) a través de la forma de relación del Estado con los ciudadanos-individuos supuestamente libres; esto no muestra más que la intensificación de las contradicciones irresueltas en la relación capitalista y en los límites de explotación de su poder material (relación laboral, medio ambiente). Este proceso específico de dominación económica, política e ideológica que se reproduce y expande cada día, constituye básicamente la renovación continua del proceso de fetichización de las relaciones sociales tendientes a la absoluta sumisión al dinero, a la heteronimia y al individualismo. La extensión e intensidad de esta sumisión constituyen a la vez su punto de crisis.

Por otro lado, la creciente tensión social dada tras la ruptura del consenso por la crisis global en los años setenta es interpretada de manera angustiante por la mayoría izquierdista institucional –que jugó un papel orgánico en la construcción del consenso–, como una derrota de la clase obrera en el campo de la lucha de clases. En el discurso mezclado y difuso de la izquierda en Grecia se encuentra una línea patriota que insiste ahora en manifestaciones furiosas sobre “la nueva ocupación alemana”, junto con llamados a regresar al Estado de bienestar y a la toma del poder para establecer una etapa transitoria del fortalecimiento del “trabajo” en contra del “capital” en los márgenes de la Unión Europea. De esta manera, las inherentes contradicciones del movimiento objetivo del capital, es decir, la relación de explotación-dominio, son interiorizadas por la clase obrera no como resultado del antagonismo social centrado en la lucha de clases, sino como contradicciones específicas de su propia existencia en cuanto ésta es percibida como parte de la reproducción del capital. Esto se debe a la degradación radical de las condiciones materiales para la reproducción de la clase obrera, que resulta en la interpretación gradual del enfrentamiento social y la alteración del orden establecido como una “demanda” hacia el Estado por recuperar los derechos perdidos o para reincorporarse en la misma lógica sistémica, más no para romper con ella. La aparición de esta forma de marginación extrema, como resultado de la “terapia del choque” practicada en Grecia, ha causado en los últimos años: una reducción salarial de 40% en los últimos dos años; un recorte

radical en todas las prestaciones sociales institucionalizadas en los ámbitos de la salud, educación y seguro social; anulación de todos los acuerdos laborales colectivos (salario mínimo, etc.); privatización de todo lo común y “cercamientos” continuos con la distribución de zonas de explotación a empresas multinacionales; la imposición de impuestos gravosos directos con medidas anticonstitucionales (vinculados a organismos de interés público, como la compañía de electricidad); la precarización del trabajo y el aumento espectacular del desempleo; la creación de una nueva “sub-clase”¹ que es excluida de los llamados “bienes sociales», la pobreza energética; la emergencia de un discurso nacionalista antineoliberal que resulta en el fortalecimiento de grupos fascistas y sus prácticas contra los inmigrantes; la institucionalización de estrictas leyes que penalizan toda suerte de desobediencia social; y la producción de un nuevo “diccionario político del mercado” que deslegitima, por completo, la forma de democracia burguesa asimilada hasta hoy y define cada forma de lucha social como un comportamiento antisocial.

Sin embargo, la generalización de esta realidad nefasta hace visible la incapacidad equivalente por parte de la forma de reproducirse del Estado –por lo menos de la manera anterior– como forma fantástica (o fetichizada) que, aunque forma parte de la relación de explotación y dominio, aparece como una mediación impersonal entre lo social y lo económico con el objetivo de una gestión igualitaria de la desigualdad (Holloway, 1985). El capitalismo queda al desnudo y se ve forzado a abandonar las mediaciones (el Estado como portador de derechos y libertades civiles) sobre las cuales se ha basado siempre para justificar tanto su existencia, como el uso de la violencia a favor de la “cohesión social”. Por consiguiente, parecen agotadas las dos tendencias de la izquierda que insisten en basar su poder en la toma del Estado, sea para regresar a un nuevo Estado de bienestar potente (traslizando la gestión de la desigualdad económica a nuevas manos políticas), o como una estrategia que abre el camino hacia una sociedad libre de clases. El desmoronamiento de la credibilidad de las mediaciones institucionales y el cambio de la forma de relaciones que constituyen el Estado en su conjunto, es decir, la ruptura generalizada con el modo antiguo de hacer política, que se expresa a través de la

experiencia de lucha (puesto que la crisis permea cada expresión de la práctica social y no sólo una parte), hacen cada vez más nebuloso el campo de transformación de esta forma social (el Estado) en un instrumento de emancipación. Además, este camino de política implica, inevitablemente, un cierre nacionalista que fortalece la economía y el mercado del país dentro de sus fronteras estatales, lo cual no sólo implica un discurso conservador, al mismo tiempo es siempre una medida contradictoria que se crea en las crisis capitalistas para que se resuelvan y aseguren así la supervivencia del capital. Esto no significa que la forma del Estado puede ser definida como una abstracción total, ni que se puede anular su vínculo histórico específico con formas de lucha revolucionaria; sin embargo, la dialéctica del antagonismo revela hoy un proceso de superación que no constituye un momento desafortunado, sino la esencia de la propia relación.

Desde un punto de vista crítico, que las propias luchas nos permiten obtener, lo que nos interesa, sobre todo en vinculación con una interpretación de la crisis de la relación capitalista, es precisamente el porqué esta última no consigue reproducirse con la misma forma en este momento histórico específico. Esta pregunta nos lleva a la condición histórica particular que conforma la cualidad y las características del antagonismo social. En su núcleo se encuentra la lucha de clases, no como una categoría abstracta y ahistórica; sino como una categoría permeada por las contradicciones del capital, por un lado, y por las formas de lucha, por el otro, en una versión espacio-temporal específica. Desde este punto de vista la crisis se interpreta de otra manera. En el caso de Grecia, la falta precisamente de disciplina y obediencia producida históricamente por la lucha de clases (que el propio movimiento caótico del capital ha causado) han prohibido la alta productividad o, en otras palabras, han creado la baja concentración de capital. Esta crisis de explotación en Grecia se demuestra en varios intentos del Estado para precarizar, cada vez más, las relaciones sociales (desempleo generalizado) junto con la extensión del crédito al consumo (recesión y pobreza que afecta ya a casi la mayoría de los griegos). Su forma desnuda apareció en 2008 mediante las medidas de austeridad impuestas por el Banco Central Europeo. El inicio de esta “terapia del choque”, como hemos comentado anteriormente,

junto con los sueños frustrados de años y la imposibilidad de integración en el “imaginario del mercado neoliberal” que la crisis mundial demarcó, resultó en el estallido social de una minoría proletaria que conmocionó a la sociedad griega durante diciembre de 2008.

La distancia y el rechazo mutuo entre dos mundos, arriba-abajo, del movimiento antagónico que se despliega en Grecia durante los últimos dos años, son cada vez más claros, además de visibilizar las contradicciones acumuladas en cada uno de los campos. En primer lugar, el movimiento de los de arriba, el del Estado burgués, aparece violento en Grecia, depredador y, al mismo tiempo, completamente deslegitimado, caótico y en plena desintegración. El anuncio hecho por el entonces gobierno de Papandreu (octubre de 2011) del supuesto referéndum (sobre la aceptación o no de la política de la Troika) que nunca se realizó, además el voto de confianza en el gobierno (5 de noviembre de 2011) con la demarcación, por sus propios miembros, de que inmediatamente después ¡renunciara el Primer Ministro!, son algunos de los instantes comiquísimos de esta descomposición. Por otro lado, la imposición de un gobierno del mercado con el nombramiento del primer ministro (Papadimos) sin elecciones, es decir, la imposición de una dictadura bancaria que sigue produciendo resultados institucionales en detrimento de los de abajo durante todo este tiempo,² y declaraciones sobre la decisión de colocar un delegado en la Unión Europea con derecho de veto en todas las decisiones relacionadas con la política financiera del país, son algunas de las nuevas estrategias violentas del capital, donde el Estado desempeña el papel final de legitimador violento.

Entre estos dos movimientos, desde arriba y desde abajo, se hace cada vez más obvio que existe ya sólo un punto común: una repulsión y un choque mutuos. Un choque múltiple, con muchos puntos de partida y muchas direcciones, con formas e intensidades diferentes, pero con horizontes comunes de emancipación. En este horizonte común de emancipación se dibuja el rechazo generalizado a la representación política de la lucha a nivel de instituciones estatales, partidos y sindicatos, la cual a veces opera de manera impertinente y dificulta cierta unidad en la lucha. Sin embargo, en esencia, devela qué tan parecida a la lógica capitalista puede ser una forma homogénea de lucha y de organización de ésta, trayendo consigo,

a superficie, las contradicciones internas de los que participan en esta lucha. Es decir, hace visible la línea que divide las formas de lucha basadas en lógicas capitalistas (Estado, jerarquía, planificación desde arriba) de las que, por ahora, las niegan. La propia categoría de “movimiento social”, cuando llega a asumir la forma cristalizada de una eficacia con características definibles y cuantificables, de actores y estrategias que miran hacia un fin y hacia el pragmatismo que éste conlleva, se encuentra en el campo de la autocrítica de una nueva subjetividad en lucha. Una muestra de ello son las tensiones y los choques violentos que se dieron en las movilizaciones recientes contra los memoranda entre miembros del Partido Comunista de Grecia (KKE) y manifestantes del ámbito anarquista. En una de las mayores manifestaciones dadas en el centro de Atenas desde el final de la dictadura militar en 1974, el 25 de octubre de 2011, se vivió el esfuerzo por definir la huella política de los que cercarían el Parlamento, es decir, de aquellos que lideran la lucha: una expresión de ruptura afrontada entre una lógica de vanguardia, de representación política y de sumisión a relaciones jerarquizadas, y su negación.

Dos instantes de la insubordinación desplegada por los de abajo en Grecia constituyen la revuelta de diciembre de 2008 y el movimiento de las asambleas populares de las plazas el verano de 2011. Dentro de este contexto –precarización creciente, proletarianización de cada vez mayor parte de la población, deslegitimación de la demanda; en el sentido que la solución a través de la negociación aparece cada vez más difícil– se encuentran las formas divergentes³ de lucha social desarrolladas durante los últimos años en Grecia; constituyen grietas en la forma de “ciudad capitalista” de la metrópolis de Atenas y, por un lado, marcan desplazamientos en la lucha social y la teoría revolucionaria, mientras inscriben transformaciones del espacio urbano sitiado por el capital y la ley del valor, por el otro. Dichas transformaciones posiblemente destacan procesos transitorios del “umbral” de la *nuda vida* (Agamben, 2005) en el cual nos encontramos hacia nuevas subjetividades y construcciones de comunidades proletarias que diseñan la nueva geografía de la ciudad.

II

La rebelión de diciembre del 2008 marcó para Grecia el inicio de una nueva experiencia de lucha en las espacialidades que conforman la construcción del capital y normalizan la sociabilidad abstracta que la relación capitalista presupone, como es el espacio metropolitano de Atenas; fue la expresión de la negación cualitativamente total, aun por una minoría de este mundo, una grieta crítica en el biotopo capitalista, superficialmente variado, lleno de espacialidades múltiples de lo imaginario, pero también liso y homogéneo en su profundidad. Como lo he comentado anteriormente, desde 2008 la crisis del capital en Grecia ha comenzado a profundizarse muy peligrosamente. Aunque allí la crisis es básicamente endémica, debido a que el desarrollo del capital, después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido siempre caótico –capitalismo depredador mediante un Estado clientelista–, desde el año 2008 se presenta como crisis de reproducción y falta total de la posibilidad de un futuro digno. “El salario y la reproducción de la fuerza de trabajo tienden a ser inaceptables por el capital” (*Théorie Communiste*, 2009b). La crisis toca prioritariamente a los nuevos entrantes a la producción y “la generación de los 700 euros” se constituye con base en el odio y el rechazo hacia una sociedad que la niega. El asesinato de uno de estos jóvenes, Alexis Grigoropoulos, a sangre fría por un policía en servicio, el 6 de diciembre de 2008, fue el punto de partida del acontecimiento. Por lo tanto, la juventud precarizada se encontró en el centro de los enfrentamientos. Los alumnos y jóvenes sin futuro inundaron las calles y se juntaron con la gente indignada. Atenas en los meses próximos experimentaría uno de los mayores disturbios sociales en su historia de *metapolítefsi: remember, remember the 6th of december*.

¿Quiénes son los que luchan? La reformulación de un sentimiento común en relación con el sujeto social no provino de una identificación *a priori* basada en la demanda o el interés, sino durante la lucha de nuevas formas antiinstitucionales que subrayaron la importancia de la autoorganización y la autonomía como antípodas de la protesta institucional tradicional. Esta experiencia, de encuentro abierto en las calles, no buscó ni reconoció, en ningún momento, líderes o protagónicos.

No defendió en su conjunto a estructuras organizativas, radicales o no, que estuvieran coordinadas con base en un partido político o algún sindicato, es decir, las formas tradicionales de lucha de la clase laboral, formando así un nuevo vocabulario más allá de nociones abstractas y vagas ideologías. No hubo una “línea política” trazada por algún grupo organizado, aunque muchas colectividades y formaciones políticas (partidos más pequeños de la izquierda institucional y extrema) participaron en intensas movilizaciones y concentraciones a diario. La revuelta se dio a través de los “grupos de amigos” y los sujetos imprevisibles que actuaban de manera sorpresiva en sus barrios y en el centro de la ciudad. El protagonista era el “factor X”, es decir, la oleada de gente que llenaba torrencialmente las calles: las constelaciones curiosas de ancianos y jóvenes que atacaban los bancos y los grandes almacenes; los grupos perseguidos por la policía que prendían fuego al árbol navideño de la céntrica plaza Sintagma, escribiendo en las paredes: “Estamos en revuelta, la Navidad se suspende”. Los grafiteros y artistas llenaron la ciudad y calles con formas humanas sin rostro y con palabras de rabia. Los estudiantes de las escuelas atacaban las comisarías de cada barrio, volcando coches de patrulla. Los familiares y profesores, junto con los jóvenes, chocaban todos los días con la policía. Los vecinos ocupaban estacionamientos para convertirlos en parques y a los parques para que no se convirtieran en estacionamientos. Nacieron las asambleas en medio de la calle y en todos los barrios, y siguen existiendo hasta hoy. El desbordamiento y presencia de la energía humana tomaron la ciudad.

Asimismo, con la falta de líderes aparece la falta de demandas, la cual sembró precisamente el pánico al poder y “no los vidrios rotos y las bombas molotov” (Davis, 2008). Debido a la ausencia de demandas y a los intentos de mediación en esta lucha acabaron en un punto muerto, mientras la actividad revoltosa señalaba contradicciones y límites en el seno del propio campo de las fuerzas sociales de choque. El Partido Comunista de Grecia (KKE) –que acostumbra defender la lucha de clases hasta el punto del choque institucional de la clase obrera, liderada por él mismo– condenó desde el principio, rotundamente, la rebelión como una expresión marginal de una minoría “antisocial”. De acuerdo con las declaraciones oficiales de sus miembros, los insurgentes eran unos

pocos “encapuchados”, “proxenetas” o “narcotraficantes”, es decir, eran “criminales comunes”. Es más, se publicó en *Rizospastis*, el periódico oficial del partido, un relato titulado “La llamada telefónica errónea de un asesino”, con el cual se “exculpaba” a los asesinos uniformados de Alexis por ser “hijos de la sirvienta proveniente del pueblo”, que dispararon contra los “gamberros” de la clase burguesa y se llegaba hasta el punto de criticar al Estado por su incapacidad de reprimir. Sin embargo, no fue sólo la postura claramente reaccionaria del KKE, que tomó indudablemente el lado de la contrainsurgencia.⁴ También los sindicatos se retiraron de la escena, las figuras protagonistas fueron desactivadas, muchos intelectuales guardaron silencio puesto que no había un campo de “reconciliación social” y el arte institucional que ubica su existencia dentro del contexto del mercado capitalista se vio simplemente incapaz de reproducir su papel de portador-productor de un discurso alternativo. A través de su práctica y discurso, diciembre trajo a la superficie un nuevo vocabulario antipolítico que se combinó con el “¡ya basta!”, con la negación de un mundo que no nos incluye, simplemente porque no es posible vivir en este mundo. Y, en este contexto, transformó la categoría de “lucha de clases” de una noción afirmativa a un concepto crítico (Bonefeld, 2004: 61).

A su vez, la lucha fue digerida con una lógica de contra-productividad, antiprogramación y antiprogreso, mientras subrayaba, por un lado, la destrucción de elementos del capital y, por otro, el “gastar”, las fiestas, el don, el compartir, la risa subversiva y la liberación de la creatividad en las antípodas de la ética del trabajo capitalista. Los bloqueos, las barricadas, la expropiación y destrucción de elementos del capital, la ocupación de espacios en el centro y los barrios de la ciudad dificultaron literalmente la circulación del capital, provocaron la pérdida de inversiones significativas y una tendencia decreciente de la cuota de ganancia.⁵ Sin embargo, dichas formas de lucha permanecieron al nivel de la reproducción. Esta fue también una de las críticas sobre los límites de la revuelta. Es verdad que la cotidianidad laboral de la mayoría de la gente no fue afectada. Sin embargo, la relación capitalista (es decir, la relación históricamente específica entre capital-trabajo) se reproduce como totalidad, aun en formas separadas, y el ataque debe ser dirigido contra todas estas formas (cada una de las cuales

se produce como totalidad). En fin, la crítica no puede quedarse en un nivel cuantitativo, en cuanto que el capital tienda a controlar directamente la totalidad de la vida del proletariado (subsunción real); en la medida que todo se mide con base en el tiempo laboral, el humano se convierte en una máquina o pieza de repuesto; el espacio obtiene los rasgos de una ciudad anónima donde predomina la mercancía, el espectáculo, el entretenimiento planificado de antemano, la sociabilidad preanunciada y la soledad. En tal sentido, las concentraciones en los parques y en las calles, los juegos en grupo en los espacios públicos, las fiestas populares que se organizaron en las plazas de barrios de inmigrantes, las intervenciones en obras de teatro y en las heterotopias de consumo –como los centros comerciales– o en zonas de entretenimiento alienado, en conferencias de museos, los *performances* en la calle durante las protestas, las ocupaciones de emisoras de televisión y radio, las marchas nocturnas festivas de un circo vagabundo que pasaba protestando por los lugares ocupados, la sublevación generalizada de la creatividad, no cuestionaron sólo el *ethos* laboral capitalista. También cuestionaron el fundamento propio de la abstracción de esta realidad que constituye la relación social dada; es decir, la sociedad (capitalista) en la medida en que ésta define completamente al individuo como productor de valor de cambio y constituye la negación de su existencia física (Marx, 1990: 180). De hecho, la lucha no se vinculaba con el restablecimiento o la reconstitución de un mundo capitalista mejor, con más trabajos, más horas laborales, un mayor grado de producción, circulación y consumo de mercancías. Al contrario, las prácticas de diciembre se parecían a las fiestas populares de las comunidades indígenas latinoamericanas, pues subrayaban una transformación de la propia actividad basada en formas distintas, dejar de hacer el capitalismo (Holloway, 2011: 320) o en formas que se alejan de lo que Marx (2009: 214-215) menciona como la verdadera definición del trabajador productivo: “[...] un hombre que no necesita ni exige nada más que lo estrictamente necesario para estar en condiciones de producir a su capitalista el mayor beneficio posible”.

Además, la rebelión destacó, a través de su práctica, la noción de la ubicuidad; mientras los rebeldes trataron de ocupar y “liberar” el mayor espacio público posible. La ubicuidad junto con la dispersión fueron las dos

tácticas espaciales principales que desestabilizaron al sistema de control, sobre todo porque generaron múltiples focos de resistencia, cuya represión simultánea parecía casi imposible. El despliegue de la lucha fue acompañado de una determinada intensificación espacial, la cual permitió su extensión a toda la ciudad y alrededores; mientras muchas de las formas colectivas que se generaron en este momento (asambleas barriales y *okupas*) son activas hasta hoy. Esta intensificación empezó por las calles principalmente del centro urbano, se extendió a los barrios en torno a actividades espontáneas y a ocupaciones de espacios públicos en toda la ciudad adquiriendo, en su última etapa, un significado simbólico. La dispersión de la revuelta y la ordenación del territorio a través de actividades tópicas descentralizadas señalan la lógica antiprogramática, opuesta a las viejas estrategias de resistencia, y una tendencia significativa para romper con la segregación espacial de diferentes zonas de actividad determinada (trabajo, privacidad, consumo, entretenimiento, educación, arte, etc.). Todas estas acciones numerosas y dispersas constituyeron una cartografía distinta que trajo a la luz formas de ruptura de los cercamientos sociales (des-fetichización del espacio), subrayando las apropiaciones colectivas de las espacialidades urbanas (simbólicas y materiales), la reconceptualización de los espacios de referencia de los sujetos y la creación de un imaginario espacial común. El espacio definido como “común” (a las antípodas de la dicotomía privado/público-estatal), cambió las mediaciones y las representaciones espaciales, al alterar los flujos espaciales de la ciudad a través del derrumbamiento del comportamiento espacial interiorizado. A la vez transformó el uso institucional de espacios como escuelas, universidades, ministerios, edificios públicos, espacios arqueológicos,⁶ pasando de ser zonas excluidas de sacralidad a constituir refugios aglomerados, medios de contra-información y lugares de intervención. La ciudad, en su conjunto, adquirió un nuevo significado. Para un gran número de personas fue la ruptura del retiro de la esfera social, sobre la que se fundamentan las ciudades y las sociedades modernas tardías; un retiro que borra continuamente las huellas de la experiencia humana viva de la superficie espacial de lo social (puertas cerradas, abandono de los espacios públicos, paisajes

urbanos inhospitalarios, atrincheramiento en casas privadas-fortalezas o en barrios-esterilizados).

En fin, la revuelta demarcó una nueva experiencia de lucha en Grecia trazando un horizonte social más amplio contra las formas del poder y del capital. No era sólo juvenil ni sólo contra la violencia estatal y la injusticia social por el asesinato de Alexis. Fue más bien “la rebelión de una minoría del proletariado que vive en este rincón del mundo” (Blaumachen, 2008: 5), que se encuentra en condiciones de marginación, pobreza y explotación, sin futuro. Esta minoría vino como “imagen del futuro” para destruir y participar en los procesos sociales de producción de una relación diferente, la cual se negaba a la dominación del dinero, la ley del valor y la fantasmagoría de la mercancía.

¡No se limite a vengar la muerte de Alexis, sino las miles de horas que nos roban en el trabajo, las miles de veces que hemos sentido la humillación en la oficina del director, los miles de momentos que hemos ahogado nuestro enojo frente a un “exigente”, PENDEJO cliente! Para nuestros sueños que se han convertido en publicidades comerciales, nuestras ideas que han sido líneas gubernamentales y votos, la vida que se desgasta constantemente, nosotros mismos que nos volvemos poco a poco sombras de una cotidianidad repetitiva.⁷

III

Este espacio reclamado y transgresor constituye la corriente subterránea en la cual coinciden, después de 2008, los flujos de la resistencia que se desarrollan en Grecia y que estallan en diferentes momentos dinámicos, dando una respuesta a los que, como siempre, se dieron prisa en abandonar la experiencia del “¡ya basta!” en manos del “nada cambió”. La normalización de la vida social produjo en la Grecia actual más grietas de lo que uno se imaginaría, grietas que, en la conciencia y la percepción de las personas, rompen uno tras otro los vínculos que mantenían a dos mundos encadenados entre sí. El mundo de los de arriba con el de los de abajo. Sin embargo, así como estas grietas no se articulan de manera positivista y acumulativa, la creciente distancia con “el arriba” no significa que nos

quedaremos solos, ni mucho menos, como varios, quizá, interpretan el rechazo al Estado, a las instituciones políticas y a las antiguas estructuras organizativas. Al contrario, constituye el umbral por el cual se aproximan y se conectan los otros mundos de los de abajo (Zibechi, 2011), despeja el horizonte donde amanecen las constelaciones de la lucha social contra la continua embestida del capital a nivel global. En los dos años que siguen después de la revuelta de diciembre, la intensificación de la lucha de clases en Grecia se acompaña con la imposición de un régimen de contrainsurrección, de “choque y miedo” por parte del Estado para extender la explotación y el control de las fuerzas sociales y aumentar el miedo, la apatía y la violencia física e ideológica. Atenas se convirtió en una ciudad fortificada con la presencia policial constante y el control del espacio metropolitano agobiante. Una “guerra de todos contra todos”.

Pero las formas de dominación del capital nunca son definitivas. Es evidente, durante este tiempo, el fortalecimiento de los espacios ocupados y “liberados” que funcionan con procesos assembleístas, los rechazos radicales a los mega-proyectos y la violencia estatal, como fue el caso de la lucha de la comunidad de Keratea, el Atenco de Grecia; las prácticas de auto-reducción, como la negación a pagar la tarifa en casetas de cobro y en los medios de transporte, con el movimiento “no pagaré”; las cocinas colectivas en los barrios; las huelgas obreras, las manifestaciones y los bloqueos de calles; las ocupaciones de edificios públicos; los abucheos públicos a políticos y líderes sindicalistas. Esta nueva esfera pública de los de abajo (TPTG, 2011), sin embargo, no cedida por alguna autoridad bajo condiciones que afirman la legalidad del poder, se volvió más visible durante el verano de 2011 a través de procesos de creación de comunidades urbanas en las plazas ocupadas y en las asambleas populares. Con modos y tradiciones completamente diferentes, se construyeron todos los días vínculos, memorias y prácticas de un comunitarismo, un “nosotros” diferente y polimórfico, “que no se dirige a la construcción de identidades colectivas o de un cuerpo social uniforme, sino a nuevas formas de coordinación e interacción, basadas en prácticas colectivas que generan comunidades abiertas y comuneros” (Stavrides, 2012). El vínculo principal entre las diferentes prácticas de

estas comunidades de la crisis, fue precisamente romper con el miedo que se produce a través de años de dependencia y debilitación de nuestra imaginación para pensar en las posibles alternativas. En cómo podemos hacer las cosas por nosotros mismos, a nuestro modo. Diciembre señaló un tiempo donde se definió, de manera más clara, contra qué luchamos; el movimiento de las asambleas populares en las plazas abrió un horizonte de creación de formas alternativas.

Mucho antes, en las huelgas de los días 10 de febrero, 11 de marzo y 5 de mayo de 2010, con participación masiva de inmigrantes y de trabajadores del sector privado y público, se observan confrontaciones feroces en las calles, ataques a los ministerios y servicios económicos del Estado, bloqueos a las calles principales de la ciudad; mientras las pancartas de los manifestantes escribían: “Cualquiera que sea la pregunta, la respuesta es el humano”, “¡Fuera FMI!”, “¡Qué se queme el *bordello* Parlamento!” La influencia de las tácticas de lucha que la gente había experimentado ya, durante la rebelión de 2008, se hicieron presentes. Precisamente, la huelga del 5 de mayo, la víspera de la votación en el Parlamento de las medidas de austeridad, fue una expresión abierta de odio contra el Estado y la violencia de la policía y una prefiguración clara de lo que iba a pasar un año después, cuando la ciudad se declaró claramente en “estado de rebelión”.⁸ El año de 2011, en Grecia, estuvo caracterizado por una serie continua de movilizaciones, por la emergencia de muchos sindicatos de base, por huelgas en todos los sectores; medidas que en ocasiones se movían en los límites y bajo el control del sindicalismo oficial y otras veces se desbordaban a través de la imaginación y la colaboración de la gente, indicando nuevas prácticas, nudos y memorias colectivas que sobre todo constituyeron un espacio y sentido común de lucha, abierto y transitorio. Igual de abierto era el espacio reivindicado en las plazas ocupadas en todo el país, convertidas en el teatro de las asambleas populares durante los meses del verano de 2011. El primer comunicado de la asamblea popular de la plaza Sintagma en Atenas, el 28 de mayo de 2011, decía:

Durante mucho tiempo se vienen tomando decisiones para nosotros sin nosotros. Somos trabajadores, desempleados, pensionados, jóvenes y hemos venido

a Sintagma a luchar por nuestras vidas y nuestro futuro. Estamos aquí porque somos conscientes de que las soluciones a nuestros problemas pueden provenir sólo de nosotros mismos. [...] Allí, en las plazas, juntos articularemos todas nuestras demandas y reivindicaciones. No nos iremos de las plazas hasta que se vayan todos los que nos trajeron hasta aquí: los Gobiernos, la Troika, los Bancos, los Memoranda, y todos los que nos explotan. A ellos decimos que esta deuda no es nuestra. ¡Democracia directa ahora! Igualdad-Justicia-Dignidad.⁹

El 25 de mayo del 2011, en un gesto espontáneo de insubordinación, indignación y descontento popular, sin organización central o planificada, miles de personas (aproximadamente 500 000) bajaron a las calles del centro de Atenas y tomaron la plaza central y el espacio delante del Parlamento con el lema “¡Ya nos despertamos y llegó el momento de que se vayan!” Permanecieron allí gritando, cantando y apuntando miles de luces láser contra el símbolo espacial de la democracia burguesa, en las primeras reuniones de una multitud masiva y políticamente invariable, con personas de todas las edades, con diferentes fondos sociales, niveles de educación y esferas ideológicas, con la participación también de muchos grupos nacionalistas, patrióticos o de extrema derecha. Una multitud confusa, indeterminada y muy enojada. Con estas características, y precisamente debido a ellas, esta multitud fue inicialmente recibida con gran entusiasmo por parte de la prensa burguesa y todo el mecanismo de propaganda estatal, quienes asumieron el papel de defensores del estallido social, librando juegos políticos y presionando por el cambio únicamente de rostros políticos que anunciaron la salvación por parte del mercado. Es decir, este fenómeno fue aceptado como un experimento (y solución) para la descompresión de la tensión social acumulada, que se acentuó todavía más tras la votación de las medidas anteriores de austeridad, así como por la votación inminente del paquete de medidas que se estaba discutiendo en el Parlamento durante aquellos días y cuyas repercusiones se podían ya sentir en la vida cotidiana de todos. Los artículos publicados por apologistas del sistema, destacaban la importancia en el carácter transclasista y “apolítico” del movimiento, su formación policroma y diversa, ocultando así el rechazo al propio poder y al capital. Así trataron de controlarlo.

De hecho, esta aceptación festiva no iba a durar mucho. El giro se debe a aquello que muchos señalaron como característica básica de esta experiencia: el gradual traslado espacial de la resistencia desde el ámbito dirigido contra el sistema político corrupto, en la parte de arriba en la plaza donde seguía participando la multitud desconcertada, en la parte inferior de la plaza, donde la asamblea popular tomó y comenzó a crear estructuras organizativas de comunicación y toma común y horizontal de decisiones de carácter político. Esta ocupación fue literal, con cientos de acampados que se negaban a regresar a sus casas en las noches, con la creación de más de dieciocho grupos de trabajo que realizaban actividades todos los días, convirtiendo a la plaza Sintagma en un peculiar organismo viviente, un poco sucio o revoltoso para los gustos burgueses de los clientes del Gran Bretaña y los demás hoteles lujosos que rodean dicha plaza, o para aquellos que conciben el espacio público como el entorno decorativo y ordenado de la disciplina normativa. Las asambleas populares masivas en Sintagma (a veces con la participación de hasta 5 000 personas) marcaron la necesidad de una nueva cultura de comunicación, la muestra de una insistencia obstinada por no entregarnos a lo que está ya decidido, el deseo por salir del silencio individual y participar en el diálogo y la toma de decisiones desde abajo. El horizonte común que constituyó la resistencia en las plazas fue: ¿quién decide? La exigencia por la democracia directa o democracia “real”, realmente resignificaba el concepto de democracia, en cuanto constituía prácticamente un proyecto común y no una mediación nueva de lo político.

Las asambleas populares de Sintagma mostraron cero tolerancia hacia la presencia y el intento por interferir políticamente de ciertos grupos políticos, partidos y sindicatos, pero sí toleraron el ambiente de McDonald’s y del movimiento comercial de la calle Ermou, insistiendo en concertarse en lo suyo, en su propio proceso interior de autoorganización y desarrollo de acciones, en su objetivo político. El despliegue de la actividad no se extendió en el cuerpo de la ciudad ni se generalizó en el sentido de provocar acciones colectivas y simultáneas que podían tomar un carácter rebelde. Escogieron un espacio simbólico y construyeron una nueva realidad dentro de sus límites, no se movieron hacia lo social,

quizá hasta se atrincheraron en una heterotopia espacial ocupada (plaza Sintagma) como punto de polarización de su rechazo hacia lo real y de creación de una instancia paralela, diferente, real. Sin embargo, lo social se movió y se encontró en la plaza Sintagma a una escala jamás antes vista, se aglomeraron las asambleas, se enojaron o se sintieron felices con su participación en un nuevo espacio de diálogo público, se adquirió un nuevo hábito público. El “pasaje” creado en esta plaza digirió historias subjetivas y una objetividad cuestionada, fluida y temporal. Pero también lo político (antiguo y nuevo) se encontró en la plaza de Sintagma. Por un lado lo antiguo, puesto que muchos grupos y partidos políticos de izquierda participaron de manera “individual” en la asamblea, habiendo, sin embargo, asimilado antes en sus estructuras la línea política que debían promocionar. Esto sucede y no es tanto una crítica a la experiencia de las asambleas en plazas, como una crítica a aquellos, que aun enfrentados con algo nuevo y diferente, insisten en transmitir la ansiedad del pasado. No obstante, esto no consiguió convertir a la asamblea en una “mala imitación del Parlamento” (Lieros, 2011: 8), al menos no durante el momento fuerte de esta experiencia. Frente a este elemento de lo viejo se planteó lo nuevo. Es decir, la ampliación de la conciencia de la autodeterminación, a través de la expresión de repulsión masiva hacia esta costumbre política institucional, que a veces llegó hasta comportamientos extremos. Este nuevo imaginario temporal y espacial construido en la plaza Sintagma, más allá de sus contradicciones –que siempre están presentes y latentes en un proyecto vivo y en formación colectiva de una nueva modalidad cotidiana–, marcó el límite del control y la ira del poder, su maquinaria de represión y sus medios de comunicación.

Para el poder, el tiempo de los que ocupaban la plaza era limitado, breve; el poder podía esperar hasta que el cansancio ganara a todos. Pero el tiempo y el espacio de las experiencias en los estallidos sociales tienden a ser idiosincrásicos y adquieren formas distintas de percepción y medida. Se dilatan constantemente. Para la asamblea, los grupos y todos aquellos que se encontraban día a día en la plaza, las tardes pausadas de conversación y el convivio hicieron un tiempo pleno, duradero, largo. Era un tiempo de prueba, de solidaridad, cooperación, reconocimiento

mutuo, una radicalidad emergente. Esto quedó claro cuando, a pesar de los intentos manipuladores por los medios de comunicación de separar la ira popular en buena y mala, pacífica y violenta, social y antisocial, fueron los manifestantes “pacíficos” los que no tuvieron miedo ante la operación militar que convirtió a la plaza Sintagma en una “cámara de gases”, mandando a 700 personas al consultorio médico y a otros 100 al hospital, durante los días 28 y 29 de junio de 2011. Ahí se encontraron de nuevo desempleados, precarios, anarquistas, estudiantes, obreros, gente común; en el epicentro de la destrucción de bancos, ministerios, de la caja postal de ahorros, de comercios y restaurantes. Fueron ellos los que se vieron perseguidos sin piedad dentro de casas, tiendas, estaciones de metro, hoteles, los que permanecieron cantando y bailando en medio del caos, formando cadenas humanas, convirtiendo la violencia en una fiesta, los que fueron echados dos veces de la plaza y regresaron, los que fueron detenidos, maltratados y encarcelados.

En tiempos de conflicto abierto, que amenazaban el orden establecido, se construyeron allí comunidades proletarias, a través de la lucha, la solidaridad y el apoyo mutuo; por momentos superaron las separaciones que los fragmentaran y debilitaran, haciéndose una subjetividad peligrosa para el sistema capitalista. El movimiento del capital, según Marx en los *Grundrisse* (2009), se basa en un proceso en el que el dinero y el valor desintegran la comunidad tradicional o específica y toman su lugar. El dinero se convierte en una comunidad. Sólo subordinando a todos los elementos de la sociedad “llega a ser históricamente una totalidad” (op.cit.: 220). Su desarrollo como totalidad presupone, sin embargo, la renovación continua de la destrucción y la expropiación de áreas vitales y formas de vida anteriores y la promoción de un proceso de sintetizar nuevas abstracciones reales, donde la propiedad privada se expande orgánicamente en toda la envergadura de lo social. Las zonas de sublevación, las territorialidades de la lucha social, son precisamente fuerzas opuestas, antagónicas y destotalizantes en el proceso capitalista. La vida social en los espacios ocupados y las asambleas populares organizadas más allá de lo privado y lo individual, la conversión a selva de la metrópolis en un encuentro de amigos y la pérdida del miedo urbano abrieron la posibilidad de la transformación

de las relaciones sociales en una base “comunitaria” específica; no en términos constitucionales, sino a través de la búsqueda experimental de reinventar las formas de sociabilidad.

La lucha en Grecia se percibe, por parte del autoritarismo europeo, como una epidemia peligrosa que puede afectar a otros lugares/nolugares, contra la lógica dada por la Historia con el realismo de la derrota. Desde el verano de 2011, hasta hoy, diferentes gobiernos siguieron “experimentando”, imponiendo, aterrorizando, coaccionando y destrozando continuamente todas las bases de reproducción social en Grecia, de la misma manera que lo hicieron los experimentos equivalentes después de la revuelta en Argentina, seguida la bancarrota en el año 2001. El trabajo ha llegado a no valer casi nada en Grecia, la pobreza se vuelve visible en las calles de las ciudades, la desesperación conduce a suicidios y el sistema sigue aterrorizando, entrometiéndose en cada grieta social y cortando cada aliento. Sin embargo, es un hecho que existe una insubordinación general echando raíces a diario junto a una nueva ética política desde abajo, como la mostrada el 28 de octubre de 2011 en toda Grecia o, más recientemente, el 25 de marzo de 2012, convirtiendo fiestas nacionales en gestos de desobediencia popular.¹⁰A la vez, la realidad laboral se encuentra con huelgas de varios meses en empresas privadas y fábricas, la ocupación de un hospital, un canal y un periódico importante de la prensa urbana. Aproximadamente 1,5 millones de casas no han pagado la cuenta de electricidad que incluye al injusto impuesto *per capita*. El 14 de enero de 2012 se llevó a cabo en Atenas el primer encuentro de 40 asambleas barriales, con la participación de más de 600 miembros y se creó la Coordinadora de asambleas barriales, mientras que en el resto del país se registra la operación de al menos otras 37 asambleas barriales. Se generaron varias redes solidarias contra la interrupción del suministro del servicio de electricidad con grupos que se encargan de reconectarlo, decenas de sistemas de intercambio sin dinero, bancos de tiempo y mercados donde las cosas se regalan, colectivas laborales y espacios cooperativos autogestionados, cooperativas contra la privatización de la empresa del agua, cocinas colectivas, huertas urbanas y jardines comunitarios, comercio solidario, servicios de salud alternativos,

comunidades y fiestas ecológicas; además de muchas más iniciativas a pequeño nivel. Las formas de negación y creación marchan juntas en dos procesos separados: por un lado, la rabia e inmediatez de la expresión del “no”;¹¹ por otro, la trayectoria más pausada, exploradora y experimental de la construcción de formas alternativas específicas. A pesar del resultado de las elecciones,¹² las cuales han creado cierto optimismo en una parte de la población, por la posible salida de los políticos que han participado en este coro de las medidas de austeridad y la entrada de un gobierno izquierdista, lo más importante para el griego resulta ser un movimiento desde abajo que, junto con la resistencia desplegada en otros países de Europa, cuestiona y desafía el futuro del capitalismo en el campo europeo.

IV

Tres breves observaciones para concluir esta pequeña crónica de la actividad de clase que se despliega en los últimos años en Grecia, vista desde la perspectiva de abajo:

1. Vivimos en la era del Estado neoliberal represivo; hoy, la represión parece ser la única forma que el Estado presupone para la reproducción social.

2. Vivimos, asimismo, en las luchas actuales a nivel global, un movimiento subversivo y auto-crítico donde el proletariado llega a cuestionar las viejas herramientas de resistencia y su propia existencia como parte *sine qua non* en la reproducción perpetua del capital. Sin embargo, mientras una parte de la sociedad se radicaliza, el fenómeno de discursos y prácticas nacionalistas crecientes pone de manifiesto un gran peligro: la fascistización de una sociedad basada en el miedo.

3. Las experiencias de la lucha social no se definen mediante una suerte de profesionalidad que proporciona soluciones hechas, como ocurre con los mecanismos del poder. A pesar de que no somos y no queremos ser este tipo de profesionales, mientras más se siga propagando destructivamente la violencia del poder y dinero, mientras sigan construyéndose regímenes de excepción, *apartheid*, donde el derecho a la vida desaparezca, tanto más parece que seguiremos sin adaptarnos a cada nueva forma de tiranía; una

inadaptabilidad irrumpirá la trayectoria ciega de lo que ocurrió y constituirá un acto revolucionario, nuestro lado subjetivo en la historia.

Traducción del griego: Anna-Maeve Holloway

Corrección y revisión: Hierson Rojas

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (1999), *Homo sacer. El poder soberano y la vida nuda*, España: PRE-TEXTOS.

Blaumachen (2008), “Diciembre de 2008: un intento de explorar la fuerza y los límites de nuestra lucha” en *Blaumachen*, núm. 3, Atenas (www.blaumachen.gr)

_____ (2011), “El tiempo de los disturbios” en *Blaumachen*, núm. 5, Atenas (www.blaumachen.gr)

Bonefeld, Werner (2004), “Clase y constitución”, en John Holloway (comp.), *Clase ≠ Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, Buenos Aires: Herramienta: 33-68.

Davis, M. (2008), Entrevista en la revista “7” del periódico *Eleftherotipia*, consultado el 28 de diciembre de 2008.

Deutsche, R. y Cara Gendel Ryan (1984), “The Fine Art of Gentrification”, *October*, n° 31: 91-111.

Holloway, John y Sol Picciotto (1985), “Capital, Crisis y Estado” en *Estudios Políticos*, núm. 2/3, México: 62-68 y 88-95.

_____ (2011), *Agrietar el capital. El hacer contra el trabajo*, México: Editorial Herramienta y Bajo Tierra Ediciones.

Lieros, G. (2011), *Reflexiones sobre la democracia directa* [ed. griega], Atenas: Ediciones de los Colegas.

Löwy, Michael (2002), *Aviso de Incendio*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Lynteris, C. (2011), “The Greek economic crisis as eventual substitution”, en *Revolt and Crisis in Greece*, London: AK Press and Occupied London: 207-213.

Marx, Karl (2009), *Grundrisse. Elementos Fundamentales para la crítica de la Economía Política 1857-58*, vol. 1, México: Siglo XXI Editores.

Stavrides, Stavros (2012), “Communities of crisis, squares in movement”, en *Regards on the Crisis in Europe* (http://www.professionaldreamers.net/_prowp/wp-content/uploads/Stavrides-Communities-of-crisis-fld.pdf)

TPTG (2009), “Crónica de un largo diciembre”, *TPTG*, v. 14, Atenas (<http://www.>

tapaidiatisgalarias.org/wp-content/uploads/2010/03/14.pdf)

____ (2011), “Preliminary notes towards an account of the ‘Movement of popular assemblies’”. Para su consulta en línea: <http://en.internationalism.org/iconline/2011/07/notes-on-popular-assemblies-greece>.

Théorie communiste (2009a), “Communization in the Present Tense” en Noys, Benjamin (ed.), *Communization and its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, Nueva York: Minor Compositions: 41-60.

____ (2009b), “The glass floor”, en *Les Émeutes en Grèce*, Francia: Senonevero, en <http://libcom.org/library/glass-floor-theorie-communiste>

Zibechi, Raúl (2011), “La ética necesita un lugar otro para echar raíces y florecer”, en *Rebeldía*, núm. 77: 51-57. Para su consulta en línea: <http://caminatuspensamientos.blogspot.mx/2011/05/etica-y-politica-tender-puentes-no.html>

NOTAS

¹ Véase Rosalyn Deutsche, Cara Gendel Ryan (1984: 91-111).

² El 15 de mayo de 2012, es decir, el periodo entre las primeras elecciones de 6 de mayo de 2012, cuyo resultado no condujo a la formación del gobierno y las segundas elecciones anunciadas para el 17 de junio de 2012, el gobierno de transición de Papadimos, pagó, aunque no tenía legitimidad, una fianza de 436 millones de euros. El dinero, según el informe del *New York Times*, llegó a un fondo secreto de inversiones “Managment Dart” (que los economistas llaman el “buitre”) con sede en las Islas Caimán. (<http://www.naftemporiki.gr/finance/story?id=2179519>)

³ La “divergencia” consiste en que las condiciones actuales mencionadas arriba (precarización, proletarización, deslegitimación de la demanda), provocan, por parte de los excluidos del mundo (los no-sujetos), la crítica y el ataque no solamente al capital (contradicción entre capital-trabajo); sino a su propia existencia (proletariado) como clase del capital y parte de su presuposición. El proletariado, según lo anterior, es objetivamente incapaz de actuar como clase del capital (pidiendo más trabajos, más Estado de bienestar) y cuando lo hace dicha acción se presenta como límite de su propia lucha, presentando el pertenecer a la clase como coacción externa. Al respecto véase *Théorie Communiste*, 2009a: 46.

⁴ Véanse documentos [en griego]: www.youtube.com/watch?v=zjbuHCs-04o&feature=player_embedded#!, www2.rizospastis.gr/page.do?id=10422&p

ublDate=28%2F12%2F2008&direction=&pageNo=8, www.theseis.com/index.php?option=com_content&task=view&id=1067&Itemid=29

⁵ La pérdida de ganancias durante las primeras semanas de la revuelta se considera que alcanzó los 10 billones de euros (TPFG, 2009).

⁶ El día 17 de diciembre de 2008, estudiantes entraron a la Acrópolis y colgaron una pancarta enorme con la palabra “Resistencia”, ésta fue visible por todo el centro de Atenas.

⁷ Texto de dos trabajadores en el centro de Atenas (Blaumachen, 2008).

⁸ Durante la marcha del 5 de mayo, mientras la gente parecía decidida a quedarse en la plaza Sintagma y se realizaron varios intentos de quebrar el cerco policial y entrar al Parlamento, se quemó el edificio del banco Marfin en el centro de Atenas muriendo tres personas por asfixia. Este hecho trágico fue utilizado por el poder para frenar el levantamiento social contra los memoranda, además provoca mucha discusión y conflictos en el espacio anarquista griego.

⁹ Fuente: <http://amesi-dimokratia.org>

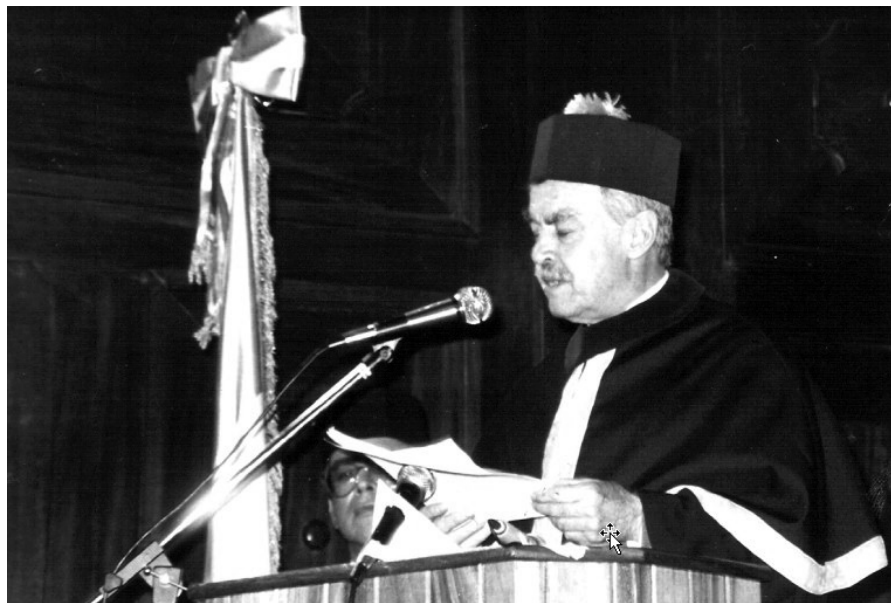
¹⁰ En dos fiestas nacionales se observaron numerosos incidentes de indignación en todo el país.

¹¹ El día de la votación del nuevo paquete de medidas de austeridad, 12 de febrero de 2012, los enfrentamientos en el centro de Atenas se parecían, por su intensidad y su síntesis social, a los de diciembre de 2008.

¹² En las segundas elecciones del 17 de junio de 2012, la mayoría escasa (29.7%) del partido derechista Nueva Democracia que ganó (sólo con tres puntos de diferencia de la oposición izquierdista del partido Coalición de la Izquierda Radical, SYRIZA, 26.9%) dice, y a la vez no dice, muchas cosas. Antes de la elecciones se obligó a aliarse con otras fuerzas de derecha, antes opuestas y muy polémicas a su política, y a hacer después de la contienda el gobierno de coalición (con el partido socialdemócrata PASOK, protagonista de todas las aprobaciones de los memoranda, obteniendo 12.3% y con una escisión de la izquierda, un pequeño partido oportunista, la Izquierda Democrática, que obtuvo 6.3%). Todo esto devela un “equilibrio de terror” al respecto con el apoyo de la base social; además, el abstencionismo electoral alcanzó un porcentaje de 40%. Parece que la posición política del nuevo gobierno, entre la *de facto*, imposición de las medidas de la TROIKA y el registro electoral alto de la oposición a las medidas por parte de la gente, es muy frágil y, tal vez, demarcará un nuevo ciclo de protesta social.

- LECTURAS CRÍTICAS
Brasil Potencia (2012), de Raúl Zibechi





Discurso con motivo del Doctorado *Honoris Causa* que le otorgó la Universidad de San Carlos de Guatemala (1992).
(Álbum de la familia Martínez Peláez.)

BRASIL POTENCIA

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012- febrero 2013, pp. 141-144

John Holloway

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
johnholloway@prodigy.net.mx

Fecha de recepción: 1 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 2 de diciembre de 2012

Empiezo con la dedicación que hace Raúl en la página 24 del libro, terminando la introducción, porque siento que expresa exactamente lo que hemos aprendido a esperar de él: “Este libro está dedicado a lo nuevo que está naciendo en América Latina, a todos esos movimientos y acciones de rebeldía contra las nuevas formas de opresión como la minería, los monocultivos, las grandes represas... y los nuevos imperialismos”.

Es un punto de partida que comparto totalmente y que imagino que todos los que estamos aquí compartimos. Esta discusión la dedicamos pues a lo nuevo que está naciendo. Ponemos la rebeldía, la inconformidad, la ruptura, el nacimiento de una otredad nueva en el centro y decimos que hay que pensar nuestro quehacer científico a partir de ahí.

Nuestra rebeldía es una rebeldía-contra, contra la opresión, contra la dominación. Es necesario mirar al enemigo, al amo, tratar de entender cómo funciona, cómo se va cambiando, desenmascarar su fachada de bondad. Pero existe el peligro de que cuando nos enfocamos en el amo vemos nada más la dominación, y la rebeldía que era nuestro punto de partida empieza a tomar un lugar secundario en el análisis o a desvanecer totalmente. Empezamos a ver el mundo como un mundo de dominación y no como un mundo de lucha, empezamos a entender la historia como la historia de los dominantes y, por lo tanto, empezamos a constituirnos a nosotros como

víctimas. Surge entonces una contradicción entre nuestro grito de rebeldía inicial y nuestra reflexión teórica: empezamos como sujetos, pero cuando nos vemos en el espejo de la reflexión teórica nos percibimos a nosotros como objetos, como víctimas. Esto puede tener consecuencias graves, incluso podemos derrotarnos a nosotros mismos.

Siento que esto es lo que pasa en el nuevo libro de Raúl. Su punto de partida es el de siempre, la rebeldía, pero decide enfocarse (por primera vez) en el enemigo, en la dominación, en este caso en la emergencia de Brasil como nueva potencia imperialista. El problema es que toma como cuadro de referencia una teoría de dominación, una teoría que presenta la historia como un proceso constante de reacomodo entre los grupos dominantes y que nos constituye a nosotros como víctimas, objetos de la historia. Asume como su marco teórico la perspectiva del sistema-mundo, una perspectiva que entiende la historia en términos de los reacomodos a largo plazo de los grupos dominantes y, especialmente, de los diferentes Estados o partes del mundo. Su argumento es que en la actualidad estamos viviendo un reacomodo de este tipo, con el declive de la hegemonía de Estados Unidos y el surgimiento de otros poderes, es decir, en el caso de América Latina, el surgimiento de la hegemonía de Brasil. Plantea que “la región está viviendo su tercera transición hegemónica que va a reconfigurar completamente los escenarios locales y sus relaciones con el mundo” (19). Quiere entender los riesgos y las oportunidades que se abren “para los sectores populares que deben enfrentar una realidad cambiante”. Los sectores populares no constituyen esta realidad, la tienen que enfrentar: la realidad se hace independientemente de ellos.

El hecho de enmarcar la rebeldía dentro de una perspectiva que no tiene cabida para ella o, en el mejor de los casos, la incluye como nota al pie, tiene consecuencias para el libro, al menos en dos sentidos.

La primera consecuencia es que el libro es un poco deprimente. Todo lo que dice sobre la emergencia de Brasil como potencia global es muy interesante, pero las luchas, aunque están presentes en el análisis, ocupan un lugar secundario hasta el último capítulo y cuando llegan al centro de la discusión, presentan un panorama desolado. El MST ha perdido su fuerza ante el auge del capitalismo brasileño y, en general,

[...] tampoco tengo dudas de que la inmensa mayoría de la población pobre, el sector que constituye la base social de los movimientos antisistémicos, está optando por mejorar su vida en las relaciones de mercado y con el apoyo del Estado, es decir, con trabajo asalariado y políticas sociales, y no organizándose a luchar como sucedió hasta ahora. Ante esta profunda corriente histórica, el voluntarismo poco puede hacer, lo que no quiere decir que deba aceptarse sin más, sin ofrecer resistencias y buscar alternativas (273)

Esta es una conclusión importante que habría que discutir, pero mi pregunta sería sobre la relación entre esta conclusión y la perspectiva teórica de la teoría del sistema mundo (que resuena en su frase “ante esta profunda corriente histórica”).

Otra consecuencia, que es otro aspecto de lo mismo, es que el libro le atribuye al ascenso de Brasil como potencia una solidez que, me parece, no merece: dice que es un “proceso irreversible” (18), y en realidad creo que es algo mucho más frágil. Pero, para explicar esto, tenemos que explorar otras formas de enfocar el enemigo, mirar la dominación contra la cual nos rebelamos.

Para ser dignos de nuestro punto de partida, de nuestra rebeldía, necesitamos no una teoría de la dominación sino de la fragilidad de la dominación, es decir, de la crisis de la dominación, y necesitamos entender que nosotros somos esa crisis. Tenemos que entender que nuestra rebeldía, o nuestra insubordinación, no es algo externo a la dominación, sino algo que se mueve en-contra-y-más-allá de la dominación, es algo que se mete como un gusano dentro de la dominación y constituye su crisis.

En otras palabras, necesitamos un concepto del capital; del capital no como cosa, ni como relación de dominación, sino como relación antagonica. El concepto del capital implica que la dominación tiene una dinámica que choca, inevitablemente, con nuestra insubordinación, nuestra humanidad, nuestra condición de no ser robots, y este choque produce una tendencia a la crisis que ya está inscrita en el concepto mismo del capital. Enfocar la dominación a través de este concepto es tratar de entenderla como dominación-en-crisis. Esto es lo que falta totalmente en el análisis de Raúl: la crisis.

Y esto es lo que no me convence totalmente del análisis que hace del auge de Brasil. Hace abstracción del hecho de que el capital mundial está en una crisis profunda. Analiza a Brasil como si fuera posible separar a un país del resto del mundo y tratar al capital invertido en Brasil como capital brasileño. En realidad, el capital no tiene nacionalidad, se mueve a donde tiene las mejores posibilidades de atraer ganancias y expandirse. Este es siempre el caso, pero está exacerbado por la fluidez del capital en la crisis actual, que está caracterizada por una masiva incapacidad de subordinar al mundo a un grado necesario para producir la plusvalía que dé sustancia real a la cantidad de capital ficticia que existe en forma de deuda. Entonces la existencia de Brasil como potencia capitalista no tiene la solidez que le atribuye Raúl, simplemente quiere decir que allí existen, en este momento, condiciones particularmente favorables que hacen de Brasil una opción especialmente atractiva para la inversión del capital (venga de donde venga), una opción atractiva entre muchas otras. Este poder de atracción se puede perder muy fácilmente. En Sudáfrica, por ejemplo, un país que se puede ver como la potencia emergente en África, una ola enorme de huelgas, en los últimos meses, está ahuyentando al capital y poniendo en riesgo el estatus del país como opción preferida para la inversión del capital.

Tener un concepto del capital como relación mundial antagónica es necesario para entender lo que Sergio Tischler llama el “flujo social” de la rebeldía, que es un flujo mundial. La rebeldía hace erupción en un lugar, desaparece, reaparece en otra parte del mundo, fluye, se para, hace erupción otra vez. El capital que ingresa a Brasil y hace posible que la gente busque soluciones de vida dentro del sistema es el mismo capital que está saliendo de España, Italia y Grecia y haciendo imposible que la gente ahí encuentre soluciones dentro del sistema. Puede ser que el MST esté perdiendo fuerza ante el ingreso del capital, pero por el mismo movimiento del capital, las luchas anticapitalistas están tomando fuerza en otras partes del mundo. Si vemos lo que implica la expansión enorme de la deuda a nivel mundial y lo que implica por la estabilidad del sistema, está claro que, a pesar de todas las dificultades, el único camino hacia delante es el camino, o más bien, son los caminos de la lucha anticapitalista. En eso, lo sé, Raúl y yo estamos totalmente de acuerdo.

REFLEXIONES EN TORNO AL LIBRO *BRASIL POTENCIA:*
ENTRE LA INTEGRACIÓN REGIONAL Y UN NUEVO
IMPERIALISMO DE RAÚL ZIBECCHI

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012-febrero 2013, pp. 145-152

Giuseppe Lo Brutto

Profesor investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
"Alfonso Vélaz Pliego", Posgrado en Sociología, Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla, México.
giuseloby@msn.com

Fecha de recepción: 23 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 19 de diciembre del 2012

El libro *Brasil Potencia: entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, de Raúl Zibechi, representa un análisis profundo del imperialismo brasileño desde sus entrañas, revelando su estrategia de devenir *Potencia* a la luz del sorprendente crecimiento económico, experimentado desde el gobierno de Lula y de su inserción en la política y la economía mundial como potencia global.

Llama la atención que Zibechi, investigador académico ligado a los movimientos sociales y conocido en toda América Latina por sus análisis sobre el tema, dedique una investigación tan escrupulosa y atenta, con información detallada sobre este formidable ascenso de Brasil a *Potencia*.

Aunque considero que este viraje del autor hacia temas distintos nos da a conocer un nuevo Zibechi, preocupado por analizar desde cerca al nuevo enemigo imperialista latinoamericano, creo que es importante hacer una serie de reflexiones en torno al libro que, según mi opinión, es de gran utilidad para todos aquellos académicos estudiosos de la integración, y por qué no, de la Cooperación Sur-Sur, en una realidad sujeta a una reconfiguración política y económica a nivel mundial.

En primer lugar, quiero subrayar que hoy Brasil ha apostado muy claramente por un sistema multipolar capitalista, regido por las reglas del regionalismo estratégico, en el que América Latina se constituye en uno de los polos de la nueva configuración geopolítica internacional. En ese sentido, y estando de acuerdo con lo que señala Chaves García (2010),¹ el desafío del liderazgo brasileño será lograr que el proyecto sudamericano garantice, a los demás países, espacios políticos propios y beneficios económicos tangibles, para promover un Brasil sudamericanizado antes que una Sudamérica brasileña.

En este contexto latinoamericano, fracasada una opción hemisférica como el ALCA, cuestionada por los movimientos sociales y finalmente “enterrada” por aquellos gobiernos y grupos empresariales que consideraron las condiciones desventajosas para sus intereses, Estados Unidos empezó a ofrecer esos Tratados de Libre Comercio que hoy dibujan una línea casi continua desde Canadá hasta Chile. En términos geopolíticos y geoeconómicos, la UNASUR-IIRSA (bajo liderazgo brasileño) y el Proyecto Mesoamericano “ampliado” (como área de influencia norteamericana y proyección hacia toda la costa occidental, complementándose con las aún incipientes Alianza del Pacífico y el *Trans-Pacific-Partnership*, conocido como TPP, presentado por Obama como el “nuevo modelo de acuerdo comercial para el siglo XXI”), parecen ser los grandes ejes articuladores de los esquemas subregionales de integración económica propiamente dichos. Ambos, evidentemente, tienden a imponer su presencia en las rutas del Pacífico, buscando al mismo tiempo tener acceso a la zona económica geoestratégicamente “vital” de la Cuenca Amazónica.²

La crisis que, entre los años sesenta y setenta, puso fin al funcionamiento del engranaje capitalista que dio vida a los “treinta años gloriosos”, ha marcado el inicio de una paulatina reconfiguración de los centros, semiperiferias y periferias en la economía política y jerarquía de poder del sistema internacional. Las relaciones Sur-Sur fueron profundamente modificadas, cobrando espacio incluso esos fenómenos que el genio de Ruy Mauro Marini detectó tempranamente acuñando la categoría de *subimperialismo*. Tanto este concepto como el de *semiperiferia*, utilizado por los analistas del sistema-mundo capitalista, recobran hoy actualidad,

pues permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo que periódicamente transforma las relaciones de fuerza en el mercado mundial.

En ese sentido el autor, partiendo del concepto de *subimperialismo* de Marini, señala cómo hoy esta atribución de *Estado subimperialista* ha tenido modificaciones sustanciales, ya que el Brasil actual no es una *subpotencia* sino que se ha transformado en *Potencia*, es decir, aprovecha la decadencia hegemónica de Estados Unidos para ocupar un lugar privilegiado tanto a nivel regional, como a nivel mundial.

Considero que Zibechi desarrolla un análisis del enemigo imperialista que nos impone preguntarnos hasta qué punto el desarrollismo y el extractivismo pueden ser considerados una estrategia alternativa a este mundo capitalista. En efecto, el libro muestra, de manera clara y analítica, la estrategia político-económica y militar de Brasil a partir de Lula, poniendo en evidencia la cara y la cruz de este ascenso, subrayando las resistencias y luchas internas y externas que surgen como reacción ante este proyecto imperialista. Por consiguiente, *Brasil Potencia...* es, al mismo tiempo, la historia de la resistencia a este proyecto desarrollista brasileño, la cual considero uno de los ejes analíticos presentes en el mencionado libro, al que dedica un capítulo específicamente.³

En segundo lugar, me parece importante subrayar que el autor identifica claramente los actores principales que han influido en este ascenso político y económico brasileño. En ese sentido, evidencia cómo el papel de los sindicalistas en el gabinete de gobierno y de los fondos de pensiones, han sido fundamentales en la conformación de una nueva clase en el poder, resultado de esta alianza *Estado/capital privado brasileño*. En efecto, hoy se puede decir que Brasil tiene una *nueva clase social* que ha surgido a partir del control de los fondos privados por parte de los sindicalistas y que controla la acumulación financiera en el ámbito estatal.

Resalta que la estrategia desarrollista de los gobiernos de Lula y Rouseff apuntan a la defensa del concepto de “capitalismo ético”. Parece que la domesticación o moralización del capitalismo, tal como ha señalado en más de una ocasión Lula, es la vía que Brasil ha utilizado para consolidarse como *Potencia* desde la primera década del siglo XXI.

Después de haber identificado los actores claves en la estrategia imperialista brasileña, el autor muestra cómo este camino ha sido también fruto de la planificación de estrategias que han permitido al país transformarse en *Potencia*. Identificando desde lo nacional elementos como el Núcleo de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República (NAE), la estrategia Brasil 22, el Plan de Aceleración al Crecimiento, la estrategia de Defensa Nacional, el BNDES, los Fondos Pensiones y Petrobras, y desde lo internacional a UNASUR, al Consejo de Defensa Suramericano, al MERCOSUR, y a IIRSA, como los ejes en que se articula la *Potencia* brasileña.

En la estrategia, desde el ámbito nacional, asistimos al rol fundamental que el BNDES y los fondos pensiones están jugando para reorientar el capitalismo brasileño en función de los intereses estratégicos de la élite en el poder. Hay, sin duda, una relación estrecha entre la crisis de la economía mundial y la expansión del BNDES, el cual se ha transformado en el mayor banco de fomento en el mundo y cuyos planes se inscriben de lleno en la estrategia imperialista de Brasil. En ese sentido, se asiste a la formación de grupos económicos fuertes con presencia del capital privado, del Estado y de los fondos de pensiones estatales. No hay duda de que la estrategia brasileña se inspire en China, por lo que el papel del Estado consiste en reorganizar a los grupos económicos para competir en el nuevo orden económico internacional, desplegando una doble función, es decir, financiar las grandes empresas para fortalecer a los grupos económicos y, por otro lado, invertir en grandes obras de infraestructura. Además, en torno a esta alianza Estado/empresas privadas de carácter multinacional, es donde se inserta el papel de Petrobras. Hoy Brasil ha logrado su autosuficiencia petrolera, e invierte en tecnología, siendo la única potencia en el mundo que cuenta con un excedente energético. Además, el papel del etanol en su estrategia energética señala la importancia que le da a los biocombustibles.

Por otro lado, en la estrategia desde el aspecto internacional, la UNASUR se vuelve determinante para la creación de un centro con proyección global y el MERCOSUR podría poner las bases para la creación de una unión económica regional, abriéndose espacios para la construcción de nuevos escenarios regionales, donde UNASUR y el CND son claros ejemplos de esta estrategia. Además, el papel de BNDES e IIRSA abre nuevos caminos para

la creación de una fuerte integración con el Banco del Sur que jugaría un papel determinante en la estrategia imperialista brasileña.

Efectivamente, uno de los objetivos principales de Brasil es liderar un bloque sudamericano para fortalecer el capital y la mano de obra nacional aprovechando sus riquezas nacionales, y en ese sentido, y en pro de esta estrategia imperialista, se vuelve vital el papel de la región amazónica.

En este sentido y *en tercer lugar*, Zibechi señala cómo la política de “desarrollo” brasileña está centrada en la explotación de los recursos naturales; de allí la importancia de la Amazonía en su proyecto de expansión global como fuente de gran diversidad de recursos. Esta táctica muestra la fuerte interdependencia entre la administración de Lula y una parte de los militares nacionalistas para la defensa del territorio amazónico, por lo que la Estrategia de Defensa Nacional ocupa un lugar destacado en la integración de América del Sur y la creación del Consejo de Defensa Suramericano apunta hacia esa dirección. Bajo esa lógica, la protección del corredor IIRSA que llega hasta el Pacífico asume un papel importante.

Zibechi subraya también cómo Brasil intenta mostrarse como paladín del desarrollo y crecimiento en la región, mostrando la retórica con que se propone ayudar, aportar y desarrollar a los demás países latinoamericanos. En esa estrategia, Brasil aparenta asumir la obligación moral de llevar a Latinoamérica hacia la senda de un nuevo desarrollo, sin dejar lugar a dudas de que esa retórica se inscribe de lleno dentro de su objetivo imperialista, haciendo de sus vecinos su patio-trasero.

El papel imperialista de Brasil junto al de China, hacen suponer que para América Latina se acerca una nueva época victoriana, en donde predominará el modelo primario exportador para sus vecinos periféricos. En ese sentido, las distintas y diferentes resistencias que han surgido ante esta lógica de expansión imperialista jugarán un papel determinante en esta nueva reconfiguración política y económica mundial.

En cuarto lugar, el autor señala a lo largo del libro esas resistencias y luchas que se van conformando en contra de Brasil *Potencia*. Las críticas que surgen desde distintos sectores de la sociedad en contra del BNDES y de su alianza con los fondos pensiones son fuertes y evidentes, sin que

por esto el gobierno brasileño siga considerando al BNDES como uno de los principales instrumentos públicos para el desarrollo del país.

Las críticas en contra de los monocultivos, la financiación al capital extranjero, la política expansionista en los países vecinos son algunas de las demandas y de las resistencias que se van conformando en Latinoamérica. A esto hay que añadir la cuestión de lo “social” y de lo “ambiental”, como se evidencia en los casos de la “revuelta de los peones”, de Belo Monte, del PUNO en Perú, del TIPNIS en Bolivia. En este contexto de resistencias y luchas contra el proyecto imperialista brasileño, resulta significativa la afirmación del ex ministro boliviano de Hidrocarburos Andrés Soliz Rada (2011) en una breve nota sobre la geopolítica brasileña: “su fuerza es tan grande con relación a sus vecinos, con excepción de Argentina y Venezuela, que les rompe las costillas, aun cuando quiere abrazarlos amistosamente”.⁴

Hoy Brasil vive un cambio en su inserción en la política global. Por una parte muestra su faceta imperialista y, por otra, la nueva élite en el poder muestra los límites de una política desarrollista de izquierda que pone en tela de juicio el modelo de desarrollo que está fomentando. Es verdad que la pobreza ha disminuido, sin embargo, el saqueo ambiental, la corrupción y sobre todo su política colonialista en América Latina y en África occidental muestran los límites de una política desarrollista que, según mi opinión, no tiene mucho futuro. Tanto los conflictos en la región entre las empresas brasileñas y los gobiernos nacionales, como la fuerte lucha social, muestran los principales límites y tensiones de este nuevo proyecto imperialista.

No obstante esto último, se sigue con una política de inserción competitiva, donde se pone en evidencia que la estrategia del BNDES y del gobierno brasileño se sustenta en lograr que Brasil se convierta en *Potencia mundial*. Además, frente a una crisis de la economía mundial que está afectando de manera drástica las economías desarrolladas y en donde la solución adoptada se centra nuevamente en políticas de ajuste estructural, Brasil muestra al mundo su *Potencia* y pone en evidencia que su política desarrollista es una óptima forma de contrarrestar la crisis y de seguir creciendo. Sin embargo, ¿es éste el camino para un desarrollo alternativo al capitalista? Obviamente no, es la evidencia de un camino

hacia ese “capitalismo ético” permeado de desigualdades en la región y que tanto cuestionan las luchas sociales.

Tal como señala Zibechi, hoy la lucha de clases en Brasil se está dando de forma muy molecular y se asiste a la configuración de una nueva clase dominante vinculada a los fondos pensiones y a la administración del Estado, conformando un nuevo bloque de poder. Se está frente a una nueva realidad, frente a la ruptura de las viejas tendencias burocráticas de las dirigencias sindicales.

A manera de conclusión, como bien lo anota Raúl Zibechi en un artículo de 2011,⁵ frente a gobiernos “progresistas” que presumen estar interpretando y defendiendo los “intereses populares”, la aparente paradoja consistiría en que: “No es lo mismo la competencia interestatal para transitar de un mundo unipolar a otro multipolar que la lucha por la emancipación y la autonomía de los oprimidos. En el primer escenario es posible considerar a Petrobras como un aliado, pero en el segundo es un enemigo, se lo mire por donde sea”. Y, sin embargo, también agrega que: “desde los movimientos debe admitirse que no tenemos un modelo alternativo y viable al extractivista, pero debe forzarse un debate abierto, que no excluya a los gobiernos, sobre los caminos posibles para salir del modelo actual, como primer paso para comenzar a pensar estratégicamente”.

En ese sentido una de las opciones, como la filosofía del buen vivir adoptada por algunos gobiernos progresistas de la región, no ha encarnado en la vida real, y las más de las veces se reduce a discursos que encubren prácticas afines a la acumulación de capital.

En efecto, el papel de Brasil que trata de capitalizar su poderío económico en liderazgo político, es un elemento novedoso que de cara a la crisis estadounidense y europea asume, indudablemente, otro peso y significado. Desde la izquierda, sus consecuencias “regresivas” o “progresistas” en el mediano y largo plazo se debaten con entusiasmo y desconfianza al mismo tiempo, siendo en realidad una incógnita que se desdobra en múltiples planos (geopolíticos, económicos, socioambientales) muy contradictorios entre sí.

Finalmente considero, tal como lo apunta Wallerstein (2011),⁶ que el debate en torno a una “crisis civilizatoria” tiene grandes implicaciones para

el tipo de acción política que uno respalda y el tipo de papel que los partidos de izquierda, en busca del poder del Estado, jugarían en la transformación del mundo que está en discusión. Esto no se resolverá con facilidad, pero será todavía un debate crucial en la senda para la construcción de una sociedad distinta.

NOTAS

¹ C. A. Chaves García (2010:38), “La inserción internacional de Sudamérica: la apuesta por la Unasur”, en *Íconos* núm. 38, FLACSO-Ecuador: 29-40.

² Para más información, véase D. Benzi y G. Lo Brutto (2012), “La cooperación Sur-Sur en América Latina a principios del siglo XXI (un enfoque menos indulgente)”, en *Volver al desarrollo o salir de él. Límites y potencialidades del cambio desde América Latina*, Aceves, Sotomayor (coords.), BUAP/CLACSO, en prensa.

³ Conociendo a Zibechi, no dudaría en decir que esta obra podría considerarse el primer tomo de una vasta investigación que el autor está realizando, es decir, una vez analizado este ascenso de Brasil a *Potencia*, no me extrañaría la posibilidad de que el autor, a corto plazo, presentara un análisis escrupuloso y atento sobre las resistencias que se han generado desde distintas partes al proyecto imperialista brasileño en el continente latinoamericano.

⁴ A. Soliz Rada (2011), “Geopolítica brasileña”, en www.rebellion.org.

⁵ R. Zibechi (2011), “¿Es necesario un foro social en América Latina?”, consultado en <http://www.jornada.unam.mx/2011/02/11/index.php?section=opinion&article=027a1pol>

⁶ I. Wallerstein (2011), “El Foro Social Mundial, Egipto y la transformación”, en *La Jornada*, 26 de febrero de 2011.

ENTENDER LA POLÍTICA ECONÓMICA DEL PROGRESISMO
REFLEXIONES EN TORNO A *BRASIL POTENCIA*
DE RAÚL ZIBECCHI

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012-febrero 2013, pp. 153-156

Raquel Gutiérrez Aguilar

Profesora investigadora del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
raquel.gutierrezaguilar@gmail.com

Fecha de recepción: 16 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 8 de diciembre de 2012

Raúl Zibechi se ha destacado en los últimos 15 años por ser, entre otras cosas, una especie de *cronista* de la lucha social contemporánea en América Latina. Su disciplina de trabajo como periodista y el entrenamiento de su mirada para distinguir las novedades políticas que se vuelven visibles durante los momentos más candentes de lucha, lo han llevado a acercarse, documentar, analizar y difundir muchas de las experiencias políticas más intensas ocurridas en América Latina. Desde su interesantísimo *Los arroyos cuando bajan*, escrito en 1995 tras varios meses de compartir palabras y riesgos en las comunidades insurrectas de Chiapas, hasta su *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales* en 2006 (en donde se sorprende y vuelve inteligible una parte de la potente dinámica política comunitaria que se practica en los *ayllus* y pueblos aymaras de las alturas bolivianas), muchísimos otros trabajos de Raúl nos han hecho conocer la energía de la lucha social y vibrar con sus enormes capacidades. Pulcramente descritos, variados esfuerzos de miles y miles de hombres y mujeres que recuperan su dignidad amenazada y se levantan, han sido recogidos por la mirada y la pluma de Zibechi a modo de mariposas. Su sensibilidad la ha puesto al servicio de magnificar los aleteos de las multicolores mariposas de la lucha social a lo largo de las tierras que habitamos.

Sin embargo, Raúl Zibechi no es únicamente un cronista. Él es, ante todo, un trabajador de la producción de sentido. Un refinado artesano que se empeña en contribuir a producir *sentidos comunes disidentes* que amplifiquen la capacidad común para la lucha. Plantado en la convicción autonomista de que la ocupación del aparato estatal no empuja ni alienta la transformación social emancipadora, sino que recompone la distancia entre quienes mandan y quienes trabajan y obedecen, una y otra vez profundiza su estudio de la dinámica interna de la lucha social en distintos planos: sus dificultades organizativas, sus alcances prácticos y los límites con los que topan, etc. De ahí que algunos de sus trabajos no intenten, a toda prisa, captar lo que se mira en los instantes cuando el *relámpago* benjaminiano ilumina las tramas de lo oculto y lo olvidado. En su *De multitud a clase. Formación y crisis de una comunidad obrera, Juan Lacaze (1905-2005)*, por ejemplo, el estudio minucioso de las dinámicas organizativas y de lucha de largo alcance en el pueblo de Lacaze, Uruguay, durante un siglo, le permite hilvanar interesantes argumentos para entender y distinguir aquello que efectivamente se produce como novedad en cada lucha reiniciada y eso que, más bien, es recuperación, recuerdo y reelaboración de lo que en algún momento se ha sabido y practicado colectivamente.

En contraste con esta perspectiva, el libro *Brasil Potencia*, cuya elaboración ha ocupado los últimos años del trabajo de Raúl Zibechi, indaga, analiza y registra otra cosa: la manera en que el capitalismo brasileño se recompuso vigorosamente bajo la conducción de Lula y del Partido del Trabajo. De ahí que, si bien en un primer momento este giro en la perspectiva de lo estudiado sorprende, al recorrer las páginas del libro se va entendiendo la intención que subyace al conjunto de información ordenada y analizada que el autor presenta: se trata de tomarnos en serio la manera en la que el “gobierno progresista” de Lula –y ahora de Rouseff– comienza a reconstituir la dinámica de la acumulación de capital, alejándose de la lógica del capital rentista que está asolando a otras naciones. La actual modalidad brasileña de garantizar y reforzar la ampliación de la acumulación de capital, nos dice Zibechi, se asienta en nuevas oleadas de despojo territorial; así como en forzar y reforzar durísimas modalidades de proletarización que imponen formas brutales de sobreexplotación. Lo

específico de la vía brasileña al capitalismo renovado es la participación en la acumulación, de los recursos reunidos en los fondos de pensiones que suman montos inimaginables de dinero. Esta gigantesca cantidad de dinero constituido, en su mayoría, por el ahorro de los mismos trabajadores formales brasileños, estaría dando paso a una forma peculiar de capitalismo bajo control “sindical” y a una “ampliación de la élite” en el poder que parecería ser uno de los más sofisticados –y peligrosos– límites políticos a los desafíos que las luchas de abajo lanzan al predominio del capital. Pensemos en lo que ha ocurrido con tumultuosos esfuerzos de lucha, desde Sudáfrica hasta Bolivia o Ecuador.

Más allá del interés de esta temática en términos académicos, para los fines de la lucha social vale la pena tener a la vista esta nueva modalidad de las “astucias históricas” a través de las cuales el capitalismo parece regenerarse a sí mismo como una expansiva plaga. Los efectos de la enloquecida expansión del capital brasileño contemporáneo, celebrada simultáneamente por las bolsas de valores y por algunos intelectuales también “progresistas”, está afectando, además, a los pueblos vecinos y a sus luchas. Esta nueva geopolítica sudamericana también queda documentada en el trabajo: las inversiones de empresas constructoras brasileñas en Bolivia están afectando de manera dramática el destino de los pueblos del Isiboro-Sécure; tanto como las inversiones de los sembradores de transgénicos están desplazando a comunidades campesinas paraguayas, etcétera.

Tener claridad sobre las ofensivas que capitalistas y Estados lanzan sobre los pueblos que resisten, luchan y construyen su presente, no es la tarea más interesante de la lucha social. No cabe duda de ello. Sin embargo, como afirma Raúl, “así como algunos deben quedarse lejos de los combates para avisar por dónde viene la policía”, él ahora contribuye con su nuevo trabajo a que entendamos esta perversa astucia del capital que va construyendo una *nueva normalidad* desde el despojo y la sobreexplotación, por encima de los anhelos y luchas de los pueblos. Bienvenido pues, este aporte de Zibechi desde otro flanco, al acervo de conocimiento que sobre

las posibilidades y caminos de emancipación vamos, entre muchísimos, construyendo en común.

Puebla, otoño de 2012

REFERENCIAS DE LOS OTROS TRABAJOS DE ZIBECHI MENCIONADOS

Zibechi, Raúl (1995), *Los arroyos cuando bajan. Los desafíos del Zapatismo*, Editorial Nordan-comunidad, Montevideo.

_____ (2006a), *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Textos rebeldes, La Paz-Bolivia.

_____ (2006b), *De multitud a clase. Formación y crisis de una comunidad obrera, Juan Lacaze (1905-2005)*, Ediciones Ideas-Multiversidad Franciscana de América Latina, Montevideo.

LA POTENCIA BRASILEÑA EN EL CONTEXTO SUDAMERICANO DEL SIGLO XXI

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, periodo septiembre 2012-febrero 2013, pp. 157-160.

Octavio H. Moreno

Politólogo y estudiante del Posgrado de Sociología en el Instituto de
Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita
Universidad Autónoma de Puebla
octaviohmoreno@gmail.com

Fecha de recepción: 27 de noviembre del 2012

Fecha de aceptación: 19 de diciembre del 2012

Tal como lo muestra el trabajo de Raúl Zibechi *Brasil Potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo* (2012, Bajo Tierra Ediciones, México, D.F.), el proyecto brasileño marcha por el sendero de convertirse en una potencia a nivel mundial en el siglo XXI. En este proyecto, un fundamento esencial es la organización del bloque de naciones a nivel subcontinental para formar un efectivo contrapoder a Estados Unidos, país entendido como la más reciente potencia imperialista dominante en el continente americano.

La conformación de este contrapoder antimperialista es un terreno adecuado para el avance de políticas y proyectos progresistas en la América del Sur, que en términos de inversiones y desarrollos productivos ya representa un beneficio para algunos estados vecinos de Brasil, como Bolivia, Venezuela y Argentina. Muestra de esto es que la agenda de gobierno recogida en el Núcleo de Asuntos Estratégicos incluye una serie de temas que, en un sentido amplio, pueden ser entendidos como temas de una agenda política progresista, ya que integra aspectos como: la calidad de la enseñanza, el control de la violencia y la criminalidad, el combate a la desigualdad social y el empleo.

El proyecto brasileño como potencia mundial pasa también por una lectura y análisis geopolítico y estratégico a nivel mundial, en el que aspira a liderar la conformación de un bloque sudamericano autónomo que pueda ser un poder real ante la reconfiguración del poder político económico global. Esto con la intención de impedir la incorporación subordinada de los países sudamericanos a los bloques existentes y futuros a nivel mundial, que estarán liderados por países como India, China, Sudáfrica y Alemania.

Dicho proyecto de bloque sudamericano se instrumenta políticamente a través de organizaciones supranacionales como la UNASUR y el MERCOSUR; ambas se oponen a organizaciones supranacionales controladas por el poder imperialista norteamericano como la OEA o el ALCA. Como muestra de esto, las dos instituciones han respondido activamente ante sucesos como los recientes golpes o intentos de golpes de Estado en la zona, como en los casos de Bolivia, Venezuela, Ecuador y Honduras, manifestándose en defensa de las autonomías nacionales y de la democracia. Por otro lado, su proyecto transita también por el desarrollo de esfuerzos en los cuales Brasil articule programas de desarrollo económico para estimular la financiación e integración económica de los países menores.

Sobresale, además que, desde la perspectiva de los estrategas brasileños el desarrollo de la potencia significará, en algún momento futuro, el choque con otras potencias debido a la expansión de sus respectivas áreas de influencia, así como del acceso a mercados y materias primas. Ante esto se ha planteado la implementación de una estrategia de defensa militar a nivel subcontinental y el desarrollo de una industria armamentista orientada a la defensa soberana.

Por otro lado, la legitimidad nacional interna del gobierno de Brasil y su proyecto están basados en los buenos resultados económicos del Estado brasileño, que ha podido integrar a 30 millones de personas a la clase media, así como el otorgamiento de subsidios millonarios a través del programa “Bolsa de Familia” para los grupos sociales más pobres de ese país. Muestra de esto es que las huelgas y tomas de tierra han tenido un sostenido ritmo descendiente durante los gobiernos de Lula y Rouseff, mientras que durante la década de los noventa éstas tuvieron un crecimiento exponencial. De igual manera, la alianza con la burguesía

nacionalista brasileña, el sindicalismo oficial, el PT y el oficialismo militar son muestras de la solidez y legitimidad interna de su proyecto como potencia en el siglo XXI.

La alianza del Estado brasileño con las mayores empresas del país así como con algunas multinacionales representa el respaldo económico de la organización de la potencia brasileña, que incluye un agresivo plan de industrialización, desarrollo de infraestructura a nivel del bloque sudamericano. Sin embargo, este es un aspecto central en el desarrollo actual de la potencia brasileña que, como bien percibe Zibechi, necesita de atención especial, porque en ella se encuentra el riesgo de la conformación de un poder agresivo y dominante, tanto para los propios brasileños como para los países vecinos: el riesgo de la conformación de un “imperialismo” brasileño y la creación de su “patio trasero” sudamericano.

Debido a este riesgo existe la necesidad de someter a control popular tanto las inversiones como el propio proyecto de expansión brasileña en su conjunto, ya que si bien en el discurso éste ha sido planteado como una plataforma antimperialista y de unión progresista sudamericana, la presencia de grandes capitales, mandos militares, y una fortalecida burocracia política brasileña son un terreno en el que puede construirse un poder excluyente, abusivo e impositivo. La ausencia de oposición y crítica al proyecto bien podrían volver al sueño de autodeterminación e integración en potencia de dominación “sureña”, como las que antes hemos visto desarrollarse en la zona.

Ante esta situación se vuelve indispensable, por parte de la sociedad civil organizada, tanto el apoyo a las iniciativas progresistas del gobierno brasileño como la crítica a sus excesos y la constante vigilancia de sus acciones. Ya que, si bien por un lado las empresas apoyadas y financiadas por el gobierno de Brasil dan pasos en dirección de una articulación mayor de las cadenas productivas y de elevación del comercio internacional, por otro lado, la agresiva expansión de capitales brasileños ya ha causado estragos en países vecinos como Ecuador y Paraguay.

Así, la participación crítica y responsable de parte de los movimientos sociales, organizaciones civiles nacionales e internacionales, así como de la sociedad brasileña en general, son una parte indispensable para

controlar a la potencia. Bien para apoyar y defender todas las políticas sociales y económicas de corte progresista, bien para criticar su mal actuar y posibles abusos. Parte de la responsabilidad de estas fuerzas sociales críticas también está en tener la capacidad de distinguir este proyecto de otros existentes en décadas pasadas y defenderlo ante las amenazas golpistas conservadoras y su posible destrucción a manos de los poderes imperialistas internacionales, todavía presentes en la zona.

Se trataría de ensanchar el potencial transformador y progresista del proyecto, no de dinamitarlo desde dentro y ser un apoyo a grupos nacionales e internacionales que desearían volver a ver a Sudamérica como un mero botín de los imperialismos del norte. Muestra de esto es que, como también apunta Zibechi, el poder brasileño en ningún momento se ha mostrado como un gobierno abiertamente autoritario y que, aun dentro de los límites de las diferencias con la oposición interna y externa, éste ha sido respetuoso de la diversidad y la libertad para propulsar proyectos políticos alternativos a los ya existentes. En consecuencia, buscar la destrucción del proyecto brasileño podría resultar en apostar a la autodestrucción de la diversidad que hoy puebla Sudamérica.

COLABORADORES

GEORGE LOVELL

Profesor de geografía en Queen's University en Kingston, Ontario, Canadá. Profesor visitante en la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla, España. Editor de *Mesoamérica* (1998-2088) y autor de varias obras, entre ellas, *Conquest and Survival in Colonial Guatemala*, McGill-Queen's University Press [1985] (2005) y *A Beauty That Hurts: Life and Death in Guatemala*, University of Texas Press [1995] (2010). Ha colaborado con Susan M. Neve y Christopher H. Lutz en una edición en inglés de la obra clásica de Severo Martínez, *La patria del criollo*, Duke University Press [1970] (2009).
lovellg@queensu.ca

CARLOS FIGUEROA IBARRA

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
carlosfigueroaibarra@gmail.com

CORALIA GUTIÉRREZ ÁLVAREZ

Doctora en Historia por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Profesora e investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Es autora de diversas publicaciones acerca de la historia social de la industrialización y la historia de la violencia y la resistencia en los pueblos indígenas.

SERGIO TISCHLER VIZQUERRA

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

sergiovisq@yahoo.com.mx

JOSÉ EDGARDO CAL MONTOYA

Profesor investigador de la Escuela de Historia del Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Universidad de San Carlos de Guatemala. Profesor invitado del Posgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica y del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

josecalmontoya@gmail.com

KATERINA NASIOKA

Estudiante del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Becaria de la Fundación Estatal de Becas de Grecia.

katerinaenasioka@gmail.com

JOHN HOLLOWAY

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

johnholloway@prodigy.net.mx

GIUSEPPE LO BRUTTO

Profesor investigador del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

giuseloby@msn.com

RAQUEL GUTIÉRREZ AGUILAR

Profesora investigadora del Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Área de investigación: Entramados comunitarios y formas de lo político.

raquel.gutierrezaguilar@gmail.com

OCTAVIO H. MORENO

Politólogo y estudiante del Posgrado de Sociología en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

octaviohmoreno@gmail.com

INSTRUCCIONES PARA COLABORADORES

Bajo el Volcán es una revista semestral que se constituye como medio de difusión que el Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla crea para proyectar el quehacer de los investigadores del propio Instituto y de todos aquellos que compartan la búsqueda de la diversidad, el gusto por el debate en el marco de la tolerancia, el desarrollo de ideas a través de la polémica y la difusión de la heterogeneidad, que es la energía vital que hace avanzar el pensamiento.

Esta revista persigue dar al lector una forma rigurosa a la crítica, a la desigualdad, al respeto de las identidades, a la valoración del pluralismo y la tolerancia, al rechazo de los autoritarismos y totalitarismos, a la preservación de la memoria, al destierro de la impunidad. Sus páginas están abiertas a toda expresión del quehacer académico en las ciencias sociales que cumpla con los requisitos de creatividad y rigurosidad.

Los artículos tendrán el siguiente formato de presentación:

- a. No deberán exceder las 20 cuartillas –8 1/2” y 11”, fuente Times New Roman 12 puntos, a renglón abierto, esto es, espacio y medio–, salvo en casos en los cuales la calidad e importancia del contenido ameriten la excepción.
- b. Los archivos se entregarán en formato compatible con Word 98 o anteriores (word, rtf, wordperfect 5.x) a la dirección electrónica ba-joevolcan.buap@gmail.com

Los artículos deberán contener la siguiente información:

- c. Datos del autor, título, dirección postal, dirección electrónica y un breve currículum, acompañados en un documento aparte.

En la primera hoja del artículo debe escribirse un breve resumen de contenido (no más de 100 palabras) en español, y su traducción en inglés. Asimismo, al final de dichos textos, el autor deberá proporcionar entre tres y cinco palabras clave utilizadas en los idiomas correspondientes.

- d. Para el estilo bibliográfico se seguirán los criterios establecidos en el Manual de Estilo Chicago combinados con algunas consideraciones de la Casa del Libro de la UNAM. Por consiguiente:

- Los subtítulos de los artículos deberán ir en versalitas, alineados a la izquierda y separados del párrafo precedente por un espacio. Si esos títulos secundarios abarcan otro u otros, éstos irán en altas y bajas, cursivas y también alineados a la izquierda y separados por un espacio del párrafo anterior.
- Las notas de pie de página irán a espacio y medio con numeración consecutiva y en caracteres arábigos.
- Cuando las citas textuales rebasen cuatro renglones irán en bando, a espacio y medio, no llevarán comillas, no irán en cursivas (salvo las indicadas por el autor) y la sangría sólo se aplicará en el margen izquierdo.
- Las citas textuales deberán incluir el apellido del autor, el año de publicación de su obra y el número de la(s) página(s) citada(s); todo ello entre paréntesis. Por ejemplo: (Mariátegui, 1928: 73).

La bibliografía tendrá las siguientes características:

El apellido del autor deberá ir en orden alfabético, seguido por el (los) nombre(s), título de la obra en cursivas (si es un artículo irá entrecomillado), editorial, lugar de edición, año.

- Libro de un autor:
Taussig, Michael, *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.
- Organismo, institución o asociación como autor(a):
Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Inversión extranjera directa en América Latina 1999*, Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina, 2000.
- Artículo en un libro compilado por otro(s) (as) autor(es) (as):
Roseberry, William, “Hegemonía y lenguaje contencioso” en *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La Revolución y la negociación del mando en el México moderno*, Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (comps.): 213-226, México: Era, 2002.
- Artículo en publicación periódica:
Ba Tiul, Kajkoj Máximo, “Siwan tinamit: mayas y participación política. Hacia el Oxlajuj B’aqtun”, *Espacios Políticos* 5 (2011): 81-92.
- Artículo de periódico:
Petrick, Blanche, “Huehuetla, entre su raigambre totonaca y la modernización mestiza”, *La Jornada*, México, 10 de mayo de 1999.

El proceso de dictamen será el siguiente:

- a. El artículo enviado no deberá estar simultáneamente dentro del proceso de dictamen de otra revista u órgano editorial.
- b. El artículo debe ser inédito y no haber sido publicado en alguna otra revista u órgano editorial.
- c. Los artículos serán sometidos a arbitraje para su publicación. Este proceso se lleva a cabo por medio de la modalidad “doble ciego”, es decir, autores y árbitros no conocerán la identidad del otro(a).
- d. Una vez recibido el artículo, un primer filtro será la revisión por parte del Consejo Editorial de la revista *Bajo el Volcán*, quien asignará árbitros de acuerdo con la temática. Dicho Consejo tiene un cuerpo de

revisores que en su labor de investigación abordan las temáticas de esta publicación.

- e. Una vez que los árbitros acepten participar, tendrán un mes para dar uno de los tres siguientes resultados:
 1. Publicable sin objeciones
 2. Publicable con algunas modificaciones:
 - con revisión técnica en el plano formal
 - con cambios sustanciales teórico-metodológicos
 3. No publicable.
- f. El Consejo de Dirección de la revista se compromete a dar respuesta al autor sobre el resultado del arbitraje en un plazo no mayor a tres meses.

Para ser sometidos a revisión, los artículos deberán ser enviados a:
bajoelvolcan.buap@gmail.com

Teléfono (01-222) 2 29 55 00 ext. 5707

Fax (01-222) 2 29 56 81

- g. Cabe aclarar que uno de los objetivos del Consejo de Dirección de la revista *Bajo el Volcán* es mantener el acceso libre a su contenido por medio de su distribución gratuita con el fin de lograr un mayor intercambio y difusión de la labor de investigación de sus colaboradores. Por lo tanto, solicitamos a los autores de los artículos aprobados que cedan sus derechos patrimoniales para su publicación y distribución gratuita de manera impresa y digital. Finalmente, los autores conservarán sus derechos morales, de manera que contribuyan a la distribución y acceso gratuito y libre de sus textos.

Bajo el Volcán, año 12, número 19, se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2013 en los talleres de EL ERRANTE EDITOR, S.A. DE C.V., Privada Emiliano Zapata 5947, San Baltasar Campeche, Puebla, Pue.

El tiro consta de 500 ejemplares.